DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON



El hombre de oro

Kenneth Robeson
Doc Savage/93

CAPÍTULO I

LO SOBRENATURAL

EL teniente coronel Andrés Blodgett Monk Mayfair se hubiera servido de otra, o de otras que no podemos imprimir aquí porque no las había aprendido en ninguna escuela dominical ni tampoco las sacó de ningún diccionario de la lengua. Sin embargo, eran gráficas.

El brigadier-general Teodoro Marley Ham Brooks no hizo ningún comentario: el suceso le hizo enmudecer a pesar de que, como ya sabemos, solía dejar estupefactos a los jurados cuando tomaba la palabra, pero es que, como todos confesaban, lo sucedido en el buque fue sorprendente, inaudito.

Ante todo apareció la estrella.

Era una noche clara y por ello eran perfectamente visibles las seis mil estrellas que, al decir de la Enciclopedia británica, es capaz de divisar, sin ayuda de anteojos, el ojo humano en la cúpula de cristal de los cielos del trópico.

El mar, sin olas, estaba liso como un espejo y de un intenso color azul que alteraba, de vez en cuando, alguna tortuga, o un tiburón que irrumpía en la superficie produciendo una erupción momentánea de chispas fosforescentes.

Pero ¿quién divisó primero la estrella? ¿Recaía tal honor sobre Ham Brooks o sobre Monk Mayfair?

Porque los dos se hallaban, justamente, en aquellos momentos sobre cubierta donde soplaba una ligera brisa. El calor era sofocante; imperaba a bordo desde que el "Virginia Dare" salió de Portugal y todos los pasajeros, incluso entre ellos a Monk y Ham, gruñían y se quejaban de él a pesar de que los centenares de pasajeros americanos que iban a bordo, se sentían más satisfechos de encontrarse en el buque, que de quedarse en aquella Europa

donde caían balas y bombas y se producían “blitzkrzegs”.

Pero, para decir verdad, no era el calor el que ponía a los dos camaradas de mal humor, sino el que se les obligara a salir del viejo continente porque la orden no procedía de una persona cualquiera, sino del mismo Doc Savage, su jefe, y Doc Savage sabía siempre lo que quería.

El estado de confusionismo que imperaba en Europa, les había parecido tan prometedor a los dos camaradas que salieron de América, regocijándose ante la sola idea de "poder mojarse los pies" como suele decirse, pero Doc les mandó, por cable, que volvieran a Nueva York "antes de que empeorase la situación".

—¡Bah! —dijo Monk con un resoplido al leer el cablegrama—. Lo que pasa en Europa no puede compararse a las situaciones en que suele encontrarse Doc Savage... ¡Eh! ¡Mira eso!

—¿Qué debo mirar? —preguntó Ham.

—Aquello. Allí —volvió a decir Monk señalándole un punto sobre el mar. Los dos divisaron el astro claramente. No se trataba de un planeta ni de ningún cuerpo celeste de los que centellean en el espacio. Era una verdadera estrella de cinco puntas, pero una estrella negra. Lo que dejó a los dos amigos estupefactos, fue que a pesar de su ausencia de color se destacara del sombrío color del cielo.

Era porque lo mismo su contorno, que las cinco puntas que la remataban despedían un rojo resplandor muy particular. Era según lo expresó más adelante Monk cuyas explicaciones solían ser terribles, como si se hallara tinta en sangre. Parecía lejana y se hallaba muy alta sobre el horizonte.

—¡Eh, los del puente! —aulló Monk—. ¿Quién está ahí de guardia? ¡Que me conteste!

Al expresarse con acento natural tenía una voz chillona y débil como la de un niño, pero ahora profirió un alarido que asustó a las gaviotas que volaban a una milla de distancia. Un oficial asomó la cabeza por encima de la borda.

—¿Qué pasa? —interrogó—. ¿Ignora que los pasajeros tratan, en este momento, de conciliar el sueño? Va usted a despertar a todo el mundo.

—Tenga la bondad de mirar esa estrella —suplicó Monk,— y díganos si la conoce.

El oficial obedeció. Pasado un instante confesó que nunca la había visto.

Luego volvió a mirarla con unos prismáticos de gran alcance que entregó, por turno una vez terminado su examen a Ham y Monk. Los tres convinieron en que ignoraban lo que aquello podía ser aunque, desde luego, era algo extraordinario.

Mandaba el "Virginia Dare" el capitán Harley Kirman cuyo aspecto, modales y manera de vestir le prestaban gran parecido con el empleado de una Compañía aseguradora, a pesar de que amaba tanto a su buque como cualquier capitán corpulento, recalcitrante y blasfemador de la vieja escuela.

A este capitán se le pidió que abandonara la partida de bridge que en aquel mismo momento estaba jugando y que subiera al puente lo que hizo acompañado de otro jugador llamado Samuel Gallahue.

El capitán contempló, sorprendido, la estrella. Después de verificar el examen fue en busca de un telescopio, grande como un cañón, heredado de su padre, según dijo y miró por él la aparición.

Cuando separó los ojos del tubo del telescopio se quitó la gorra y se rascó la calva, cruzada, de izquierda a derecha, por la cicatriz que en ella había dejado, como recuerdo, la herida abierta por una mina durante la guerra mundial. Siempre que se excitaba le escocía la tal cicatriz.

—Cambia de rumbo y vira al Oeste. Bueno, ahora un cuarto más al Sur —ordenó al timonel—. Vamos a ver qué es eso.

Monk apoyó ambos codos sobre la borda y miró fijamente el nuevo astro que brillaba en el cielo.

—¿Qué podrá ser? —murmuró.

Ham se encogió de hombros.

—¡Vaya usted a saber! —replicó.

Monk ya no preguntó más y los dos camaradas se sumieron en una muda contemplación del espacio.

Luego Monk exclamó:

—¡Eh! Mirad al océano. Allá, debajo mismo del astro.

Sam Gallahue corrió a colocarse junto a los dos camaradas. Era un sujeto delgado, la ligera redondez de sus hombros revelaba bien un encorvamiento habitual, bien una muestra de vigor muscular poco común.

Tenía el rostro largo, la mandíbula prominente, combinación que expresaba tristeza. Aquella cara exhibía la acostumbrada, insinuante sonrisa.

Invariablemente se mostraba conforme con todo lo que dijera cualquiera.

—Es para dejar perplejo a cualquiera —observó otra vez Monk.

—Sí, perplejo —repuso Sam Gallahue,— muy perplejo, tiene usted razón.

Los dos se referían al mar. Este se había llenado, y el fenómeno se limitaba a un solo punto, el que se hallaba justamente debajo de la luminosa estrella negra, de un brillo vivo, sorprendente, ya que no era la natural fosforescencia de las aguas. La fosforescencia, bajo la forma de infinidad de chispas que irrumpían a través del agua, ora aquí, ora allá, era visible, pero lo otro era distinto. No era una chispa o chispas sino un resplandor permanente, sumamente vivo.

—Abarca —contestó Ham en voz alta,— un acre sobre poco más o menos.

El vapor navegaba por encima de las olas oscuras, del océano, sin producir más ruidos que el débil y continuo producido por el agua que cortaba el tajamar y por la música que se escapaba, de vez en cuando, de la cámara de primera clase en la que se bailaba en aquellos momentos.

Pero sobre el puente imperaba una expectación silenciosa y todas las miradas se clavaban en el horizonte. El área luminosa persistía, la negra estrella continuaba suspendida de lo alto.

De improviso gritó el vigía desde su puesto:

—¡Un hombre a popa! ¡En el espacio iluminado del agua, veo nadar a un hombre!

El capitán Kirman levantó el telescopio y miró largo rato por la lente. A continuación se rascó la cicatriz de la calva.

—¿Qué sucede ahora? —le preguntó Monk.

El capitán le entregó en silencio el gran instrumento. Era uno de los más potentes que Monk había visto.

El vigía sólo se había equivocado al afirmar que el hombre nadaba porque no era así. Se hallaba absolutamente inmóvil.

Estaba tendido de espaldas con los brazos y las piernas extendidos. Era alto, dorado y a pesar de que a aquella distancia era algo difícil de definir, era un ser definido. No estaba muerto ni

desmayado, se limitaba a flotar.

Monk bajó el telescopio.

—¿Y bien?... —le interrogó Ham, impaciente.

—Parece mentira —dijo Monk—. ¡No lleva encima ni un adarme de ropa!

El "Virginia Dare" botó al mar un bote salvavidas, con una velocidad que demostraba la eficiencia de la máquina moderna. Entre tanto, el capitán Kirman corrió a su camarote y poco después volvió al puente llevando una manta y un par de pantalones.

—Ponédselos al hombre antes de traerlo aquí —recomendó a los marineros.

El bote salvavidas, que era de acero, tenía un motor que lanzando agudos gritos de pavo, impulsó a la embarcación a través del océano y guiado por la luz blanca de los reflectores colocados en el puente del trasatlántico, le dejó en el área luminosa, junto al flotante hombre de oro.

Lentamente se congregó entonces alrededor del bote, la luz que bañaba las aguas del mar. Era aquel un fenómeno tan extraordinario que Monk y Ham cambiaron una mirada de sorpresa, parpadearon y luego volvieron a escudriñar el océano.

—¿Ves tú, por casualidad, lo mismo que veo yo? —preguntó Monk al abogado.

—Veo que la fosforescencia parece agruparse alrededor del bote —repuso su compañero.

—Eso es. Mas como brilla demasiado y no tiene el mismo color no creo yo que sea esa luz fosforescente.

Los dos camaradas enmudecieron, al ver que el resplandor que había surgido poco antes en el mar seguía hasta el buque, al bote salvavidas.

Cuando sólo unas cincuenta o sesenta varas separaban al bote de él, el área luminosa abandonó rápidamente a la pequeña embarcación y rodeó al "Virginia Dare".

Mas como el buque era mucho mayor, la reluciente masa de agua se extendió y, adelgazada, describió un círculo alrededor del trasatlántico.

Monk gruñó inesperadamente:

—¿Dónde hay un cubo, una botella, una cuerda?

Ham le contestó:

—Yo sé dónde hallar una botella; ve tú en busca del cubo y de la cuerda.

El peripuesto abogado cogió del bar, una botella vacía que sin duda había servido para guardar el jarabe, conque se hacen los refrescos y la limpió con un trapo rápidamente.

Luego los dos camaradas sacaron del mar un cubo de agua, parte de la cual vertieron en la botella, a la que taparon con un corcho.

—Jamás había visto brillar así el agua, lo juro —manifestó Monk —. Voy a analizarla.

Ham expuso a la luz la botella. Al sacudirla vivamente el agua se levantó, espumeante y batió con furia primero un lado, luego otro, de la botella.

—¡Vaya, vaya! —dijo Ham, asustado.

Monk se llevó la botella a la parte más oscura del puente y acercó a ella la palma de la mano. Una radiación color magenta la inundó.

—¿Qué es eso? —quiso saber Ham.

—Voy a tener que analizarlo —dijo Monk con perplejidad.

Ham se rascó el mentón, pensativo.

—¿Has oído hablar alguna vez del ectoplasma?

—¿Eh?

—Del ectoplasma —repitió Ham—. Me refiero a esa materia que tanto hablan los médiums y los espiritistas. Cuando durante una sesión se verifica el hecho conocido bajo el nombre de telequínisis o locomoción de los objetos a distancia, como conseguir que una mesa se levante del suelo o que suenen golpes sobre el tablero, se dice que el fenómeno es obra del ectoplasma.

—Eh, aguarda un momento —dijo Monk aturdido—. ¿De qué estás hablando?

—Del ectoplasma. E —c— t —o— p —l— a —s— m —a. Se supone que es una materia de naturaleza viva o protoplasmita que se deriva bien del médium, bien de otra presencia, y que puede ser independientemente manejada una vez surgida.

Monk reflexionó un instante y finalmente exclamó: —¡Naranjas!

Ham se encogió de hombros.

—Se cree que la materia ectoplásanica —dijo—, puede ser manejada o manipulada por medio de un eslabón, etéreo, de conexión de manera que un temblor o vibración del éter, como la

onda de luz que normalmente excita la retina del ojo, ocasiona una paralización de su actividad.

—Oye. ¿De dónde diantre sacas tú todos esos disparates?

—Pues de las enciclopedias, naturalmente.

Monk dijo con acento burlón:

—¡Oh, seamos razonables! La materia de que aquí se trata brilla cuando se la sumerge en el agua.

—Entonces ¿por qué ha seguido al bote?

—No lo sé.

—En el bote iba el hombre de oro. La luz le siguió a él.

—¿Eh?

—Y ¿por qué cuando se subió al hombre a bordo rodeó al buque?

Monk miró con atención y no sin emocionarse un poco la botella llena de agua luminosa.

—Se me figura que voy a tirar esto por la borda —manifestó—, y así me desembarazaré del misterio.

Ham salió a la parte descubierta del puente y estirando el cuello miró hacia arriba.

—La estrella negra ha desaparecido —comunicó después a su camarada.

CAPÍTULO II

COSAS SORPRENDENTES

EL hombre salvado de las aguas había sido llevado, entre tanto, al hospital del transatlántico. Monk y Ham acompañaron al capitán Kirman a dicho hospital y el dúctil míster Sam Gallahue se colocó a retaguardia, dando muestras de la empalagosa cortesía que demostraba cada vez que tenía ocasión.

Monk llevaba la botella del agua luminosa bajo el brazo, mas al pasar por delante de su camarote se detuvo para dejarla sobre una mesa y después corrió a colocarse junto a Ham, al que tocó en el brazo.

—¡Eh! —quiso saber—, ¿qué es lo que te ha movido a hablarme de eso del ectoplasma?

—No sé —dijo Ham—. Se me ocurrió, eso es todo.

—Pero, en el espiritismo, se trata de los aparecidos…

—Ya lo sé.

—Y los aparecidos no existen.

—Bien —dijo Ham—, pues a pesar de ello mucha gente asegura lo contrario.

—Ya —dijo Monk—, también en los Estados Unidos hallarás unas quinientas instituciones benéficas para la cura de la gente trastornada.

El hospital estaba situado en la parte central del buque y, principalmente, en la cubierta señalada con la letra B. Junto a la puerta, que estaba cerrada, hallaron al oficial encargado de la dirección del bote salvavidas.

El capitán Kirman preguntó a dicho oficial:

—¿Había recobrado ese hombre el conocimiento cuando le recogieron ustedes?

—Sí, señor, ciertamente.

—¿Estaba herido o magullado?

—No lo parecía.

—¿Quién es?

El oficial adoptó una actitud particular, al responder: —Dice que no tiene nombre.

El capitán Kirman frunció el ceño.

—¿De verdad dice eso? Es muy extraño, ¿no cree?

—Sí, señor, en efecto. Pero todavía dice cosas más extrañas. Está convencido de que todos los padres, suelen dar un nombre a sus hijos pero como la mar es su madre y la noche su padre y ninguno de los dos sabe hablar, bautizarle hubiera sido un problema.

El capitán Kirman le dirigió una mirada severa.

—¿Está usted borracho, míster?

El oficial sonrió.

—También a mí me pareció desprovista de sentido común —replicó.

El capitán Kirman se rascó la cicatriz. Desconcertado se mordió el labio inferior, finalmente llamó a la puerta del hospital, que le abrió un caballero —era el médico de a bordo— con expresión de aturdimiento.

—¿Cómo está el náufrago, John? —preguntó el capitán.

El doctor le miró fijamente.

—Bien. ¿Sabe que me ha enviado un hueso duro de roer?

—¿Eh? —exclamó el capitán sin comprender.

—Me refiero al hombre que los marineros acaban de sacar del océano —explicó el doctor señalando con el pulgar, por encima del hombro la puerta del hospital.

—Pues, ¿qué le ocurre?

—Me ha mirado a los ojos —gruñó el doctor—, y me ha dicho: "¿Qué tal doctor Parson? Supongo que le gustará habitar en la pequeña "villa" de Madeira. Disfrutará de paz."

—¿De manera que son ustedes antiguos amigos?

—¡No!

El capitán Kirman dirigió una mirada penetrante al doctor.

—¡Ah! ¿Conque le es desconocido ese hombre? —preguntó.

—En efecto.

—Pues, ¿no dice que le ha llamado por su nombre?

—Sí, pero no le he visto en mi vida.

—¿Pues no acaba de decir que conoce su profesión y su apellido?

—Así lo acabo de decir.

—Entonces...

—Lo que todavía no le he explicado, es que ese hombre me ha hecho mención de una casita en Madeira cuya existencia todos ignoran, así como que albergaba la intención de adquirirla. Advirtiéndole de que "todavía no sé si podré comprarla" porque el propietario tenía que consultar el parecer de una hija que habita en Nueva York y cuya visita esperaba. Quedamos en que ya me daría cuenta por un radiograma del resultado de la consulta.

El capitán quiso echarse a reír, sin producir más ruido que el resuello que se le escapaba por entre los apretados dientes.

—Conque, ¿no es su amigo el hombre de oro? —interrogó.

—No, señor.

—En ese caso ¡por fuerza tiene que estar loco alguno de nosotros!

Monk les escuchaba con atención, con tanta atención que ladeaba la cabeza para oír mejor.

—Doctor Parson —dijo de repente—. Soy mister Mayfair... Monk Mayfair.

—Me han hablado de usted —repuso sonriendo el doctor—, pero confieso que todavía me han alabado más a su asociado Clark Savage, o Doc como le llaman ustedes. Confío en que pronto tendré el honor de conocerle y de poder hablar con él, aunque ya he oído sus conferencias sobre cirugía.

—Doctor, si me lo permite, desearía que hiciéramos un experimento para... nuestro recreo.

—¿De qué se trata?

—Únicamente por puro pasatiempo, le propongo que enviemos al propietario de su "villa", un radiograma preguntándole si es cierto que ha pensado vendérsela y si habló ya del asunto con su hija.

El doctor dirigió a Monk una mirada singular.

—¡Ah! Conque ¿lo ha experimentado usted también? —preguntó.

—¿Experimentado qué?

—Pues que el hombre que acabamos de salvar esta noche es, o

podría ser… diferente de los demás hombres.

Monk replicó:

—Todavía no lo he visto más que a través del telescopio. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Cómo puede ser diferente de los demás?

El doctor se miró la punta de las uñas sin decir palabra, de momento.

—¿Sabe? —confesó luego—. Me le he adelantado. Ya he enviado el radiograma.

El capitán Kirman lanzó un resoplido de desdén, abrió la puerta del hospital y entró en la sala. Ya se disponía Monk a seguirle, cuando Ham le dio un golpecito de atención en el hombro. Monk se volvió a mirarle. Ham dijo:

—¿Y eras tú quien se reía, hace un momento, del espiritismo? ¿Qué mosca te ha picado?

—Sólo trato de satisfacer mi curiosidad —explicó humildemente Monk.

Entraron en la sala del hospital, blanca, con ventanas cuadradas, una moderna instalación de luz eléctrica y un personal facultativo que incluía a una enfermera.

El hombre de oro descansaba, entre sábanas blancas, sobre una mesa de operaciones, blanca y niquelada. No era tan alto como Monk suponía; poseía la estatura de un ser corriente. Tenía los hombros anchos mas no enormes; su desarrollo muscular, poco común, no era tampoco espectacular. Su cuerpo producía la impresión de salud perfecta y de una energía magnética.

La parte más notable del hombre de oro, en opinión de Monk —y con el se mostraron más adelante de acuerdo Ham, míster Gallahue, el capitán Kirman y otros— era el semblante. Mas le hubiera costado explicar por qué le encontraba sobresaliente, pues no se trataba de un rostro feo ni tampoco extraordinariamente bello; era un rostro regular, pero emanaban de él voluntad, energía, amabilidad y algo más que no acertó a descifrar.

Cuando hablaba le pareció a Monk que jamás había oído voz con un timbre tan agradable.

—Buenas noches, capitán Kirman —exclamó.

El asombro envaró al capitán. El hombre de oro no pareció notarlo. Se volvió a Monk y Ham y continuó:

—Buenas noches míster Mayfair y míster Brooks.

Dicho esto los miró con aire de aprobación.

—Es triste cosa que la raza humana no produzca más hombres como ustedes dos y Doc Savage, la persona para quien y por quien trabajan ustedes.

Monk se quedó sin habla. Ham le preguntó luchando por dominar su asombro.

—¿Quién es usted?

El hombre de oro se desconcertó ligeramente. Luego sonrió.

—Todavía no me han dado un nombre —respondió después.

—¿De dónde es usted? ¿Cómo se cayó al mar?

El hombre titubeó un momento, finalmente dijo:

—El mar es mi madre, la noche es mi padre, pero usted no lo creerá de manera que prefiero no hablar de ello.

Ham —más tarde confesó que se le había puesto el cabello de punta o poco menos— insistió:

—En el cielo había una estrella negra y en este momento sigue al buque algo que brilla, una especie de radiación especial. ¿Sabe usted lo que son esas cosas?

El hombre de oro exhaló un pacífico suspiro.

—No tenga miedo —repuso—. Ahora que estoy a salvo desaparecerán; ya no volverá a verlas nunca más.

Se echó hacia atrás, cerró los ojos y aunque Ham le dirigió todavía algunas preguntas —también Monk probó a mezclarse al interrogatorio— no obtuvo el menor resultado. El hombre de oro se mantuvo inmóvil en medio de la mayor compostura, sin que parecieran preocuparle aquellos dos hombres ni las preguntas que le dirigían. Finalmente la enfermera les obligó a abandonar el hospital diciendo:

—Salgan ustedes, porque después de todo, ignoramos cuántas horas estaría este hombre nadando en el mar antes de ser rescatado.

Cuando salieron al corredor preguntó Ham a su compañero:

—Monk, ¿qué opinas de todo esto?

Monk se indignó.

—¿Cómo quieres que sepa lo que debo opinar? —replicó con un gruñido.

A la mañana siguiente el mar estaba en calma y por ello los dos amigos desayunaron en la cubierta particular, que era muy soleada, de su departamento de primera clase, bajo un cielo sin nubes color

azul acero.

Desde dicha cubierta dominaban hasta el horizonte un océano color zafiro.

El humo negro de las chimeneas del buque parecía arrastrarse detrás de él, como una cola, y a popa dejaba una estela, espumosa, de una milla de longitud.

Ham había pedido un jugo de naranja, tostadas, mermelada, salmón curado al humo; Monk una chuleta, huevos, bizcochos calientes, cuatro clases de jamón. El camarero de a bordo les estaba sirviendo el café cuando llegó John Parson, el doctor.

Llegaba sonriendo con expresión picara.

—¿Recuerdan nuestra conversación de anoche sobre el radiograma? —les preguntó.

Monk hizo una seña de que sí.

—Bien, pues ya saben que lo envié —siguió diciendo el médico —, y acabo de recibir la respuesta.

—¿Y qué dice? —inquirió gravemente Monk.

—Que se me adjudica la "villa" —repuso el médico.

Monk tiró la taza de café que tenía delante, como si fuera un animal extraño.

—Bueno —dijo luego—, ¿y cómo cree usted que lo ha sabido ese hombre hallado en medio del océano?

El médico alisó con ademán de impaciencia las solapas de su americana.

—Me gustaría que lo adivinase Usted —dijo.

Cuando se hubo marchado, Monk y Ham se tomaron el café en silencio. No hallaban palabras para expresar lo que experimentaban en aquellos instantes.

Incluso cuando alimentaron poco después a sus favoritos —mono y cerdo— continuaron guardando silencio. Ham dijo finalmente:

—¿Cuánto tiempo permaneciste anoche a la ventanilla después de irme yo a acostar?

—¿Anoche?... ¡Ah! ¿Te refieres al momento en que contemplaba la materia brillante diseminada por el agua?

—Sí. ¿Cuánto tiempo conservó la irradiación alrededor del buque?

—Hasta una hora antes del amanecer —confesó Monk.

—¿Y hasta entonces fue en pos del buque?

—Si.

—¿Cómo desapareció?

—Pues... desvaneciéndose.

—¿Cuánta era la velocidad que llevaba el buque a aquella hora?

—Unos veinte nudos por hora. Es decir, la máxima.

—¿Cómo te explicas eso?

—¿Te refieres a la velocidad?

—No, a que la materia luminosa siguiera al barco.

Monk hizo una mueca sin contestar. Jamás le gustaba una cosa que se sintiera incapaz de comprender.

El "Virginia Dare" era un buque americano, pero al capitán Kirman le gustaba la costumbre inglesa de servir el té a las diez de la mañana y luego sobre las cuatro de la tarde, por lo que había instituido la costumbre en el buque.

El hombre de oro apareció pues sobre cubierta a las diez de aquella misma mañana, sumándose al grupo compuesto por Monk, Ham y el capitán Kirman, que se hallaban en el paseo, muy bien instalados en las sillas que allí había, con platos y tazas en las manos.

El hombre de oro se les aproximó con paso firme y decidido. Monk fue quien reparó primero en él y, así mismo, que aun cuando el traje que vestía pertenecía, evidentemente, a otra persona y no le sentaba bien, se revestía de un aire de majestuosa dignidad. Monk reparó también en que detrás de él llegaba el insípido míster Gallahue, mas esto no tenía nada de extraordinario porque Sam Gallahue solía seguir siempre a todo el mundo.

Ninguno de ellos olvidó jamás lo que les dijo en esta ocasión el hombre de oro, porque constituyó una bomba verbal.

—A las once en punto —anunció—, este buque será destruido.

Luego dio media vuelta y se alejó dejando a sus oyentes mirarse, estupefactos, unos a otros. Monk quiso seguirle, para lo cual trató de levantarse de la silla, pero el capitán le puso una mano en el brazo y le contuvo.

—Ese pobre hombre está loco —dijo.

Monk hizo un gesto de afirmación; sin embargo, en su interior no estaba del todo de acuerdo con el capitán.

CAPÍTULO III

LA PREDICCIÓN

EL buque no se hundió a las once; se hundió a las once y siete minutos.

La explosión se llevó casi todo el fondo de la bodega número 2, un poco menos del fondo de la bodega número 3 y arrancó, aproximadamente, de una parte siete, de otra veintiocho pies de las planchas de acero que revestían los costados del buque, por encima de la línea de flotación. Nadie sintió pánico.

Los timbres de alarma sonaron un momento a través del buque, luego guardaron silencio. De allí en adelante volvieron a oírse con intervalos de dos minutos, en calidad de brevísimos avisos. Nadie corrió, excitado, arriba o abajo. Los oficiales aparecieron en los puntos estratégicos y comenzaron a encaminar a los pasajeros a sus botes respectivos.

La explosión había derribado a Ham Brooks, mas no estaba herido y por ello se mostró levemente indignado cuando Monk, solicito, le ayudó a ponerse de pie. Sin embargo había perdido el bastón de caña y perdió cierto tiempo en buscarlo.

En cuanto lo hubo encontrado, él y Monk subieron al puente para ofrecer sus servicios, sólo que sucedió que no eran necesarios.

El capitán Kirman y su tripulación dieron muestras de una eficiencia casi mecánica y monótona al abandonar el buque. Porque, naturalmente, fue menester abandonarlo.

El "Virginia Dare" se hundía rápidamente.

—¿Qué ha sido? —quiso saber Monk—. ¿Ha reventado alguna caldera?

—Un torpedo —replicó concisamente el capitán.

—Pero, ¡si aun no estamos en guerra!

El capitán se encogió de hombros.

—Pues era un torpedo. He visto la estela que dejaba y también la han visto mis oficiales.

Monk dijo:

—No creo tan loco a un submarino como para lanzar un torpedo a un barco de los Estados Unidos.

El capitán Kirman se encogió de hombros.

—Y sin embargo, hemos sido torpedeados —contestó.

En estos momentos se llegó a él un oficial y le dirigió un elegante saludo.

—El submarino se halla a babor —le notificó.

Todos se acercaron a la borda y aguzaron la vista, luego cogieron los prismáticos. El sumergible estaba allí, lo vieron todos. No cabía dudar de su identidad. Números y letras se hallaban pintados en la torre de mando y la misma forma del buque era suficientemente característica para responder por el mismo a todas las preguntas que pudieran dirigirse los pasajeros.

EL buque pertenecía a una nación que se decía amiga de Estados Unidos.

—¡Maldito sea! —dijo con rabia el capitán—. Esto va a causar complicaciones.

Aparentemente satisfecho de haberle asestado al buque un golpe mortal, el submarino se sumergió y ya no volvió a aparecer. No les ofreció ayuda. El "Virginia Dare" se hundió. De acuerdo con la tradición del mar, el capitán Kirman fue el último hombre y que abandonó el trasatlántico.

En el bote salvavidas iban con él, Monk, Ham, Sam Gallahue y el extraño hombre de oro que había predicho el desastre. El capitán lloró un poco cuando las aguas verde azuladas se tragaron a su buque.

Ni Ham ni Monk experimentaban la menor excitación, porque la excitación formaba, como quien dice, parte de su negocio. Llevaban un sin número de años asociados a Doc Savage en su extraña carrera y ésta era la que les había acostumbrado a presenciar acontecimientos extraordinarios.

Sin embargo, se sentían perplejos. Perplejos ante aquel hombre de oro dotado de una personalidad tan singular. Las circunstancias en que fue hallado —la estrella negra, la extraña luminosidad del

mar— habían sido sorprendentes, incluso maravillosas, fantásticas.

El hecho de que tranquilamente hubiera predicho el desastre del buque y la materialización de este mismo desastre les daba que pensar. Monk le dirigía miradas furtivas. El hombre de oro descansaba tranquilamente sentado sobre un banco del bote y su aspecto sosegado, su presencia misma, producía un efecto sedante en las personas que le rodeaban.

Monk se acercó a tan singular personaje.

—¿Tendría la bondad de contestar a una pregunta? —le dijo. El hombre de oro hizo un gesto de asentimiento y sonrió plácidamente.

—¿Cómo sabía lo que iba a sucederle a nuestro buque? —interrogó Monk bruscamente. El hombre dejó un momento de sonreír, mas su sonrisa reapareció enseguida.

—Mientras miraba a mi madre se me ocurrió la idea —repuso—. Cualquiera diría que mi madre me lo dijo, ¿verdad?

—¿Su madre?

—El mar.

Aquello era demasiado para Monk y renunció a proseguir el interrogatorio.

De acuerdo con ello se levantó y fue a colocarse junto a Ham.

—Está loco —le murmuró al oído—. Dice que el mar fue quien le dijo que el buque iba a ser torpedeado.

Ham rascó distraído, el lomo de "Química", el chimpancé.

—No puedes figurarte lo que me gustaría tener al lado una persona capaz de predecir tales cosas —dijo luego—. De ese modo sabría, de antemano, por ejemplo, cuándo iban a subir o bajar los precios en la Bolsa.

Monk gruñó: —Eh, picapleitos, ¿es que crees que ese sujeto puede predecir, realmente, el porvenir?

Ham se encogió de hombros.

—¿Qué sería de él si así no fuera? —observó.

La brisa dejó de soplar. A las dos de la tarde el mar parecía de cristal y el calor era sofocante. La perspectiva no tenía nada de halagüeña, porque la tierra más próxima distaba de ellos cientos de millas y no era posible que el bote recorriera tan larga distancia.

Para acabar de empeorar la situación, el operador de radio no estaba seguro de que hubiera sido oída su señal de socorro, pues el

torpedo había ocasionado tan grandes averías en la corriente eléctrica disponible, que la radio únicamente logró dar una débil señal.

El capitán Kirman, cuyo semblante revelaba parte de la tensión que experimentaba, sacó los instrumentos de navegar, los mapas de tierras y corrientes y comenzó a hacer cálculos.

El hombre de oro le miraba. De repente dijo con calma:

—Ya veo que se dispone a ponerse en marcha para llegar cuanto antes a tierra firme. Será mejor que no lo haga. Debemos permanecer aquí.

—¿Permanecer aquí? —el capitán levantó la cabeza y le miró, estupefacto.

—Sí, porque a las seis de la tarde —dijo el hombre de oro—, llegará aquí otro buque, de vapor. “Es un buque de carga brasileño que se llama "Palomino".

El capitán Kirman palideciendo, se quedó inmóvil, como petrificado.

Finalmente guardó mapas e instrumentos.

—Ordene a los demás botes —ordenó—, que se queden aquí agrupados.

El vapor "Palomino" —su vista produjo a todos la impresión de que era todo herrumbre, sólo que como flotaba, fue bien acogido— surgió por el horizonte unos minutos antes de las seis.

El efecto que la aparición produjo sobre los pasajeros y sobre la tripulación del sumergido "Virginia Dare", de pie, sobre los bancos, fue extraordinario.

Hubo vítores, apretones de manos, besos.

Sin embargo, más fuerte que estas emociones fue la sorpresa general, porque el relato de la predicción hecha por el hombre de oro, había corrido ya de bote en bote durante las primeras horas de la tarde. Claro, que de momento la predicción suscitó un profundo escepticismo.

Más de un pasajero expresó, en voz alta, la opinión de que el capitán se había vuelto loco, pues de no ser así no hubiera creído a un demente, a un desconocido, que le aseguraba que llegaría el socorro anhelado si sabían aguardar hasta la tarde.

El más emocionado de todos era el propio capitán Kirman. Perdiendo repentinamente la calma, se puso en pie de un salto, asió

al hombre de oro por el cuello y aulló:

—¿Cómo diablos sabia que iba a llegar el buque? No me diga que su madre, el mar, se lo ha contado, porque ¡maldito sea si no le arrojo por la borda para que le devoren los tiburones!

Mas el hombre de oro no replicó nada a pesar de la energía demostrada, de la actitud violenta del capitán. Su expresión seguía siendo plácida; su sonrisa, aunque leve, inalterable. La compostura del sujeto y su extraordinaria manera de ser aumentaron la rabia que devoraba al capitán que giró, vivamente sobre sí mismo para encararse con el operador de radio.

—¿Está usted seguro de que ningún buque ha contestado a su S.O.S.? —preguntó.

—Segurísimo, señor —repuso el hombre.

El capitán agregó, señalando con el pulgar, por encima del hombro, al hombre de oro:

—¿Ha reparado si este individuo se ha acercado al aparato en una ocasión cualquiera?

—No, señor.

—¿Le ha visto cerca del cuarto de la radio?

—No, señor.

El capitán dejó de interrogar y con el rostro congestionado se unió a los vivas que acogían la llegada del "Palomino". Los marineros que ocupaban la mohosa embarcación saludaron a su vez en su idioma nativo, que era el portugués, y a continuación izaron a los botes del "Virginia Dare" sobre cubierta por medio de cuerdas y poleas. Los pasajeros fueron obsequiados allí con mantas, provisiones y vino caliente.

Pronto se corrió la voz de que el "Palomino" dejaría a los pasajeros y tripulación del "Virginia Dare" en Buenos Aires, pero que primero el vapor tenía que dirigirse directamente a otro puerto, más pequeño, para tomar combustible y dejar su carga.

El capitán del "Palomino" lo dijo muy claro, en el pequeño discurso que les dirigió por medio de un intérprete.

Monk preguntó a Ham: —¿Hablas el portugués?

—Seguro —repuso el abogado.

—Bueno, esto nos será de gran ayuda —murmuró Monk—. Ven, vamos a abordar al capitán —agregó tirando de Ham y llevándole al otro lado del camarote—. Pregúntale que cómo es que su buque ha

aparecido en el punto mismo en que fuimos torpedeados. Este no era su camino. ¿Cómo fue?

Ham repitió la pregunta al capitán del "Palomino". La conjetura de Monk respecto de la habilidad de Ham para hablar el portugués resultó acertada, porque los dos hombres entablaron larga conversación con muchas muecas y movimientos de cabeza. Finalmente el abogado se volvió a mirar a su camarada.

—Dice que la cosa tiene mucha gracia —le comunicó.

—No es preciso que le remedes —dijo Monk—. ¿Qué es lo que tiene gracia?

—Lo siguiente —dijo Ham—. El capitán del "Palomino", hoy, a mediodía, recibió un cablegrama que le movió a variar de rumbo y dirigirse a esta parte del océano. El radiograma era, ¡pásmate!, Una demanda de socorro del "Virginia Dare".

—¿De manera que captó nuestro S.O.S.? Está bien... —de pronto Monk abrió la boca con asombro—. ¿Cuánto dices que recibió el radiograma? —interrogó después.

—Sobre las doce del día. Sí.

—Pero ¡si el "Virginia Dare" se hundió a las once!

—¡Je, je!

—Es imposible que desde el buque hundido enviara nadie una petición de socorro.

—Pues ya ves como se hizo. Mas eso no es todo.

—¿Eh?

—El operador del "Palomino" no recibió el radiograma. Es lo que se ha descubierto a última hora.

Monk se quedó mirando a su camarada con la boca abierta.

—Vamos a ver, vamos a ver —gruñó—. El capitán del "Palomino" dice que el operador recibió un radiograma y luego dice que no lo recibió. ¿Es comprensible esto?

—He aquí lo ocurrido —explicó pacientemente Ham—. El mensaje le fue entregado sobre el puente, poco después del mediodía. Lo llevaba en la mano un hombre que vestía el uniforme del operador, mas como el capitán tomaba a la sazón la altura del sol para poder determinar luego la posición del buque, en aquellos momentos no prestó al hombre mucha atención.

—Pero al leer el radiograma llamaría al cuarto de la radio para comprobar su autenticidad, ¿no es así?

—Así es. Mas has de saber que en el buque hay un tubo acústico que va desde el puente al cuarto del operador y que este tubo fue utilizado por el capitán. Dice que le contestó una voz por el tubo y que esta voz sonaba como la del operador de a bordo. Este —o mejor dicho la voz que sonaba en el tubo— contestó a su pregunta que el radiograma era auténtico y que había que avanzar a toda velocidad al objeto de prestar pronta ayuda al trasatlántico. La respuesta satisfizo al capitán. Ahora que se presenta la ocasión, te confieso que estoy convencido de que a no ser por esa demanda de socorro, jamás nos hubieran descubierto porque esta extensión de océano suele estar desierta.

Monk interrogó, aturdido:

—¿Dónde se hallaba el operador mientras sucedía todo eso?

—En un trance.

—¿Qué?

—El operador refiere una historia singular. Asegura que poco antes del mediodía experimentó una extraña somnolencia. Esta somnolencia le sobrevino de improviso y se quedó dormido. Ahora afirma que su sueño no fue normal sino una especie de trance. Y que mientras duró sólo recuerda haber visto una cosa: a la estrella negra.

La faz de Monk reveló asombro.

—¡Eh! Aguarda un momento. ¿Qué es lo que vió?

—Una estrella negra.

—¿Te burlas de mí?

—Ya sé que es un desatino —siguió diciendo Ham—. ¡Una estrella negra! El operador declara que pensaba en ella cuando salió de su sueño —por cierto que fue accidentalmente a la una en punto — pero no sabe si la vió, en realidad, o si impresionó de alguna manera su subconsciente o qué es lo que motivó que la llevara en el pensamiento.

Sin proferir palabra, Monk giró sobre sí mismo y salió del camarote. AL llegar a cubierta se apoyó en la mohosa baranda y expuso al viento el ardoroso semblante.

—Cuándo encontramos al hombre de oro nadando en medio del mar —murmuró,— ¿qué fue lo que encontramos?

Ignoraba lo que debía suceder. EL incidente ocurrió cuando el hombre de oro se acercó, inesperadamente, al capitán Kirman por la

tarde. El extraño sujeto conservaba su típica calma, su dignidad, su firmeza de carácter que parecían condicionarle, para ejercer una influencia hipnótica sobre todas aquellas personas con quienes se ponía en contacto.

Dijo:

—Tiene que castigar al submarino que torpedeó a su barco, capitán Kirman.

El capitán profirió toda una sarta de juramentos hasta quedar sin aliento, luego aspiró una bocanada de aire y dijo dominándose cuidadosamente que deseaba por todo lo más sagrado saber cómo podía aplicarse el castigo.

El hombre de oro manifestó tranquilamente:

—El submarino debe encontrarse con un buque de aprovisionamiento en… (aquí mencionó la latitud y longitud). Pida por radio a la escuadra de los Estados Unidos que envíe a dicho punto un crucero.

El capitán parpadeó.

—¿Y por qué no a un buque inglés? —deseó saber—. No creo posible que ningún buque americano se halle en esta parte del océano.

—Pues, mire, en este momento hay uno, a menos de setenta millas del punto en que ha de encontrarse con un buque de aprovisionamiento el submarino —dijo sin alterarse el hombre de oro. Dio media vuelta como si se dispusiera a marcharse, pero se detuvo para añadir:— Sepa que el submarino no pertenece a la nacionalidad que aparenta.

El capitán abrió mucho los ojos sin responder y al reunirse, más adelante, a Ham y Monk les refirió la conversación transcrita rascándose al propio tiempo, con furia, la cicatriz de la calva.

—La verdad es que nunca creí en fantasmas —confesó,— pero comienzo a preguntarme si no será uno de ellos el hombre que hemos sacado de las aguas.

Monk le preguntó:

—¿Qué piensa hacer? ¿Dará o no parte de lo ocurrido a la escuadra americana?

—¿Qué es lo que haría usted?

—Creo que dar parte.

El capitán Kirman sonrió.

—Se me figura que se está usted volviendo tan loco como todos nosotros —observó.

*****

El torpedeamiento del transatlántico "Virginia Dare" constituyó lo que en términos de la diplomacia se denomina "un incidente", que es la mejor manera de decir que estuvo a punto de acarrear un conflicto a los Estados Unidos.

Pues como resultado del radiograma que el capitán Kirman envió al crucero americano, éste descubrió aquella misma tarde, a la puesta del sol, a un vapor de carga y a un submarino que por lo visto sostenían un rendez —vous en mitad del mar.

El crucero llegó veloz, en silencio, al punto que ambos ocupaban al oscurecer. Envió a las alturas a un aeroplano y éste voló, sin previo aviso, sobre el submarino y el vapor que no sospechaban siquiera su existencia.

EL observador que llevaba consigo una excelente cámara fotográfica, sacó sirviéndose de ella fotografías en suficiente cantidad para poder mostrar, más adelante, los pinceles, las brochas, los útiles de soldar con que los marineros del submarino le devolvían el aspecto moral. Estas fotos demostraban sin que pudiera albergarse sombra de duda que el submarino pertenecía a una potencia europea y que quería hacerse pasar por otra.

AL verse descubierto, el submarino hizo frenéticos esfuerzos para sumergirse, mas la operación ocasionó un desastre porque alguien se olvidó de cerrar una escotilla y el U —2 ya no volvió a aparecer. En realidad se carecía de pruebas que demostrasen que se había destruido accidentalmente a sí mismo, pero ni el piloto ni el observador del aeroplano dudaron de ello.

En cuanto al buque de carga huyó. Aunque pretendía causar esta impresión, no tenía el casco pesado y por ello abandonó aquel punto del océano a una velocidad, que casi superaba la del crucero americano escapando al amparo de la noche, que era extraordinariamente oscura.

Y como en Washington no se tenían pruebas claras y distintas, de lo ocurrido, los diplomáticos decidieron silenciar el incidente. Sin embargo, ninguno dudó de que una potencia europea había tratado de despertar la animosidad pública de los Estados Unidos contra otra nación, haciéndoles creer que uno de los submarinos de

dicha nación acababa de torpedear, sin previo aviso, a un transatlántico americano.

CAPÍTULO IV

LA BOTELLA ROTA

EL vapor "Palomino" era una embarcación sumamente lenta. Debido a esto, transcurrieron varios días antes de que llegara al puerto de mar, sudamericano, donde debía hacer provisión de combustible antes de continuar su ruta a Buenos Aires. Mas por fin apareció en el horizonte una estrecha faja oscura, que era la costa americana.

Aquella noche Ham abordó a Monk en la cubierta de popa. Monk tiraba al cerdo "Habeas Corpus" de las largas orejas y parecía abstraído. AL divisar a su camarada, murmuró: —Ham; estaba pensando...

—¿En qué?

—¡Eh, no me dirijas preguntas bobas! Tú andas por ahí diciendo que yo soy un bestia y con franqueza te confieso que yo te tengo por tan estúpido, que te considero capaz, de creer que la hipotenusa es un dije que llevan pendiente del cuello los niños. Y en realidad los dos somos unos burros.

—¿Adónde quieres ir a parar? No te entiendo.

—AL hombre que encontramos en medio del océano, al hombre de oro —dijo Monk pensativo—. Le he estado observando y no acabo de comprender...

—Yo también le observo sin cesar —confesó Ham con un movimiento de cabeza.

—Parece poseer cierta presciencia —siguió diciendo Monk—. Sabe leer el porvenir, cosa aparentemente imposible. Es adivino.

Ham hizo una mueca.

—Está loco y nosotros lo sabemos dijo.

—Sí, es imposible —continuó Monk sin hacerle caso,— más

¿cómo podemos negar lo que se desarrolla ante nuestra propia vista?

Ham dijo bruscamente:

—Apuesto cualquier cosa a que los dos hemos pensado en una misma y posible solución del problema.

—¿En Doc Savage?

Ham hizo seña de que sí.

—Bien, pues es la idea más ingeniosa que se te ha ocurrido y también es mía —declaró Monk—. Si Doc Savage pudiera examinar y hablar con ese ser misterioso sabríamos si es cierto que posee un poder sobrenatural.

Ham observó: —El asunto también tiene otro ángulo.

—¿Qué quieres decir?

—Va a parecerte un disparate…

—De ningún modo. Di…

—Pues que si el hombre, que hemos sacado de las aguas posee un don sobrenatural como parece, habrá que protegerle de los malhechores y evitar que se apoderen de él.

Monk se tiró de una velluda oreja.

—Es verdad —murmuró—. Yo también he pensado en ello.

—Si se propalara la noticia y llegara a oídos de cualquier bando nos ocasionaría muchos disgustos. ¡Piensa lo que tú mismo lograrías llevar a cabo si conocieras lo que te reserva el porvenir!

Monk sonrió.

—Mas, como no es posible… —respondió.

Ham frunció el ceño.

—Bien, de todas maneras conviene que presentemos ese hombre a Doc Savage.

—¿Y si se negara a acompañarnos?

—Antes se lo preguntaremos.

—¿Y si dijera que no?

—En ese caso que mire el futuro y verá que estamos dispuestos a llevarle ante Doc, tanto si quiere como si no.

El hombre de oro poseía un hábito particular que todo el mundo acabó por ver: una afición desmedida a la soledad. Jamás tomaba parte en las conversaciones y cuando se le consultaba sobre un tema trivial no se dignaba responder.

Había colocado una gandula sobre la última cubierta,

justamente en un punto aislado donde soplaba el viento con más fuerza y allí pasaba largas horas, descansando, con los ojos cerrados como si se sumiera en interna contemplación.

Monk y Ham se sentaron a su lado y le explicaron que deseaban sostener con él una conversación privada.

—Es muy importante —agregó Monk.

—Como gusten ustedes —replicó el hombre de oro plácidamente.

Su calma impresionó a los dos camaradas. Ni Monk ni Ham se dejaban asustar fácilmente, porque ellos mismos eran famosos en su profesión destacándose, además, a causa de su asociación con Doc Savage, pero la sensación que experimentaban de que el hombre de oro era un ser extraordinario, les turbaba.

Para la conferencia eligieron dos gandulas que colocaron bajo las ventanas de su departamento de a bordo. Hacía excesivo calor para retirarse al interior de la sala de recibo y como no había nadie sobre cubierta decidieron continuar en ella.

Ham, que se expresaba mejor que Monk, asumió todo el peso de la explicación empleando un tono normal, persuasivo, y sirviéndose de frases cortas, pero expresivas. Mientras hablaba, observaba el semblante de su oyente, perfectamente visible bajo los rayos de una bombilla eléctrica cercana y sacó la impresión de que su discurso no le hacía mella por lo que al concluir de hablar le sorprendió escuchar, a su vez, una homilía.

—Clark Savage —dijo el hombre de oro—, en efecto, estamos de acuerdo, es un gran hombre y un ser afectuoso. Sigue una carrera extraña y para que se preparase mejor a ejercerla fue colocado, desde niño, en manos de hombres de ciencia e instruido por ellos hasta que se hizo hombre. A causa de esto no todo el mundo le comprende y muchos le consideran como a una especie de monstruosa combinación de maravilla científica, portento muscular y genio mental. Las personas que tienen el gusto de tratarle le conocen más a fondo. Saben que posee gran fuerza de carácter y una bondad innata. Saben que aun sin el tratamiento a que le sometieron los hombres de ciencia sería siempre un grande hombre —al llegar aquí calló, de repente, el hombre de oro y se quedó pensativo—. Es muy sensible para la humanidad que no haya en el mundo más hombres iguales a Doc Savage —siguió diciendo luego

— Pues es ahora cuando más que nunca se necesitan hombres que a su habilidad científica reúnan cualidades morales.

Monk hizo una profunda inspiración.

—Entonces ¿qué le parece si fuéramos juntos a hacerle una visita? —propuso al hombre de oro.

—Me parece muy bien.

—¿Lo dice usted de veras? —exclamó Monk, encantado.

—Sí.

—¡Magnifico!

Convencido, por lo visto, de que el asunto quedaba definitivamente arreglado, el hombre de oro se puso de pie y se alejó. La placidez de su actitud impidió que aquella partida repentina pareciera descortés.

Monk y Ham guardaron silencio un momento y después:

—Se ve que conoce a Doc —observó el químico.

—Sí, así parece —repuso Ham—. Pero ésta es otra de las cosas inexplicables que le caracterizan. Porque has de saber que le envié a Doc, un radiograma en que le hablo con todo detalle de ese sujeto y paso a preguntarle después si le conoce. Doc me ha contestado, por medio de otro radiograma, que no tiene conocimiento de su existencia.

—Bueno, por lo menos contamos con él para ir a ver a Doc —observó Monk.

El ruido se produjo a sus espaldas mientras continuaban sentados sobre cubierta. Parecía llegar de la sala de recibo. Sonaba como si un objeto acabara de romperse con estrépito contra el suelo.

Los dos camaradas cambiaron una mirada.

—No te muevas —dijo quedo Monk.

Se levantó, de puntillas, de la gandula, corrió a una puerta, franqueó veloz el umbral, se metió por un corredor y llegó a su departamento. La puerta estaba cerrada. Monk aplicó el oído a la madera sin oír nada. Titubeó un instante y luego entró en la sala.

Al reunirse poco después con el abogado, parecía tranquilo.

Ham, en cambio, se sentía nervioso.

—¿Qué ha sido? —preguntó.

—He encontrado en el suelo la botella del agua —explicó Monk —. Se ve que ha debido caer, rodando, de la mesa. Lo malo es que

se ha roto.

—Pues el barco no se ha balanceado…

—Es lo mismo que yo me he dicho —confesó Monk.

Y los dos guardaron persistente silencio.

CAPÍTULO V

LA QUINTA COLUMNA

LA ciudad no se llamaba La Corneja, pero este fue el nombre con que siempre la conoció Monk por parecerle el puerto más sucio y desaseado de todos los puertos sudamericanos. De lo que se desprende que no iba tan desencaminado al nombrarlo así. La Corneja no era el puerto principal de la república; la misma república era una de las más pequeñas de América del Sur. Y en verdad que la ciudad no poseía la belleza ni la prosperidad que caracteriza a las capitales sudamericanas que tanto asombran a los turistas.

En cuanto el vapor “Palomino” quedó amarrado a un muelle para comenzar la carga de carbón, pasaron Monk y Ham a tierra para estirar las piernas.

Primero pidieron un desayuno que les supo a gloria; luego se dieron un paseo.

EL paseo les dio razón de dos cosas: primeramente les proporcionó ocasión de ver al hombre delgado de la cicatriz debajo del ojo. Este hombre hablaba con el capitán del "Virginia Dare". Los dos hombres conversaban en el interior de un pequeño bar. Ni Monk ni Ham dieron entonces importancia al incidente aunque más adelante le concedieran mucha.

EL segundo incidente acaecido durante el paseo fue una lucha en la calle que ellos presenciaron. Esto ocurrió a última hora de la tarde. La contienda se produjo, de improviso, en un mercado en que se encontraban casualmente.

Un habitante de la ciudad le pegó a otro con una fruta madura y pastosa llamándole, al propio tiempo, perro cochino y agregando toda una sarta pintoresca de maldiciones contra sus antepasados. La

pelea se extendió como el fuego, cuando se deja caer una cerilla sobre un recipiente lleno de gasolina.

De improviso todo fue excitación alrededor de Monk y de Ham. La multitud les empujó, les zarandeó, tropezó con ellos sin que no obstante les asestara ningún golpe. Sin saber cómo se hallaron en medio de un grupo que luchaba y forcejeaba, desesperadamente, entre sí, mas al cabo lograron liberarse de él y una vez fuera y bien lejos de aquellos energúmenos se pararon a observar cómo se concluía aquello. ¡Era un buen entretenimiento!

Entonces alguien gritó en español: "¡la policía!", Y la lucha se concluyó con una celeridad igual a la que la había iniciado. Los contendientes se dispersaron en todas direcciones. Momentos antes estaban allí; al momento siguiente habían desaparecido. Prudentemente, Monk y Ham pusieron pies en polvorosa también.

—¿Qué les habrá impulsado a luchar? —dijo Monk pensativo sin dirigirse a nadie en particular—. La cosa empezó de una manera tan tonta...

Ham se encogió de hombros.

—Que me registren —contestó—. Es posible que desearan hacer ejercicio. También yo siento muchas veces el deseo de pelearme con alguien.

Habían llegado a una calle lateral, cuando se les aproximó el hombre delgado de la cicatriz bajo el ojo izquierdo. Llevaba un lío debajo del brazo.

Era excesivamente cortés y nervioso. Su inglés era bastante bueno.

—Señores —dijo—. Acabo de verles mientras presenciaban la lucha callejera. Y se me ha ocurrido que ustedes, amables americanos, podrían tender una mano a un pobre hombre que se ve en un apuro. Yo he sido el causante de la lucha. Existe un hombre que me odia lo mismo que todos sus parientes porque... a causa de... bien de una mujer. Yo me he casado con esa mujer, su hermana, y ellos no están conformes con ese matrimonio. Amo a Carlita y ella me ama, pero si continuamos aquí nos darán muchos disgustos. Por eso queremos dejar la ciudad, irnos a vivir a otra cualquiera y ser felices. Pero no tenemos dinero. Yo poseo únicamente unos chales, muy bellos, de seda, que me costaron muy caros, pero que vendo muy baratos. ¿Quieren ustedes, amables

americanos, ayudarme? ¿Quieren comprar mis chales?

El hombre dijo todo esto, de un tirón, con una prisa frenética.

Monk y Ham cambiaron una mirada de regocijo. Aquello era una vieja artimaña. Una treta para vender mercancía usada. Los artistas gitanos de Nueva York suelen apelar a ella.

El hombre debía tomarles por bobos. Los chales debían de estar estropeados. Mas, con no flojo asombro, vieron, al examinar la mercancía, que el hombre les enseñaba que era de un exquisito trabajo y calidad y su precio una ínfima parte de su valor real.

—¡Cómpralos! —susurró, Monk.

Ham se avino a ello y adquirieron los chales.

El hombre delgado de la cicatriz sollozaba al separarse de la mercancía.

Luego huyó calle abajo con su dinero.

Sintiéndose orgullosos de sí mismos, Monk y Ham continuaron avanzando.

—¿Sabes que se trata de unos chales muy finos? —dijo Monk—. Lo menos deben valer, cada uno, cien bucks.

—Aunque me cuesta mucho darte la razón —repuso Ham,— convengo contigo en que acabamos de hacer una buena compra.

Les arrestaron al llegar a la vía principal de la ciudad.

Casi una docena de bien uniformados agentes —los dos amigos se enteraron más adelante de que pertenecían al cuerpo de policía federal,— cayeron sobre ellos y les esposaron y registraron. Sus protestas fueron pasadas por alto. Tras de ser arrastrados hasta el Ayuntamiento donde se hallaba, así mismo, la prisión, se hallaron delante de un oficial.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó Ham indignado.

El oficial desplegó los chales sobre una mesa, los examinó y luego lanzó un gruñido de cólera. Señalando a los dos camaradas el dibujo poco común, dijo con acento sombrío:

—Estos chales son mapas de las zonas fortificadas de la nación. O en otras palabras, ustedes son espías, quinta columnistas, creo que es la palabra.

Los dos prisioneros protestaron diciendo que se trataba de un error.

El oficial se encogió de hombros.

—Dentro de poco llegará el comandante. Él oirá sus historias.

La celda que les destinaron poseía casualmente una ventana de ocho por diez pulgadas de diámetro, un catre de tijera y un jergón de paja; sus paredes, de piedra, tenían un espesor de dos pies. Chinches de todos los tamaños habitaban con ellos la celda.

—¡Ahora ya no me extraña que el hombre delgado nos vendiera los chales tan baratos! —gruñó Monk.

Ham afirmó con una inclinación de cabeza.

—Sí, la venta fue preconcebida y nosotros nos tragamos hasta el extremo de la caña al anzuelo.

Se aproximaron a la ventana y probaron a mover los barrotes. Eran de acero, tan gruesos como el puño de un hombre y muy resistentes.

Monk dijo:

—Oye, ahora recuerdo que a primera hora de la tarde vi al hombre delgado, de la cicatriz bajo el ojo, hablando con el capitán Kirman.

—También yo le vi.

Ham frunció el entrecejo.

—¿Crees que puedan tener algo que ver?

—Lo que creo es que nos han jugado una mala pasada —respondió.

Poco después se abrió la puerta del calabozo y entraron varios policías armados, de expresión sombría. Estos agentes procedieron a despojar a Monk y Ham de sus ropas y se las llevaron dejándoles en cueros.

—¡Bonito final! —aulló Ham casi histérico de rabia—. Esto traerá complicaciones internacionales.

—¡Vamos, calla! —tronó Monk—. En cuanto te despojan del traje te pones hecho un loco.

Ham dispuso todavía de una hora en que poder rabiar. Luego volvió la policía y con ella el comandante. Era éste un hombre de aspecto atlético, de edad mediana, eficiente, que hablaba corrientemente el inglés.

Al brazo traía sus trajes y prendas interiores de ropa.

—Ustedes dos son muy descuidados —observó.

—Y también vamos a volvernos locos —repuso Monk—. Es decir: se volverá loco uno de los dos.

El comandante prosiguió indicándoles la ropa:

—En los bolsillos de estas prendas he hallado documentos comprometedores para ustedes. En uno de ellos había un pasaporte falsificado; en otro, el del segundo traje, cartas que ustedes han descifrado ya, lo que demuestra, de manera concluyente, que son ustedes espías a sueldo de una potencia europea.

Una protesta indignada de los dos cautivos impulsó al comandante a exhibir las pruebas que poseía. Eran exactamente las mismas que había dicho.

—¿Por qué nos han detenido sus hombres? —interrogó Ham con una voz tranquila que no presagiaba nada bueno.

—Por efecto de una denuncia hecha, por teléfono.

Ham se volvió a mirar a Monk.

—La lucha que presenciamos —dijo—, formaba parte de la trampa. ¿Recuerdas que la multitud nos rodeó y nos empujaba? Pues entonces fue cuando nos metieron el pasaporte falso y esas cartas en los bolsillos.

—Sí —repuso Monk—, y ¿recuerdas tú lo que pasó anoche en el camarote? Yo juraría que alguien nos estuvo escuchando.

El comandante sonrió, pero sin alegría.

—¿Debo creer que les han hecho caer a ustedes en un lazo?

Con acento de indignación Monk declaró su identidad y agregó que él y su acompañante eran supervivientes del torpedeado transatlántico americano "Virginia Dare".

La noticia impresionó levemente al comandante.

—Si así es, comprobaremos la verdad de esa historia —dijo—. Quiero mostrarme perfectamente justo con ustedes.

Y salió del calabozo.

Antes de oscurecer volvía a estar en él. La expresión de su rostro tenía poco de agradable.

—El capitán Kirman —informó con acento sombrío a los prisioneros—, declara que jamás ha oído los nombres y apellidos de ustedes.

Monk se quedó aturdido.

—¿Está bien seguro?

—Segurísimo.

—¿Ha visto personalmente al capitán?

—Sí.

—¿Estás seguro? Tiene una cicatriz en la cabeza...

—...como resultado de la herida abierta en ella por el fragmento de una mina durante la guerra mundial —concluyó con impaciencia el comandante—. Hemos hablado de la cicatriz del capitán.

Ni Monk ni Ham experimentaban el menor deseo de mezclar a la aventura el nombre de Doc Savage, como tampoco el de declarar su asociación con él, mas como la situación lo exigía revelaron, con toda formalidad, al comandante, las relaciones que les unían al hombre de bronce y le dijeron que si le enviara un radiograma él confirmaría la verdad del hecho.

El comandante se avino, muy tieso.

La respuesta llegó a la ciudad al día siguiente por la tarde. A aquella hora el “Palomino” que había concluido de cargar carbón se dirigía a Buenos Aires.

El radiograma decía como sigue: —"Los dos hombres que tiene usted bajo custodia son dos impostores. Mis ayudantes, Monk Mayfair y Ham Brooks, se hallan en este momento en mi casa de Nueva York. "Doc Savage."

Monk palideció.

Aquella misma tarde comparecieron ante un tribunal militar y se les declaró culpables. Luego se dictó contra ellos la sentencia de rigor... que por cierto no les hizo ninguna gracia, porque al amanecer debían ser colocados ante la pared del patio de la prisión para ser allí fusilados.

En la sentencia se enumeraban el número de hombres que debían componer el pelotón de ejecución: sumaban once en total armados de once fusiles de los cuales, uno debería cargarse con pólvora sola para que ningún soldado pudiera creerse autor del disparo fatal.

CAPÍTULO VI

SE ROMPE EL LAZO

DESPUÉS de catorce semanas de reclusión, Monk y Ham continuaban en la cárcel. En la misma cárcel. En el mismo calabozo. Ahora bien, catorce semanas constituyen un tiempo muy dilatado, pueden convertirse en imaginarios catorce años y esto fue lo que en el intervalo supusieron los dos camaradas. Habían perdido peso y se iban convirtiendo en deshechos humanos. Con decir que ni siquiera discutían ya entre sí...

Dos semanas después de escuchar su sentencia de muerte, se enteraron de que no se pensaba en fusilarles inmediatamente. En realidad, el comandante estaba convencido de que eran quinta columnistas y trataba de hacerles perder el valor para obtener una confesión que descubriría a sus asociados.

De esta manera confiaba en limpiar la ciudad de agentes y de saboteadores extranjeros, porque dichos agentes y saboteadores caían como langostas sobre las repúblicas americanas desde el advenimiento del conflicto europeo.

Mas como nada tenían que confesar, Monk y Ham se hallaban en una terrible tensión nerviosa, ya que todos los días aguardaban verse delante del temido pelotón.

Ni siquiera les consolaba un poco saber que el comandante había adoptado a sus dos favoritos, "Química" y "Habeas Corpus".

Y entre tanto, como en los periódicos no había aparecido, impresa, la noticia de su detención, se hallaban incomunicados con el público.

Ham se hizo un calendario haciendo rayas con las uñas en la pared de su calabozo.

—Dos meses y tres semanas —confió a Monk una mañana.

Aquella mañana fue, justamente, la destinada por el comandante para abrirles la puerta de su encierro, entregarles sus ropas y ofrecerles mil excusas.

—Es este un asunto bien extraño —comentó luego—. Pues ahora salimos con que son ustedes las mismas personas que han declarado ser: Ham Brooks y Monk Mayfair, los ayudantes de Doc Savage.

—¡Si que lo descubre usted a buena hora! —exclamó el químico.

El comandante dijo que sentía extraordinariamente lo ocurrido, agregando:

—No hemos sabido la verdad hasta que Doc Savage ha iniciado una investigación para saber de su paradero —entonces el comandante— les mostró los radiogramas que se habían cambiado entre Doc Savage y él y él y el departamento americano de Estado.

Sólo entonces se convenció Monk de que el comandante se había mostrado realmente recto y sincero. Dominando su rabia preguntó:

—Pero, ¿cómo se explica usted lo del radiograma que envió usted, en un principio a Doc? ¿Cómo es que recibió usted una respuesta falsa?

—Lamento tener que decir —repuso el comandante,— que un operador de la emisora comercial de radio fue sobornado al objeto de que me enviara el falso radiograma.

—¿Quién verificó el soborno?

—Un hombre que declaró ante al operador que era el capitán Harley Kirman del buque "Virginia Dare".

—Usted conoce ya al capitán Kirman: ¿Era el mismo hombre?

—De acuerdo con la descripción hecha por el operador... sí.

—Entonces ¿fue el capitán quien nos metió en este lío?

—Si.

Monk se dio un tirón violento del cinturón.

—¿Cuánto tiempo llevará fletar un avión, que nos lleve a un punto en que podamos tomar el aeroplano de la Compañía Panamericana del Norte?

—Deje. Yo me ocuparé de eso. Tomarán ustedes un avión militar —repuso el comandante.

El taxi que llevó a Monk y Ham al aeropuerto, fue seguido por otro. Era el primer vehículo un coche amarillo importado del Norte que ignoramos por qué razón era conocido en el país con el nombre de "fotingo"

El hombre que siguió los pasos de nuestros dos camaradas ocupaba también un "fotingo". Este hombre habitaba desde catorce meses atrás en la misma calle en que se hallaba enclavada la prisión. EL y su compañero habían conseguido montar una vigilancia ininterrumpida de los alrededores.

Asimismo tenían al alcance de la mano un rifle de largo alcance provisto de una lente telescópica. Por desgracia... o por fortuna, depende de dos puntos contrarios de vista, ni Monk ni Ham se habían colocado nunca dentro del punto de mira del rifle ni de la ventana. Y al dejar la cárcel, poco antes, había habido demasiados policías a la vista.

El espía vió salir a Monk y Ham del aeropuerto en un aeroplano militar y no perdió tiempo. Corrió a la central de teléfonos y pidió conferencia.

Hecho esto pidió un número de la ciudad de Nueva York.

—¿Es Pollo? —preguntó.

—Sí —respondió una voz desde Nueva York.

—Soy Juan.

—Di, Juan.

—Traigo malas noticias. Se ha roto el lazo hoy y ellos acaban de salir en un avión del ejército, de la cárcel de la ciudad.

—¡Necio! ¡Idiota! —dijo Pollo—. Si crees que voy a pagarte por fracasar en la empresa estás loco.

El llamado Juan acercó la boca al transmisor y replicó:

—¿Prefieres que venda cierta información a la policía? ¿O al hombre llamado Doc Savage?

—Ea, zanjemos esto sin decirnos cosas desagradables —se apresuró a proponer Pollo.

—No deseo otra cosa. Mañana por la mañana quiero tener en mi poder el dinero. Esto lo arreglará todo.

Pollo guardó un momento de silencio.

—Si —concedió por fin—. También yo lo creo.

Colgó de su gancho el auricular en Nueva York, al otro extremo de la línea.

Era un hombre delgado con una cicatriz debajo del ojo izquierdo. Hecho esto se cogió la cara con la mano y el rabioso apretón con que la favorecieron sus dedos le torció aquel lado de la fisonomía poniendo de relieve la desagradable cicatriz del ojo.

La rabia hacía temblar su delgado cuerpo. La larga sarta de juramentos que profirió revelaba sus sentimientos. Duró minuto y medio.

Cuando su rabia se extinguió de manera que sólo la palidez del rostro la revelaba, se levantó y pasó a la habitación vecina. Ocupaba un departamento, grande y espacioso, en el distrito comercial de la ciudad para que sus idas y venidas no llamaran mucho la atención.

En la habitación estaban cuatro hombres sentados ante una mesa dedicando su atención a una botella, un manojo de cartas y las colillas de sus cigarrillos.

Semienvueltos por la nube de humo, azul, del tabaco parecían cuatro pobres diablos a pesar de ir bien vestidos. La policía tenía los datos de tres de ellos; el cuarto había tenido hasta entonces más suerte.

Pollo profirió un gruñido y los cuatro levantaron la vista..

—Las cosas han ido mal en América del Sur —les explicó—. Los dos hombres, Monk y Ham, han salido de la cárcel a pesar de que ese tonto de Juan se hallaba encargado de procurar que siguieran allí. Ahora probablemente deben dirigirse hacia acá. Supongo que llegarán en aeroplano.

Los cuatro hombres se miraron. Uno de ellos, el que iba a jugar cuando llegó Pollo, dejó las cartas sobre la mesa.

—¿Qué debemos deducir de eso? —interrogó.

—Que si Monk y Ham vienen, efectivamente, a Nueva York, habrá que desembarazarse de ellos. Así.

Pollo imitó con la mano derecha la forma de un revólver y movió el pulgar como si quisiera disparar el arma imaginaria.

Entonces el hombre que acababa de dejar las cartas preguntó:

—¿Conoce usted a Doc Savage?

—¿Qué tiene que ver Doc Savage con nuestro asunto? —saltó el hombre de la cicatriz.

—Opino que muchísimo que ver —repuso el otro con tono seco —. Varios amigos con quienes estuve asociado y que se levantaron contra ese Savage han desaparecido y no he vuelto a saber de ellos.

—¿Quién tiene miedo de ese Doc Savage?

—Yo lo tengo —el hombre se levantó de su silla y se puso el sombrero—. Bien, adiós. Es posible que volvamos a vernos, pero lo

dudo, sobre todo si se pone usted frente a él.

Sus compañeros le imitaron, se pusieron de pie y se encasquetaron los sombreros. Después de dirigieron a la puerta.

—¡Eh! ¿Qué es lo que hacéis? —interrogó, furioso, Pollo.

—Doc Savage nos da miedo también —le explicó uno de los hombres,— y nos vamos con Jed.

—Pero, ¡malditos! ¿Es que no os pago bien?

—Sí, pero ni por todo el oro del mundo te serviríamos en este momento —repuso el bandido.

Y salió de la habitación seguido de sus compañeros.

Pollo sintió la tentación de prorrumpir, otra vez, en juramentos y maldiciones, pero se lo impidió la sensación extraña que sentía en la boca del estómago y guardó silencio.

Se acercó al aparato del teléfono, marcó un número en el disco y aguardó sin obtener contestación. Entonces tomó asiento delante del aparato y siguió llamando, con intervalos, por espacio de una hora hasta que, finalmente, la persona llamada volvió a casa.

—¡Aló! Pollo al habla, jefe. Yo creía que lo mismo Jed que los tres hombres que me ha enviado eran de fibra resistente.

—Y lo son —repuso una voz por teléfono.

—Pues mire, en cuanto les he nombrado a Doc Savage se han levantado de la silla y se han marchado. Me han dejado plantado, así como suena.

Se produjo una pausa de alguna duración y más significado al otro lado de la línea.

—¿A quién dices que les has mencionado? —dijo después la voz del jefe.

—A Doc Savage.

A oídos de Pollo llegaron unas palabras incoherentes.

—¿Qué decía, jefe?

—Digo que me hago cargo de lo que sienten Jed y sus compañeros —respondió la voz con inquietud—. Dime, Pollo, ¿qué ha sucedido?

Como las líneas telefónicas no son muy dignas de confianza, Pollo refirió al jefe la historia de una ternera llamada "Fair oí May " y de otra llamada "Even ing Brook". Las dos se habían escapado de las tierras de pastos donde pacían, en su granja a pesar de la vigilancia de dos mozos. Juan era uno de ellos, que se hallaba

cerca. Las terneras se dirigían al Norte.

—¿Me ha entendido? —dijo para terminar.

—Sí, y la noticia no me hace muy feliz —repuso el jefe.

—¿Qué puede hacerse ahora?

—Mira, yo dispongo de algunos braceros competentes a quienes no les dan miedo, las terneras ni el toro que en su fuga las acompaña. Les utilizaré. Como las terneras se dirigen al Norte, es probable que demos con ellas. Las atraparemos cuando lleguen a las tierras de pasto, porque supongo que se encaminarán al establo. Coloca allí a los braceros. Tendremos asado, ¿comprendes?

—Perfectamente.

—Bueno. A propósito, ¿te inspira ese toro de que hablábamos escrúpulos de conciencia?

—¿Quién? ¿Doc Savage?

—Sí.

—Ni chispa.

—¿Le conoces?

—No.

—Bueno, eso lo explica todo —repuso secamente el jefe.

CAPÍTULO VII

EN EL ÚLTIMO INSTANTE

A su llegada a Nueva York iba Ham Brooks muy acicalado, estaba correcto con su americana de tarde y los pantalones a rayas. Puede decirse que era el hombre mejor vestido que pisaba a la llegada del aeroplano, el aeródromo de La Guardia. El cable enviado desde Miami, una de las paradas del avión, indicándole al sastre la medida, el color y la tela que deseaba hizo que el hombre pudiera entregarle el traje completo.

Monk llevaba el mismo que vestía cuando el hallazgo, en el mar, del extraño hombre de oro, cuando el torpedeamiento del Virginia Dare y durante la larga permanencia en la cárcel.

—Si, si la indumentaria ha sido buena para todo eso —decía tercamente—, buena es también para Nueva York.

Mas en el fondo sabía que con ello irritaba al abogado.

Cruzaron la pista a buen paso contentos de estar de regreso. La gente les miraba, sorprendida, así como a sus favoritos tan poco corrientes, "Habeas Corpus" y "Química".

Pero, casi enseguida sufrió Monk una conmoción. En aquel momento pasaba por el centro del aeródromo, donde había una construcción con una cúpula circular y ventanas a través de cuyos cristales penetraban, oblicuos, los rayos del sol. Su luz caía casualmente sobre la mano derecha de una mujer y en particular sobre una sortija que la mujer llevaba. A Monk se le desorbitaron los ojos.

Dando a Ham un golpecito de atención en el codo, murmuró:

—Da media vuelta y acompáñame.

—¿Qué mosca te ha picado de repente?

—Dirijo una ojeada a la sortija que lleva esa señora en la mano

derecha. Me refiero a esa del abrigo de visón.

Los dos camaradas retrocedieron unos pasos y la examinaron a hurtadillas, fijándose sobre todo en la sortija.

—¿Has visto? —murmuró otra vez Monk.

Ham sobresaltado, afirmó.

No cabía duda de que la extraña piedra incrustada en la sortija, que la dama llevaba en el dedo meñique era una estrella. Una estrella bordeada de rojo que centelleaba bajo la luz del día.

—Oye, Ham ¿no te recuerda esa estrella la que vimos en el cielo la noche en que se halló al hombre de oro en medio del océano?

—Así es —murmuró con un hilo de voz el abogado.

—Voy a hablar con esa señora. Quiero que me explique..

Ham le tiró a Monk de la manga.

—No lo hagas. Yo conozco casualmente a esa mujer.

—¿Y quién es?

—Mistress H. Courtney van Stigh.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que ocupa una posición más elevada que la del rey de Inglaterra y que posee más dólares que soldados tiene Europa.

—Me parece bien. Ya verás qué pronto nos entendemos.

Monk se aproximó a la dama de elevada posición social y monetaria.

—Te van a echar un jarro de agua fría —le advirtió Ham, que había oído decir que la señora Courney hacia y decía cosas extrañas, propias de una snob. Mas no fue poca su sorpresa cuando al abordarla Monk diciendo:— "Perdón, señora, me interesa muchísimo esa sortija de la estrella negra..." ella le dirigió una amable sonrisa.

—Es muy preciosa también para mí —replicó.

—¿Representa para usted algo especial?

—¡Oh, sí! El mar era su madre y la noche su padre. La estrella rodeada de fuego brillaba en el oscuro cielo y lucía una luz ectoplásmica sobre el océano. Ellos eran sus defensores. La estrella negra es su símbolo.

Mirando seguidamente un reloj pendiente de la pared, murmuró que iba a perder el avión y salió apresuradamente.

Monk parecía haber echado raíces en el suelo.

—¡Qué caramba! —murmuró por fin—. ¿No estará loca, verdad?

—No, que yo sepa.

Tomaron un taxi. En el momento de arrancar, Monk dijo al abogado.

—Recuerdo a cierta persona que decía que su madre era el mar y su padre la noche…

—Los dos lo recordamos.

—…era la misma a quien hallamos en el mar.

—Sí, ya lo sé.

—¿Tendrá algo que ver con esa señora?

—No es posible que tenga nada que ver.

Monk observó, pensativo:

—AL hablarme de la sortija su voz adquirió un timbre particular de ternura. Parecía una madre que habla de su primer hijo. Y no digas, ha estado muy cortés al dignarse hablar con un desconocido.

—Sí, sobre todo cuando ese desconocido tiene aspecto de vagabundo.

—¡Vagabundo! ¿Te refieres a mí? —exclamó el químico, indignado—. Escucha; ese saco de dinero no me llega ni a la altura del zapato. ¡Poseo muchísima cultura!

—Una cultura física; eso es lo sensible.

Los dos amigos entablaron tan animada discusión que se sintieron mejor casi instantáneamente. Su pelea verbal —tan apasionada que el chófer les miró varias veces con disgusto— les tonificó, como de costumbre, liberando sus espíritus de la penosa impresión ocasionada, por la vista de la sortija de la estrella negra.

¡Ah, qué bueno era estar otra vez en Nueva York!

No hay nada mejor que volver a pisar un país civilizado. Tal era el sentimiento que les embargaba y llevados de su regocijo llegaron delante del cuartel general de Doc Savage.

—Nunca me he sentido tan contento de llegar —comentó Monk —. Veamos ahora si lograremos sentir alguna emoción.

Monk pronunció estas últimas palabras en el momento de salir, andando hacia atrás, del taxi y por ello el hombre que surgió a su espalda y, apoyó en ella la boca inconfundible del revólver, pudo responder:

—¿Qué le parece esta sorpresa, para comenzar?

Monk se inmovilizó —tenía medio cuerpo fuera, medio dentro del taxi— en la mencionada actitud y preguntó:

—¿Qué tengo que hacer ahora, compañero?

—Volver a meterte en el coche —repuso el hombre.

—¿Y después...?

—Nada. Estate ahí sentado —el hombre amenazó con el arma al conductor del taxi—. Eh, tú, creo que lo mejor que puedes hacer es dar un paseo.

Lo mismo debió pensar el conductor, porque más que pasear era una carrera desenfrenada la que emprendió dirigiéndose a la esquina más próxima.

—Bueno, yo me voy —dijo a Monk y a Ham el bandido—. Vosotros permaneced ahí sentados y si a cualquiera de los dos se le ocurriera moverse, que se pregunte antes si es capaz de resistir un balazo.

Dicho esto se guardó el revólver en el bolsillo —no lo había exhibido para no llamar la atención de los transeúntes que circulaban por la acera— y se marchó.

La escena desarrollada dejó perplejos a los dos asociados de Doc Savage, pero sólo por un momento. Porque en la parte alta de la calle acababa de separarse de la acera un sedán negro y poco llamativo. Dos hombres ocupaban el interior y en él brillaba el acero. Llevaban bajadas las ventanillas.

—Ametralladoras —gimió Monk.

No añadió que eran del calibre de las que utiliza el ejército y que podían atravesar las paredes del taxi como si fueran de papel.

Ham observó:

—En Sud América trataron de desembarazarse de nosotros y ahora vuelven a intentarlo —observó Ham.

Monk hizo un gesto casi imperceptible.

—¡Piensa algo! —pidió con voz velada. Mas únicamente podían hacer dos cosas: quedarse en el taxi o lanzarse a la calle.

Y con ello se exponían de la misma manera a que les tiroteasen. Nada podía ofrecerles un punto de refugio; ni siquiera les quedaba tiempo para llegarse a la puerta del rascacielos. Así se dedicaron a observar, en silencio, el sedán negro.

Y mientras le estaban observando vieron surgir de debajo de sus ruedas delanteras una llama azulado rojiza. La llama verificó su aparición, de improviso. Tendría aproximadamente unos diez pies, su forma circular, plana en un principio, se extendió y exhibió unos

pétalos monstruosos, rojo azulados, semejantes a los de una flor gigantesca.

AL propagarse, la llamarada levantó consigo la parte delantera del sedán, que quedó de pie sobre las ruedas posteriores. Tubos y llantas se desprendieron de las ruedas delanteras. Uno de los guardabarros se elevó hasta una altura de cuarenta pies y mientras revoloteaba en el aire como una gran hoja negra.

Luego sonó una explosión que pareció romper el tímpano de los dos amigos. Inmediatamente se produjo una segunda explosión con un ruido mucho menor —como el estallido de un cohete— que se perdió entre los ecos despertados en la calle por la primera.

Esta segunda explosión se produjo en la acera, a unos pasos de distancia de los pies del hombre que empuñaba el revólver azulado. Fue acompañado de humo, de una tenue columna, en un principio, que se extendió más y más hasta adquirir la forma de una seta de respetables dimensiones. La seta rodeó al hombre y a su revólver.

El hombre profirió varios alaridos y se le disparó el arma contribuyendo el eco de los disparos a aumentar el ruido general. Luego el hombre y el arma quedaron silenciosos dentro del humo y sonaron gemidos.

En el taxi, Monk se llevó sonriendo, ambas manos a los oídos.

—Se me figura que Doc no anda lejos —observó.

Habiéndose balanceado un momento sobre las ruedas traseras, el sedán volvió a posarse, ruidosamente, sobre el empedrado de la calle y sus cuatro portezuelas se abrieron de par en par.

De los cuatro hombres que ocupaban el sedán sólo uno consiguió retener la ametralladora, los tres restantes cayeron amontonados en la acera. Luego arqueando el pecho echaron a correr en dirección del Norte.

El movimiento les colocó detrás de la nube de humo negro que había envuelto al hombre del revólver.

En el paroxismo de la huida uno de los componentes del trío describió, sin querer, un semicírculo que le situó en la misma linde del humo. Al humo se habían mezclado gases lacrimógenos y el hombre aulló frotándose los ojos.

Aunque cegado de momento, tuvo la buena ocurrencia de asirse a uno de sus compañeros al objeto de que le sirviera de guía en la huida.

Los tres llegaron al extremo de la manzana. Allí tenían estacionado un segundo coche que era el que el hombre del revólver azulado había tratado de utilizar. Dos de los tres hombres —el que no iba armado de ametralladora y el cegado por los gases lacrimógenos— corrieron a meterse en el coche; el de la ametralladora se paró y aguardó a que el viento disipara el humo.

La víctima de los gases había dejado caer el azulado revólver y gemía, tendido en la acera, desconcertado por la ceguera y sin saber qué hacer. Era evidente que podía ser capturado por quien se tomara el trabajo de capturarle.

Abriendo una boca de pez, el hombre de la ametralladora apoyó el cañón de su arma en la esquina de un edificio, bajó el índice apoyado en el gatillo y la ametralladora tronó sacudiendo violentamente su cuerpo desde los pies a la cabeza.

La víctima de los gases cesó súbitamente de moverse en la acera y bajo su cuerpo apareció un lago de sangre.

El de la ametralladora corrió entonces junto al coche que arrancaba lentamente, y que dio un salto hacia adelante en cuanto hubo entrado en él.

—¿Arreglaste ya a Ike? —le preguntó el bandido que hacía de chófer.

—Ya le he arreglado. ¡No les dirá nada!— sin abandonar su expresión de pez el hombre de la ametralladora miró el arma que empuñaba —. Si la tirase ahora haría una cosa digna de encomio, ¿verdad? —dijo.

—Sí, pero no te lo aconsejo —repuso el chófer—. Actualmente cuesta mucho hacerse con una.

—Bien, pues corramos el riesgo. Me la quedo.

Y el hombre colocó la ametralladora sobre el piso del coche, que avanzaba veloz, doblando con mucha frecuencia las esquinas.

Doc Savage era un gigante de bronce que armonizaba con el tumulto originado por él mismo en la calle. Apareció en la entrada del rascacielos, punto desde el cual había arrojado la granada explosiva y la bomba de humo.

Atravesó la acera, se metió en el taxi con Monk y Ham y comenzó a manipular en las ventanillas.

—Ea, acabad de subirlas —ordenó a sus camaradas.

Su acento era imperioso, sin ser fuerte ni mostrar excitación.

Puso en marcha el motor y movió las palancas. Terminó de cerrar las ventanillas delanteras mientras hacía girar el volante para hacer describir media vuelta al coche.

Por entonces el humo de la bomba, con su contenido de gases lacrimógenos se había esparcido envolviendo la parte alta de la calle. Así, para poder seguir a los asesinos, tenía que probar de atravesarlo.

El taxi no era impermeable al aire, de manera que entró en su interior una parte del gas y como era muy potente, incluso una cantidad mínima hacía poco seguro el manejo del volante. Los ojos de los tres hombres se empañaron y derramaron algunas lágrimas.

EL hombre de bronce obligó a doblar al coche la esquina, diciendo:

—Han debido largarse en otro coche. Tenemos que obtener su descripción.

Saltando a la acera, se metió en una droguería y entró en una de las casillas telefónicas que allí había. Hecho esto llamó a la delegación de policía y tras darse a conocer le hizo al jefe una descripción detallada de los tres asesinos; De la escena del crimen, y de la dirección que debían haber tomado.

Aquí entró Ham en la droguería.

—Un hombre vió al coche desde el otro lado de la calle —comunicó a su jefe—. Se trata de un vehículo de color gris claro.

Luego Ham le dio el número de matrícula del coche, así como la marca de construcción.

Doc Savage pasó esta información al jefe de policía en palabras concisas, pero claras y expresivas.

Luego volvió a meterse en el taxi, puso en marcha el motor y dio cuidadosamente la vuelta a la manzana, tocando con frecuencia la bocina, porque tenía los ojos húmedos todavía.

Monk le preguntó:

—¿Cómo llegó a tus oídos que se nos preparaba una celada?

—¿Has reparado en el quiosco nuevo de periódicos que hay enfrente de casa?

—No he tenido tiempo para reparar en nada.

—Pues su propietario es un detective que perdió las dos piernas en un accidente —explicó con calma el hombre de bronce:— Y le he contratado para que me ayude.

—¿Quieres decir que pagas a ese perro viejo del quiosco para que abra los ojos y te dé cuenta de todo lo que ocurre alrededor del edificio? Es una excelente idea, ya que no es la primera vez que nos asaltan delante de casa.

Doc Savage dijo:

—El detective me telefoneó para participarme que cuatro hombres vigilaban el rascacielos y desde entonces Renny, Long Tom, Johnny y yo mismo, nos hemos turnado para vigilar a los cuatro.

Doc paró el coche junto al cuerpo del hombre armado del largo revólver azul. Junto a él se hallaban dos agentes de policía y mucha gente.

—Le han tocado veinte veces —dijo uno de los dos agentes—. ¡Murió con la rapidez que suele emplear esta clase de gente!

—Me gustaría examinar sus ropas —dijo Doc Savage.

El agente mostró su conformidad con el gesto.

—Me parece que hará usted bien, señor Savage —replicó—. En cuanto llegue el coche del depósito haré que le desnuden en su interior y le enviaré sus ropas.

Doc adoptó una expresión satisfecha.

—Comunique al departamento de homicidios —ordenó—, que cuatro individuos desconocidos han tratado de asesinar también a mis asociados Monk y Ham; ignoramos por qué razón. Este hombre aspiró gas y no pudo escapar. Uno de los bandidos le mató, probablemente para impedir que le interrogáramos.

CAPÍTULO VIII

"VIGILAD A RUTH DORMAN"

VARIOS años atrás, cuando Doc Savage comenzó su carrera tan extraordinaria para la que había sido entrenado, comenzó a amueblar el departamento que al presente ocupaba en el piso ochenta y seis del rascacielos. Este departamento se hallaba dividido en tres partes o secciones: la primera constaba de una sala de recibo, de una habitación reducida cuyos únicos muebles eran una inmensa caja de caudales y una mesa incrustada de maderas preciosas así como algunas sillas cómodas.

Constituía la biblioteca una habitación mucho más amplia, atestada de libros científicos. Pero la mayor de las tres era la que ocupaba el laboratorio que, como los más adelantados hombres de ciencia sabían muy bien, contenía el material más moderno que existe hoy en el mundo.

Una vez que hubo entrado en la sala de recibo, Doc hizo seña a Monk y Ham que tomaran asiento.

—Vosotros dos desaparecisteis a raíz del torpedeamiento del "Virginia Dare". Cuando los supervivientes desembarcaron en Buenos Aires, nosotros confiábamos, como es de suponer, que nos escribiríais. Pero cuando enviamos un cablegrama al capitán Kirman y recibimos la respuesta, nos enteramos de que jamás habíais puesto los pies en el transatlántico.

Monk y Ham abrieron un palmo la boca.

—¿Dices que el capitán Kirman te cablegrafió para comunicarte que nunca habíamos pisado la cubierta del trasatlántico? —murmuró Ham.

—Así es —replicó Doc Savage—, y por ello tardamos en encontraros. Confieso que no teníamos la menor idea de dónde

podíais haberos metido, hasta que finalmente dimos con vosotros por mediación de una agencia internacional de detectives. Hace sólo unos días que os localizamos en esa prisión de Sud América. —Las facciones metálicas de Doc Savage permanecían imperturbables y sus ojos dorados carecían de expresión—. Supongo que completaréis ahora lo que le falta a vuestra historia —concluyó.

Monk dijo:

—Pues es toda una historia.

—En efecto, es la historia de un hombre de oro que hallamos flotando en el océano —agregó Ham—. No sé qué efecto te producirá, porque es bastante fantástico.

—Prosigue.

Ham retrocedió para coger el hilo de su narración sin emplear en ella muchas palabras, sin embargo, Monk le interrumpió dos veces, para precisar hechos que Ham pasaba por alto.

—Y jamás hemos visto a los hombres que han tratado, hace poco, de quitarnos de en medio frente a esta casa —concluyó el abogado.

El silencio que sucedió a su relato duró un momento. Luego Doc pidió a sus camaradas que repitieran trozos del relato como para recordar puntos que consideraba importantes.

—¿De modo que llenasteis una botella de agua luminosa, la misma que rodeaba al "Virginia Dare" y la botella se rompió y se derramó el agua? —interrogó.

—Sí, rodó por encima de la mesa de nuestro departamento y se hizo añicos —dijo Ham.

—Pero ¿no estáis seguros de que el buque se balanceara con fuerza suficiente para derribar la botella?

—Eso es, justamente, lo que nos dejó perplejos; que no pudo caer al suelo por efecto de un golpe de mar.

El semblante de Doc no variaba de expresión.

—¿Hizo ese hombre de oro —dijo—, alguna predicción que no se realizase?

—Todo lo que ese hombre predijo sucedió —se encargó Monk de responder—. La villa de Madeira fue adjudicada al médico de a bordo, el buque torpedeado, el vapor que debía recogernos apareció en el momento oportuno en el lugar del naufragio, tal y como él lo dijo.

—¿Y a pesar de no conocerle vosotros aseguró él que os conocía?

—Sí.

—¿Quién es ese Sam Gallahue que mencionáis tan poco? ¿Se destacaba del resto de los pasajeros?

Monk negó con un movimiento de cabeza.

—No, es uno de esos seres tan agradables y empalagosos que se me atragantan. Habla con afectado acento inglés y le gustaba danzar a nuestro alrededor y en torno del capitán Kirman.

—O dicho de otro modo: es uno de esos hombres que buscan la amistad de gente más destacada siempre que se les ofrece ocasión.

—Justamente.

—Yo le llamaría un snob —observó Ham.

—¿Parece listo?

—¡Oh, no!

Doc se puso de pie y se acercó a una ventana dedicándose a mirar la calle, en silencio, a través del grueso cristal irrompible.

—Y ese sujeto tan poco común, ese hombre de oro ¿se mostró dispuesto a venir aquí para que yo le sujetara a un examen?

—Sí, no sólo no puso ningún reparo sino que parecía sentir en ello un placer.

—¿Y fue después que os lo aseguró cuando comenzaron vuestras dificultades?

—¿Eh? —Monk le dirigió una mirada penetrante—. ¿Supones acaso que se nos preparó el lazo en Sud América a causa de eso?

Sin responder Doc Savage desvió levemente el hilo de la conversación interrogando:

—¿Y el hombre de oro asegura que el mar es su madre y que la noche es su padre?

Monk puso una cara muy significativa.

—Sí, pero aun hay otra cosa, Doc. Al salir, hace un momento del aeroplano, en el aeródromo de La Guardia, vimos a una mujer que según dice Ham es muy conocida en sociedad. Llevaba una sortija muy extraña con una estrella negra y cuando la interrogué acerca de ella…

—…y cuando la interrogó —dijo Ham interviniendo—, yo confiaba en que mistress van Stigh haría llamar a su chófer o su secretario, pero en vez de esto le dijo algo sobre el mar que es

madre y el cielo que es padre y algo acerca del ectoplasma y entre tanto miraba a Monk con el rostro resplandeciente.

Del tono que Ham empleaba se deducía que cualquiera que mirara así al químico, debía tener descompuesto el mecanismo mental.

El hombre de bronce no hizo comentario alguno y se separó lentamente de la ventana.

Monk siguió diciendo:

—Pero volvamos a lo que urge conocer: ¿quién nos metió en dificultades en Sud América? ¡Cómo me gustaría ver al capitán Kirman!

—¿El capitán del "Virginia Dare"? ¿Sospechas de él?

—Sí, es nuestro hombre.

Sonó quedo un timbre, brilló una luz roja y Doc Savage se acercó a la mesa incrustada y pulsó un botón, lo que motivó la aparición en el paño de la pared de una imagen por efecto de la televisión.

La imagen mostraba el pasillo de la escalera y en él a un agente de policía cargado con un lío de ropa. Doc abrió la puerta.

EL agente le explicó:

—Uno de los empleados de nuestro departamento conocía al pistolero asesinado con la ametralladora. Posee un historial tan largo como el cuello de una jirafa.

—Juzgo conveniente —repuso Doc—, que la policía coja a sus asociados y les someta a un interrogatorio.

—Así lo haremos —dijo el agente poniendo sobre la mesa el lío de ropa—. Estas prendas son las que llevaba cuando le ametrallaron.

El agente se marchó y Doc abrió el lío ensangrentado.

Todas las prendas de ropa eran de material barato. El fajo de billetes cuyo valor ascendía a cuatrocientos veinte dólares movió a observar a Monk:

—Me parece una suma muy considerable para un pobre diablo como él. Debe pagar bien la persona para quien trabajaba.

El único documento escrito o impreso que encontraron en aquella ropa fue un pedazo de papel, de color coral, en que campeaban unas palabras escritas con tinta azul.

Estas palabras eran: "Vigilad a Ruth Dorman".

Mientras miraban el pedazo de papel volvió a sonar el timbre y a brillar la luz roja y entraron tres hombres en la sala.

Eran Johnny, Tom Roberts y Renny Renwick; los tres restantes asociados de Doc Savage, que cambiaron un cordial apretón de manos con Monk y Ham.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny señalando con un gran pulgar en dirección de la calle—. Los policías acaban de explicarnos que habéis tenido ahí abajo una fiesta digna del cuatro de julio.

—No puedes darte una idea del jaleo que se ha armado —repuso Monk.

Long Tom preguntó:

—¿Y vosotros, tunantes, dónde habéis estado? ¿Cómo no hemos sabido nada de vosotros en estos tres últimos meses?

Doc ordenó: —Cuéntales lo ocurrido, Monk.

Monk volvió a explicar las peripecias del viaje tomándose más tiempo y empleando más palabras de las que Ham había empleado poco antes al referir a Doc Savage los mismos detalles. El hombre de bronce escuchaba atentamente pero Monk no dijo nada que no hubiera mencionado ya Ham, de modo que no hizo ningún comentario, ni tampoco le dirigió ninguna pregunta.

Renny examinaba la hoja de papel hallada en el traje del hombre asesinado.

—¿Quién es Ruth Dorman? —preguntó con su voz normal que era lo bastante sonora para que sus oyentes pensaran instintivamente en taparse los oídos.

Doc Savage le entregó el pedazo de papel.

—Puedes comenzar a averiguarlo —sugirió luego—. Johnny y Long Tom te ayudarán.

El ingeniero hizo un gesto de conformidad.

Monk y Ham se habían metido en el laboratorio donde tenían armarios llenos de material ofensivo y volvieron de él cargados con dos pistolas ametralladoras.

Estas armas eran un invento de Doc Savage, no tenían un tamaño muy superior al de los automáticos y en un minuto podían disparar un número asombroso de balas, ya fueran éstas explosivas, de gracia, de gases, o de humo.

—Estoy dispuesto a pescar al capitán Kirman —anunció Monk a sus compañeros—. ¡Vaya usted a saber dónde daremos con él!

Doc Savage dijo:

—Convendría dirigirse ante todo a la casa consignataria del "Virginia Dare", pues es posible que pueda informarnos.

CAPÍTULO IX

LA MUERTE IMPOSIBLE

EL edificio estaba en el Broadway, al Sur de Wall Street. En la placa de bronce de la entrada figuraba la lista de siete líneas de vapores y la oficina se hallaba en el piso número dos, a partir del desván.

El piso ostentaba luz indirecta y una ornamentación de mármol negro y sus puertas dobles daban acceso a una gran habitación en que trabajaban muchos empleados y mecanógrafas. Los visitantes se dieron a conocer y poco después Doc Savage estrechaba la mano de míster Elezar.

—¿El capitán Kirman? —repuso a una pregunta de Savage—. ¡Oh, sí, es uno de nuestros oficiales más competentes. Lleva una brillante carrera. Comenzó a navegar a la edad de diez años y obtuvo el grado de capitán antes de los veinticinco. No puede imaginarse lo que sentimos perderle.

—¿Perderle? —repitió Doc Savage.

—Sí, ¿no lo sabía? Ha dejado el mar. ¡Oh, sí, ciertamente! La pérdida del "Virginia Dare" le afectó muchísimo, aun cuando no lo declaró, limitándose a decir que estaba envejeciendo y que le gustaría pasar una temporada en tierra. La idea era ridícula, porque no es mayor que yo —míster Elezar parecía tener unos cincuenta años,— pero...

—¿Y vive actualmente en la ciudad?

—¡Oh, sí, ciertamente! A menos de dos manzanas de distancia de esta calle. Ha alquilado y amueblado un departamento propio para despacho.

—¿Y puede decirnos a que se dedica?

—A la venta de peces raros.

—¿Quiere decir que comercia con peces raros tropicales poco corrientes?

—Justamente.

Doc Savage le hizo una inclinación de cabeza.

—Bien, pues, muy agradecido, míster Elezar —dijo.

Tomó la mano de Elezar y se la estrechó y a continuación, sin soltarla, la volvió y examinó la sortija.

—Es una joya poco común.

Míster Elezar no contestó. Parecía turbado.

Monk alargó el cuello y vió que la sortija tenía una piedra de la forma de una estrella negra con los bordes de color rojo.

—Es extraordinaria —seguía diciendo Doc, pensativo—. ¡Qué casualidad! Ya hemos visto otra sortija igual.

Míster Elezar arrancó, de un tirón, de la mano de Doc Savage la diestra que éste tenía cogida. Parecía como si fuera a romper a sudar.

—¿Querría contarme su historia?

—Lo lamento, pero el capitán Kirman me encargó… —Elezar se calló de repente y se mordió el labio inferior—. No… tengo nada que comunicarles acerca de la sortija que… adquirí en una casa de empeños, eso es, en una casa de empeños..

—¿Querría darme su nombre? —preguntó Doc Savage—, pues me gustaría ver si logro adquirir una sortija igual.

Mientras fingía escudriñar su memoria, míster Elezar parecía desesperado.

Luego respondió:

—No lo recuerdo. Sólo sé que se halla en la Bowery. Allí hay muchas casas de empeño.

Doc Savage guardó silencio mientras bajaban a la calle en un ascensor. Pero Monk gruñó, iracundo:

—¡Habrá que someter a un examen a míster Eleazar y a su sortija!

Ham había supuesto que Doc Savage se dirigiría directamente al despacho del capitán Kirman, por ello le sorprendió ver que el hombre de bronce entraba en una sucursal urbana de teléfonos de la parte baja de la ciudad.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

Doc respondió:

—Tú has dicho que cuando os metieron en la cárcel en Sud América, el comandante habló con el capitán Kirman y que éste manifestó que no os conocía. ¿No es así?

Ham hizo una seña afirmativa y Monk dijo:

—Pero no es eso todo, Doc. El capitán Kirman sobornó al operador de la radio, para que simulara haber recibido un mensaje en el que tú negabas nuestra identidad.

—¿Estás seguro de que fue el capitán Kirman?

—El hombre de que nos hablaron respondía a su descripción.

—Ahí está el enredo —les explicó Doc pensativo.

EL hombre de bronce entró en teléfonos y permaneció en el interior unos treinta minutos.

Cuando salió de la cabina no había variado de expresión, pero lo mismo Ham que Monk experimentaron la impresión que acababa de averiguar algo interesante.

—Estamos de suerte —les comunicó—. EL comandante estaba en su despacho. Sin embargo convendría perfeccionar la comunicación telefónica con Sud América.

—¿Para qué diablos has telefoneado a esa parte del continente? —quiso saber el químico.

—Para preguntar al comandante cómo está colocada la cicatriz en la cabeza del capitán Kirman —explicó Doc.

Monk contrajo las diminutas pupilas.

—¿Y te lo ha dicho?

—Sí, está debajo del ojo derecho.

Monk exclamó con ímpetu: —¡Pero si el capitán tiene la cicatriz en la cabeza!— dio media vuelta y se encaró con el abogado —. Oye, se ve que el comandante no habló con el capitán Kirman, ni el capitán Kirman fue el que sobornó al operador. Fue aquel tunante, me refiero al hombre que nos vendió los chales españoles, el que hizo que nos metieran en la cárcel.

Ham aprobó con aire sombrío.

—Recuerdo ahora —dijo—, cómo ocurrió que coincidiéramos en su identidad. Uno de nosotros le preguntó al comandante si el capitán tenía la cicatriz de una herida en la cabeza y el comandante respondió que la tenía y que se la había producido el fragmento de una mina durante la gran guerra. Como en efecto la cicatriz del capitán se debía a esa causa, dimos por hecho que era él quien

había hablado con el comandante.

—¡Maldito sea! ¡Y ahora ya no poseemos ninguna prueba, porque yo sospechaba del capitán Kirman! —exclamó Monk lamentándose.

Doc observó:

—Te olvidas de la sortija de míster Elezar. A juzgar por su confusión la joya no le es desconocida al capitán. Por ello convendrá que le hablemos.

La empleada del despacho del capitán era una morenita, de edad mediana, que parecía ser razonable.

AL saber de quién se trataba pasó al otro lado de una puerta, pero no tardó en volver.

—El capitán Kirman está hablando por teléfono —dijo—. Saldrá enseguida.

Doc Savage se acercó a las peceras y comenzó a examinar los peces raros que contenían. Monk se le reunió y los dos le pasaron revista a las peceras, filtros y aireadores que tenían delante.

Monk miraba de reojo a los peces.

—¡Qué pequeños son! —exclamó—. ¿Valen mucho?

—Algunos costarán, probablemente más de cien dólares —repuso Doc.

Monk abrió asombrado la boca.

—¿De veras cuesta cien bucks un pez de una pulgada de longitud?

—O más. Mira por ejemplo esos dos peces. Son oriundos de las Islas Filipinas, donde se les llama sinarapan, su nombre oficial es “nzistichthys” “luzonensis”. Como ves, son muy pequeños, rara vez alcanzan la pulgada de longitud, sin embargo, son raros porque se encuentran en el lago Buhi, o sea, en el interior de las islas, lugar tan remoto que es casi imposible conservar vivas las especies.

Sonó un timbre y la empleada cogió el auricular del teléfono. Su aspecto revelaba que no siempre había estado colocada en un despacho. Sus modales corteses, su aire de confianza, revelaban a la mujer que había poseído dinero y una posición social más elevada. Dejando el teléfono, dijo:

—Ya pueden ustedes pasar.

El despacho del capitán Kirman era espacioso y tenía ventanas muy amplias. Estas ventanas daban sobre la bahía, de manera que

tenían delante el panorama de los buques veleros, de los jerryboats de blanca estela, de los atareados tugs. Además de la puerta por que los tres asociados habían entrado, el despacho tenía otras dos puertas, laterales, que se hallaban cerradas.

El capitán Kirman estaba muy cambiado. Este cambio, no se debía, sin embargo, a la desaparición del uniforme, sino a una expresión particular, mezcla de disgusto y preocupación.

Tampoco tenía el semblante tan tostado como cuando Monk y Ham le conocieron, y ponía voz de falsete, le temblaba un poco, como si hubiera sido un actor que se siente presa de pánico en el momento de salir a escena.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó—. ¡Cuánto celebro volver a verles! Es un verdadero placer.

Monk cogió la mano que le tendía el capitán. Estaba tan fría y pegajosa como si fuera una rana viva la que estrechaba en su diestra.

El químico dijo: —La verdad, capitán, es que nunca supuse verle metido en un negocio por más que sea de pescado.

—Pues es muy provechoso —repuso con vaguedad el capitán—. Y a propósito, señores, ¿qué se hizo de ustedes?

—De eso precisamente queremos hablar con usted.

—¿Conmigo? —el capitán pareció perplejo y se rascó la cicatriz.

—Sí. Como tuvimos aquel contratiempo en América del Sur...

—Pues yo me preguntaba qué habría sido de usted y de su amigo, Ham Brooks. ¡Desaparecieron ustedes tan de repente...! Pero claro, ya me figuro que querían detenerse unos días más en la ciudad. No saben cómo he echado de menos las terribles discusiones que entablaban.

—¿Ignora, pues, que no nos quedamos voluntariamente en América del Sur? —le preguntó Monk.

—¡Demonio! —el capitán abrió unos ojos de a palmo—. ¿Qué quiere decir?

—Pues que nos engañaron y tendieron un lazo. Ignoramos quién nos metió en la cárcel y hoy, al regresar a Nueva York, han tratado de asesinarnos.

—¿La misma persona que les tendió el lazo?

—Es lo que ignoramos —dijo Monk—. Pero alimentamos esa sospecha.

El capitán Kirman se pasó una mano por el pelo. Palidecía.

—¿Por qué me hablan de todo eso?

—¿Se acuerda del hombre de oro que encontramos en el océano?

—Sí, claro. Naturalmente.

—¿Se acuerda de la estrella negra que vimos en el cielo poco antes?

—Yo.., sí. Sí, lo recuerdo.

—Bien —siguió diciendo Monk,— pues queríamos dirigirle varias preguntas acerca de unas sortijas que tienen piedras iguales a esa estrella. Y sobre todo deseamos hablarle, por ejemplo, de la que luce su amigo míster Elezar...

No pudo concluir la frase porque en un despacho del piso superior gritó, horrorizado, la voz estridente de un hombre:

—¡Detenedle! ¡Va a tirarse por la ventana!

Lo mismo Doc Savage que sus asociados se volvieron, instintivamente, hacia la del despacho y tuvieron tiempo de presenciar la caída de un cuerpo en el espacio.

El alarido proferido en el vigésimo piso, destinado, sin duda, a detener a la persona que se arrojaba a la calle, no había sido estentóreo, pero sí encerraba un horror tal, que motivó que todas las miradas, fijas en el vacío, vieran descender por él, dando tumbos, a una figura humana.

—¡Un suicida! —balbució Ham.

Dicho esto se aproximó a la ventana del despacho. Esta carecía de persiana, pero tenía en cambio un cristal, colocado en la parte inferior para impedir que el viento hiciera volar los papeles puestos sobre la mesa. Ham se inclinó sobre él y miró hacia abajo.

—¡Mirad! —dijo con voz ronca a sus asociados.

A la distancia de diez pisos, sobre poco más o menos, había una cornisa que formaba parte de la arquitectura del edificio. La figura que habían visto caer desde la ventana se hallaba tendida en ella.

Ahora bien: como la cornisa no tenía baranda, si bien era lo suficientemente ancha para que el cuerpo no pudiera dejar de caer en ella, nada podía impedir que se escurriera por encima del borde a la calle por poco que se moviera. Y esto suponía un nuevo descenso de otros diez pisos.

Mientras lo estaban contemplando, aquel cuerpo se movió,

dobló un brazo, estiró una pierna, volvió el rostro contraído.

—¡Vive todavía! —dijo Monk.

—¡Por poco que se menee se caerá de la cornisa! —murmuró Ham.

El capitán Kirman dijo vivamente:

—Hay que hacer algo. Bajen al piso décimo y vean de llegar hasta él. Yo telefonearé entre tanto a la policía.

Doc Savage, Monk y Ham salieron precipitadamente al pasillo. AL pasar por delante de la empleada, ésta les dirigió una mirada de terror. Ellos no se pararon a darle una explicación de lo ocurrido.

Doc Savage bajó por la escalera; Monk y Ham aguardaron el ascensor. Sin embargo, los tres llegaron a un tiempo delante del piso número diez.

Era evidente que se hallaba desocupado parcial o totalmente porque ninguna de sus puertas, ostentaba una placa que revelara la existencia de una Sociedad o casa de comercio.

Doc empujó una puerta. Estaba cerrada. La madera chirrió cuando a fuerza de sacudidas logró hacer saltar la cerradura. AL otro lado se extendía una pieza que ocupaba casi toda la fachada del edificio.

Debía hallarse desocupada desde mucho tiempo atrás porque una espesa capa de polvo alfombraba su suelo. Las ventanas, acristaladas y sucias, carecían de persianas. Monk asomó la cabeza por una de ellas.

¡Ah! Nunca pudo olvidar lo que experimentó en aquellos momentos.

Hubiera querido y podía compararlo a la sensación sentida en cierta ocasión en que Ham le puso una ostra en el cuello, mas no podía ni muchísimo menos describirlo con exactitud. Porque el hombre, que dicho sea de paso, había muerto ya y descansaba sobre la cornisa, ¡era el capitán Kirman!

Los tres amigos se le quedaron mirando sin atreverse a dar crédito a sus ojos. Después de haber visto tendido al suicida en la cornisa habían dejado al capitán en su despacho, diez pisos más arriba.

Es verdad que antes descendió un cuerpo por el espacio. Mas no era el del capitán Kirman. No podía ser él. Momentos antes conversaba con ellos en su despacho; ahora le tenían allí ¡muerto!

Monk exhaló un suspiro tan henchido de asombro que se terminó en un silbido.
—Debe ser un hermano gemelo —dijo a continuación.
Ham alargó el brazo. Se disponía a asir la falleba de la ventana.
—¡Espera! —le ordenó Doc Savage.
Y la examinó con meticulosa atención. No parecía que nadie la hubiera tocado porque se hallaba cubierta de polvo y este polvo permanecía intacto.
Por ello era imposible que se hubiera abierto, poco antes, aquella ventana.
Doc se inclinó, ladeándose para que la luz cayera en sentido oblicuo sobre el polvo y examinó el suelo de la habitación. Sobre él habían quedado, perfectamente dibujadas, las huellas de sus pies y de los de sus compañeros, pero ninguna huella más.
Ham dijo:
—Por lo visto nadie ha entrado en esta habitación…
Y su voz sonaba de un modo particular.
Doc abrió la ventana. Sobre la cornisa se extendía una gruesa capa de tizne y de polvo. Esta capa permanecía también intacta. Sólo reparó en dos manchas de sangre en el punto en que se había movido el cuerpo después de caer.
AL mirarle, Monk palideció visiblemente.
—¿Qué tienes? —preguntó Ham.
—El capitán tenía una cicatriz en la cabeza, ¿lo recuerdas?
—Sí.
—¡Pues, mira!
EL abogado obedeció.
—¡Este hombre tiene esa cicatriz!
—¡Es el capitán Kirman!
Doc giró de improviso sobre los talones, salió veloz de la habitación y corrió escaleras arriba. No dejó de correr hasta llegar al departamento del capitán. La ascensión no le privó del aliento, pero sus facciones metálicas adoptaban una expresión resuelta.
La muchacha empleada levantó la vista.
—¿Sí? —dijo.
—¿Ha visto salir de aquí al capitán Kirman después de nuestra marcha? —le preguntó Doc Savage.
Ella meneó la cabeza.

—No —repuso—. ¿Desea volver a verle? ¿Quiere que le anuncie?

—No se moleste.

Doc abrió de un empujón la puerta del despacho particular de Kirman. El capitán no estaba allí.

La ventana seguía abierta como ellos la habían dejado y todo estaba en orden.

Doc miró hacia abajo distinguiendo sobre la cornisa al cadáver y a Monk que había salido al exterior y se hallaba junto a él.

Volviendo a la primera habitación preguntó a la empleada:

—¿Está segura de que el capitán no ha salido del despacho?

Ella se le quedó mirando. Parecía perpleja.

—Segurísima —dijo por fin.

El hombre de bronce se quedó inmóvil un instante.

Luego:

—El capitán ha muerto —comunicó a la muchacha.

Ella se puso rígida.

—¿Cómo? —interrogó.

—Lo ignoro. Es una muerte inverosímil —fue la respuesta del hombre de bronce.

CAPÍTULO X

LA BELLA Y LA ESFINGE

HAM llegó al despacho jadeando.

—¿Estaba aquí el capitán? —preguntó con voz entrecortada.

—No. Es el hombre que está muerto sobre la cornisa.

Ham tragó saliva.

—Es imposible. Cosas así no pueden suceder —dijo.

Doc se volvió a la muchacha.

—¿Oyó usted algún ruido extraño en el despacho?

Ella intentó por dos veces hablar antes de poder responder.

—¿Quiere decir… después de salir ustedes corriendo?

—Sí.

—Pues no oí nada.

—¿No oyó nada?

—Nada.

—¿Y dice que está segura de que el capitán no salió del despacho?

—Cuando ustedes se marcharon quedaba en él.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque empujé la puerta y vi que estaba cerrada con llave. Deseaba preguntar al capitán por qué se habían ustedes marchado con tanta prisa. Pero la puerta estaba cerrada, como digo, y llamé con los nudillos. Entonces me dijo que no quería que le molestaran ni deseaba ser interrumpido. Oí su voz perfectamente.

Una animación extraña parecía agitar las doradas pupilas del hombre de bronce.

—¿De manera que la puerta estaba cerrada cuando usted llamó a ella?

—Sí.

—Pues no lo estaba cuando yo volví a entrar aquí hace poco.

La muchacha le miró fijamente, demasiado fijamente. Luego se le extravió la mirada, un ojo se le desvió, levemente, hacia la derecha, el otro miró hacia arriba y los dos mostraron la córnea blanca. Respiraba lenta y acompasadamente como si se le vaciaran los pulmones y mientras se tambaleaba, Doc la cogió dejándola a continuación en el suelo. Sus párpados se cerraron.

—¿Se ha desmayado? —deseó saber Ham.

—Sí.

—¿Por qué?

EL hombre de bronce no respondió. Colocó a la muchacha sobre la mesa y él volvió al despacho particular del capitán. Las otras dos puertas seguían cerradas. Doc abrió la de la derecha. Daba acceso a un pequeño retrete. Doc examinó sus paredes encaladas. Eran sólidas, estaban intactas.

La segunda puerta cerraba otra habitación, mayor que el retrete, que tenía una sola ventana. Había varias peceras en ella.

AL verificar su aparición el hombre de bronce, una nube de pececillos de un vivo color naranja, negros, azulados, desaparecieron, perdiéndose de vista entre las plantas acuáticas de una pecera.

Doc les dirigió una ojeada. Luego como si obedeciera a un súbito impulso, se acercó a las peceras para verlas mejor. Algunas estaban rotuladas, otras no.

Unos peces huían cuando se les aproximaba; otros se quedaban inmóviles, mirándole, en mitad del agua.

Doc miró a su alrededor. Sólo dos recipientes parecían hallarse vacíos. Es decir, tenían agua y plantas como los demás, pero no peces o si los tenían no se dejaban ver.

Ham se llegó hasta la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

Doc no contestó de momento. Finalmente dijo: —Miro los peces.

Ham adoptó una expresión perpleja.

—Los peces no pueden revelarnos nada —observó.

—Mira, estas dos peceras están vacías —fue el comentario de Doc Savage.

Y sin detenerse a dar al abogado una explicación de aquélla, volvió al despacho donde dejaran solo al capitán y dedicó toda su

atención a la ventana, luego sacó por ella la cabeza y examinó las paredes del rascacielos.

Las ventanas de otros despachos estaban cerradas. Frente por frente de él se elevaba la pared de ladrillos de un edificio, que debía ser un almacén a juzgar por su total ausencia de huecos al exterior.

El hombre de bronce paseó la mirada por la vecindad. Esperaba ver detrás de las ventanas más próximas los rostros expectantes de los vecinos, pero no vió nada. Por lo visto nadie había presenciado el triste acontecimiento.

Ham dijo: —¡No puede tolerarse que sucedan cosas así!

Y tenía la voz ronca.

Doc se acercó a la mesa de despacho del capitán. Sobre el tablero divisó un largo cortapapeles de marfil. Lo cogió y con él en la mano volvió a la habitación de las peceras, aproximándose otra vez a las que parecían hallarse vacías.

Mas al introducir entre las plantas el cortapapeles, surgieron de ellas unos peces diminutos y nadaron tan rápidamente por la pecera que sólo una observación detenida, podía descubrir su presencia mientras buscaban su refugio de nuevo.

Las facciones del hombre de bronce revelaron cierta satisfacción, al colocar el cortapapeles sobre la mesa en que lo había encontrado.

—¿Y bien? —dijo Ham.

—Se trata de un crimen —repuso Doc Savage.

—Pero, ¿por qué razón? ¿Cómo le han asesinado?

—De momento llamaremos a este caso el de la muerte inverosímil.

Ham se quedó mirando a su jefe. Pero la grave expresión de su semblante le indicó que no bromeaba.

—¿Qué... quieres decir, Doc?

Doc Savage no pareció oír la pregunta.

Ham no la repitió. Conocía la costumbre que tenía el hombre de bronce de fingirse sordo, cuando se le preguntaba algo que por un motivo sólo de él conocido no quería revelar.

Sonó el timbre del teléfono. Doc cogió el auricular.

—Sí. Sí, diga. —Doc remedaba la voz del capitán.

Ham pegó un bote al oírla, luego adoptó una expresión mansa.

Decididamente tenía los nervios de punta puesto que le impresionaba oír sonar en el despacho la voz de su difunto

propietario que tan bien remedaba Doc. Ham se apresuró a acercarse al aparato y prestó atención para no perder palabra de lo que se decía por el alambre.

Doc escuchaba una voz femenina.

—Soy Elva Boone, capitán.

—Bien, diga.

—Acabo de descubrir algo y se me figura que es lo que estamos buscando. Creo también que su vida corre peligro.

—¿De veras? ¡Qué interesante! —repuso Doc Savage.

La muchacha —porque la voz revelaba juventud,— preguntó:

—¿Dónde está Ruth Dorman?

Aun cuando la memoria de Doc Savage debió dictar a su espíritu la frase: "Vigilad a Ruth Dorman", escrita en el papel hallado en el bolsillo del traje de la víctima de la ametralladora, no titubeó en responder:

—Ignoro dónde se encuentra en este momento.

—¿Podría buscarla?

—Pues… inmediatamente no, y lo lamento.

Ham, al que el asombro hacía enmudecer, le admiraba en silencio.

Justamente había oído hablar muchas veces al capitán Kirman a bordo del "Virginia Dare" y mentalmente calificaba de fantástica la perfecta imitación de su voz y de su acento que Doc Savage efectuaba.

Elva Boone, volvió a interrogar:

—¿Tampoco puede venir a verme?

—Sí.

—Bueno. Estaré en el departamento de Ruth.

Sin que se alterase su expresión dijo Doc Savage:

—Si es verdad que corro peligro, es posible que se me vigile en este momento; por ello creo más conveniente no ir a ese departamento. Es preferible que nos encontremos más cerca de aquí.

—¿Le parece bien la droguería de la esquina? Me refiero a la que hay en la parta baja de la calle, a dos manzanas de distancia.

—¿Y más exactamente…?

—En el ángulo formado por la calle Ochenta y seis y la de Broadway.

—¡Ah! ¿Se halla usted ahora en la parte alta de la ciudad?

—Sí.

—Pues tiene gracia. Hace poco vi ahí a una señorita y la tomé por usted. ¿Qué vestido lleva? ¿Uno color castaño?

—No, gris.

—Entonces no era usted. Bien, ¡hasta dentro de veinte minutos! —concluyó Doc Savage. Y colgó.

Los tres compañeros tomaron seguidamente un "metro" y en él se dirigieron a la parte alta de la población. Y como el "metro" era rápido y casualmente subieron al penúltimo vagón; pasaron al último para poder estar solos.

Ham observó:

—Antes de salir del despacho le eché una ojeada a la secretaria. Ya se encuentra bien. Sólo sufrió un desvanecimiento.

Monk murmuró:

—Me gustaría saber el motivo.

—Pues no hay nada más fácil de adivinar. Se impresionó al darse cuenta de que su jefe se había caído por la ventana.

Monk dijo arrugando la frente:

—¿No crees que se suicidó?

—¿Quién? ¿El capitán Kirman?

—Claro, puesto que el muerto ha sido él, ¿no?

Ham respondió:

—Cuando vimos pasar el cuerpo del suicida por delante de la ventana, el capitán estaba a nuestro lado.

—Y al propio tiempo había un muerto sobre la cornisa.

—Un hombre no puede estar muerto y al propio tiempo de pie y hablando con uno.

Monk se frotó la barbilla y se tiró del cuello de la camisa como si le ahogara.

—El capitán Kirman habló con nosotros, ¿no es así? Recuerdo que dijo que bajáramos al décimo piso para impedir que el suicida se cayera de la cornisa y que él se ocuparía de notificar lo ocurrido a la policía. ¿No es esto lo que dijo?

—Algo parecido.

—Bien, pues, ¿qué sucedió después?

Monk pareció inquietarse.

—¡Deja de cavilar en eso! —exclamó.

—¿Cómo puede suceder una cosa así? —siguió diciendo Ham sin hacer caso—. No es posible que un hombre haya muerto y al mismo tiempo hable contigo.

Monk interrogó:

—¿Te acuerdas del que hallamos en el océano?

Ham hizo una mueca.

—Pasará largo tiempo antes de que consiga olvidarle —declaró.

—Bien —dijo Monk,— pues ya recordarás que predecía el porvenir. Sabía cosas desconocidas para los demás hombres. No era un ser corriente, era fantástico.

Ham dirigió a Monk una mirada extraña, pero ya no dijo nada más.

En la droguería que ocupaba la esquina de la calle Ochenta y seis y Broadway, vieron parada a una muchacha que llevaba un vestido gris por lo que los tres hombres dedujeron que debía de ser Elva Boone. Tenía una buena estatura y unas curvas tan armoniosas, que Monk lanzó un silbido de admiración y dirigió a Ham una mirada de soslayo.

Mas no sólo era bonita la muchacha; bajo un aspecto delicado, muy femenino, escondía energía, fuerza de voluntad.

Monk avanzó unos pasos y asió por un brazo a la muchacha antes de que se percatara de su presencia.

—Supongo que es usted Elva Boone, ¿verdad? —dijo.

La muchacha meneó la cabeza y replicó mirándole fijamente.

—No, señor. Me llamo Jalma Coverley. Se equivoca usted... o está loco.

La cara de Monk adoptó una expresión tan cómica que Ham prorrumpió en una carcajada. EL químico se puso colorado hasta el cuello y le dirigió una mirada malévola. Ambos se dijeron que habría jaleo por causa de aquella mujer. Doc se volvió a medias y como era buen ventrílocuo profirió en voz baja, con acento apremiante:

—¡Corre, Elva, corre! Se trata de un ardid.

La muchacha puso cara de susto e inició una media vuelta como si pretendiera escapar, pero Doc Savage dio un salto y la cogió por una muñeca.

—Se ha descubierto —dijo tranquilamente—. Usted es Elva Boone.

Ham adoptó grave expresión y dijo:

—Entremos en cualquier parte y hablaremos.

Elva les miraba con ira fingida para disimular su terror.

—¡Están locos! —exclamó.

Ham se encogió de hombros.

—No tendría nada de extraño —contestó—. Nuestra locura explicaría muchas cosas que acabamos de presenciar.

Todos se separaron de la droguería antes de que volviera a tomar la palabra el hombre de bronce y luego éste dijo:

—Miss Boone, usted puede proporcionarnos algunos informes. Lo que queremos es que nos los proporcione.

Pero la muchacha no se dejó impresionar.

—No les diré nada —exclamó con acento de desafío.

Doc Savage no tenía idea siquiera de la situación exacta del departamento de la misteriosa Ruth Dorman, aunque suponía que debería hallarse a unas dos manzanas de aquel punto del distrito de grandes casas de departamentos.

Por ello un área de dos manzanas debía incluir varios millares de aquellos.

—Vayamos a casa de Ruth Dorman —sugirió, pues, a Elva Boone —, y hablaremos con toda tranquilidad —concluyó con el aire confiado de quien sabe perfectamente dónde se encuentra.

El sentimiento de perfecta confianza que su voz dejaba transparentar hizo su efecto, engañó a la muchacha que les llevó al departamento de Ruth Dorman.

Mas antes de llegar a él se produjo un leve incidente.

Se tropezaron con un agente de policía.

Al verle Elva Boone trató de conseguir que se les arrestara.

—¡Agente, estos hombres tratan de secuestrarme! —exclamó.

Doc Savage se llevó al hombre aparte y sacó de la cartera una tarjeta, la que revelaba su identidad de oficial honorario del cuerpo. EL agente examinó la tarjeta y como además reconoció a Doc Savage, quedó satisfecho. Miró a Elva sonriendo y se fue.

Como la muchacha había visto a Doc sacar la cartera se hizo una falsa idea de la escena y exclamó, furiosa:

—¡Usted le ha sobornado!

CAPÍTULO XI

HERMANAS

EL departamento de Ruth Dorman constaba de once habitaciones de elevado techo y de unos muebles de estilo, pero buenos. Pendiente de la pared de la biblioteca vieron los tres amigos una típica alfombra persa hecha de seda y plata. Esta alfombra que debió costar varias décadas de tejer parecía muy antigua, mas aun recién tejida debió costar una fortuna.

—¡Qué buen gusto! —observó Han dirigiendo a su alrededor una mirada inteligente.

Doc Savage se metió en el bolsillo la diminuta ganzúa de que se había servido para abrir la puesta del departamento y se dedicó a visitar las habitaciones que le componían sin encontrar a nadie en ellas.

—¿No tiene mistress Dorman servidores? —interrogó a Elva Boone.

Ella le dirigió una mirada colérica.

—Debería saberlo después de tantos días de vigilancia.

—¿Supone que nosotros vigilamos esta casa?

—Sí.

Una nube sombría se extendió por el semblante de Doc Savage y se volvió a mirar a Monk.

Monk dijo:

—Si es eso cierto me parece conveniente que Ham y yo nos encarguemos de averiguarlo.

Pero Doc Savage meneó la cabeza y replicó:

—Dedicaremos a esa tarea, a Tom, Johnny y Renny.

Dicho esto buscó a su alrededor y cuando hubo hallado lo que buscaba, que era el teléfono, telefoneó al rascacielos.

Respondió a la llamada Renny.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó—. ¿Te acuerdas, Doc, del fragmento de papel que llevaba escrita la advertencia: "Vigilad a Ruth Dorman'?

—Si. ¿Sabéis ya quién la escribió?

—En parte, sí. Era un papel de buena calidad y decidimos que, probablemente, habría sido arrancado de una hoja perteneciente a los efectos de escritorio de un hotel. Ya sabes, en los hoteles se proporciona a los huéspedes papel y sobres con el timbre de la casa en hojas anchas o estrechas. Lo único que nos desconcertaba era el color. De todos modos recorrimos todos los buenos hoteles de la ciudad y por fin dimos con el papel en el llamado Royal Rex.

—¿Y siendo así, cómo te explicas, que estuviera escrito el pedazo de papel con tinta azul? —preguntó Doc Savage.

—Porque el Royal Rex proporciona a sus huéspedes tinta de ese color —replicó Renny—. ¿Quieres que vayamos a verlo? No es el más grande de la ciudad, pero sí casi el más elegante. Lo que no sé es cómo diantre vamos a encontrar a la persona que escribió la nota.

—Os necesito aquí —dijo Doc Savage. Y les dio la dirección del departamento de Ruth Dorman—. Como es posible que lo vigilen, a vuestra llegada registrad las cercanías, pero tened cuidado.

—¿Has descubierto ya algo digno de interés, alguna prueba? — preguntó Renny.

—Todavía no.

Ham entró en la biblioteca. Acababa de registrar el departamento.

—Aquí vive un hombre —anunció a sus camaradas.

Elva Boone le miró con la boca abierta. Sus pupilas color aguamarina revelaban sorpresa.

—¿Dónde quiere usted que viva el marido de mi hermana? — dijo luego.

Ham abrió la boca a su vez.

—¿El marido de su hermana? —preguntó estupefacto.

—Pues, claro.

—¿Es Ruth Dorman su hermana?

—Sí.

—Continúe.

Ella le miró, perpleja.
—¿Qué significa eso? —interrogó.
Ham le explicó con paciencia:
—Nosotros deseamos obtener unos informes que usted puede proporcionarnos, recuérdelo.
La muchacha apretó los labios y no contestó. De su actitud se deducía que no quería responder.
Doc sugirió:
—Registrémosle el bolso.
AL oír aquello la muchacha entreabrió los labios e hizo ademán de levantar un brazo, pero no habló.
En el bolso halló Doc todo lo que encierran los bolsos… y algo más. Un imperdible de oro amarillo en que se hallaba engastada una estrella negra de bordes rojos. Era exacta a la que ya habían visto en dos ocasiones distintas.
Doc se lo mostró a la muchacha.
—¿Qué significa esto?
La muchacha no contestó.
Transcurrió una hora sin que pudieran obtener de ella ninguna respuesta. Era muy obstinada. Luego llegó la policía con mistress Ruth Dorman que era la empleada del despacho del capitán Kirman. Mistress Dorman estaba pálida, pero no nerviosa. Conservaba la calma.
Doc consultó al agente que ostentaba el mando y le preguntó:
—¿Qué noticias trae usted?
El agente se encogió de hombros.
—Nada que valga la pena —replicó mirando de soslayo a mistress Dorman—, aunque estoy seguro de que esta mujer sabe más de lo que dice. Mas como es persona de posición, es decir, su marido lo es, no podemos meterla en la cárcel por una simple sospecha.
—¿De posición? ¿Social?
—Me refiero a fortuna.
—¿Es rica?
—Ella no; su marido.
—Entonces, ¿por qué estaba empleada en el despacho del capitán Kirman, por qué trabaja?
—Para poder estudiar a los peces, según dice; por lo visto le

interesan. O lo asegura ella —el agente frunció el ceño y agregó:— Lo gracioso es que el capitán Kirman no entendía de peces raros.

Doc Savage se quedó pensativo un momento.

—¿Quiere decir que no le interesaban de manera particular? —dijo después.

—Quiero decir que no era dueño ni del mobiliario del despacho siquiera. Lo financiaba otra persona.

—¿Quién?

—Un chiflado llamado Benjamín Opsall.

—¿Sabe usted algo acerca de él?

—Todavía no le hemos interrogado. Su mayordomo nos ha dicho que no estaba en casa, pero hemos averiguado que comercia con los peces exóticos, es uno de los principales negociantes.

—¿Qué sabe del marido de mistress Dorman?

—Que se llama Fred Dorman.

—¿En qué se ocupa?

—Es corredor de Bolsa, un verdadero hombre de negocios.

—¿Cuánto lleva mistress Dorman casada con él?

—Poco más de dos años.

—¿Tienen hijos?

—Uno. Le adoptaron. Tiene unos cinco años. Está en el colegio.

Todo esto fue lo que reveló a Doc Savage el agente de policía y después se marchó.

CAPÍTULO XII

LA PISTA

DE dónde sacó Elva Boone las dos pistolas es algo que permanecerá para siempre en el misterio, pero las exhibió y estaban cargadas. Casi le costó a Monk perder una oreja el comprenderlo porque la bala le pasó muy cerca, cerquísima, de ella. Elva Boone se había negado a hablar.

Mistress Dorman se había negado a hablar. Cada vez se hacía más y más evidente que las dos mujeres estaban asustadísimas… aunque no de Doc Savage ni de sus hombres; de otra persona.

La misteriosa aparición de las pistolas era inexplicable porque si bien es verdad que Elva Boone había ido y venido por la biblioteca varias veces, Monk y Ham no le habían quitado la vista de encima.

Observarla constituía un placer. Mas, de improviso, les amenazó, cosa que nada tenía de agradable, con aquellas armas cortas y azuladas. Con voz deliberadamente serena les ordenó:

—Dejen el asiento que ocupan y tiéndanse en el suelo.

A Monk se le ocurrió entonces una idea brillante que lamentó después.

Observó:

—Nadie suele tener las pistolas cargadas en el interior de una casa.

Elva Boone repuso con una voz acerada:

—¿De veras? Conque ¿no me cree?

—No.

La muchacha pulsó entonces el gatillo de una de ellas, la de la mano izquierda, y el disparo derribó un jarro lleno de flores que estaba encima de una mesita lateral. Monk profirió un grito chillón e hizo un movimiento tan brusco y violento que poco le faltó para

caer a tierra lo mismo que el florero.

—Esta otra pistola está cargada también —manifestó miss Boone. Andando de espaldas en dirección de la puerta dijo a su hermana:

—Ruth, ven conmigo.

Mistress Dorman se llevó una mano a los labios. Estaba muy pálida.

—Pero, Elva, ¿no parece imprudente...? —comenzó a decir.

Elva la interrumpió.

—¡Vamos! Tengo una idea —declaró con aire sombrío.

Mistress Dorman la obedeció. En cuanto las dos mujeres, andando siempre hacia atrás, salieron de la biblioteca, se cerró de golpe la puerta y rechinó una llave en la cerradura.

Ham dijo a Monk: —¡El departamento tiene una puerta de servicio!

Y emprendió carrera. A toda velocidad atravesó el comedor, la cocina y el office, mas al llegar junto a la mencionada puerta oyó rechinar otra llave.

—Se me han adelantado —gritó iracundo—. ¡Estamos encerrados!

Volvió apresuradamente al lado de Monk y al no ver a Doc Savage le buscó con la vista.

—¿Dónde está Doc?

Monk le señaló un punto con el gesto.

El hombre de bronce acababa de levantar una persiana y se había subido a horcajadas en el alfeizar de la ventana correspondiente. Bajo los veinte pisos del edificio se extendía una acera de asfalto y la calle.

El edificio no era de ladrillo; estaba compuesto de bloques de piedra que dejaban cierto espacio entre sí, pero no mucho espacio. El suficiente para que se pudiera introducir en ellos la punta de los dedos. Doc comenzó a escalar la fachada.

Monk se aproximó a la ventana con objeto de presenciar la ascensión de Doc y al mirar un momento hacia abajo experimentó la sensación de que se le ponía el cabello de punta. Sabía que Doc poseía una fuerza poco común, fabulosa y así mismo le había visto hacer cosas imposibles. Mas a pesar de ello se le heló la sangre en las venas.

El hombre de bronce llegó al tejado. Allí había una casilla que cobijaba el mecanismo del ascensor. La puerta estaba cerrada, pero no tenía echada la llave. Doc penetró en el interior.

El ascensor estaba funcionando. Doc lo paró.

Diez minutos después, cuando Elva Boone y Ruth Dorman salían precipitadamente de la casa de departamentos —el ascensor se había parado entre dos pisos y hubo que llamar y hacer subir al tejado al encargado de su conservación para que volviera a funcionar,— Doc Savage, Ham y Monk lo habían abandonado ya y se hallaban al extremo de la manzana aguardando la llegada de un taxi.

—Esa chiquilla tan bien parecida —decía, malhumorado el químico,— lleva el revolver dentro del bolso. Ved como pone la mano encima.

Las dos mujeres que llevaban la dirección contraria, se acercaban ya a ellos a buen paso.

Ham interrogó a sus compañeros:

—¿Veis a Tom, Johnny o Renny? Ya deberían estar aquí vigilando la casa.

Doc Savage contestó: —Fíjate en ese empleado de teléfonos.

—¿Eh?

—Me refiero al que se halla en medio da la calle.

En la ciudad de Nueva York van las líneas telefónicas por unos conductos subterráneos a los que se llega, en muchos casos, por orificios abiertos en el pavimento, costumbre que explica por qué el "empleado" se hallaba sentado en el círculo de un boquete abierto en mitad de la calle.

Junto a la acera estaba estacionado un camión de la compañía telefónica y alrededor del boquete se había erigido una baranda protectora así como banderolas rojas de aviso para los vehículos.

El "empleado" estaba sentado y tenía en la mano un farol de acetileno.

Llevaba la capucha que se ponen los soldadores y parecía soldar en aquellos momentos algo que se hallaba debajo del pavimento.

Ham se echó a reír.

—Es Tom, ¿verdad?

Monk confesó: —No le hubiera reconocido. ¡Qué bien disfrazado está!

Como pasara en éstas un taxi, Elva Boone le mandó parar y las dos mujeres se metieron en él.

Doc dijo al conductor de su coche:

—Siga a ese taxi, me refiero al que acaban de tomar esas señoras.

EL taxista miró a su alrededor. No tenía miedo, pero parecía receloso. Dijo:

—¿De qué se trata, compañeros?

—No tema, somos detectives —repuso Monk falseando algo la verdad.

EL hecho cambiaba el aspecto de la cosa y el taxista puso el coche en marcha. De esta manera los tres amigos siguieron a Elva Boone y a mistress Ruth Dorman hasta llegar al punto Sudeste del Central Park.

Doc Savage no trató de detener a las dos mujeres, ni Monk ni Ham le preguntaron por qué no las detenía. Le habían visto hacer, en ocasiones, cosas tan extrañas... tan extrañas como la de dejar que una persona escapara, aparentemente, y le llevara así a la solución de un problema.

—¿Nos vamos sin decir nada a Tom, Johnny o Renny? —dijo Ham.

Doc replicó:

—Que se queden donde están. Si es verdad que se vigila el departamento de Ruth Dorman, ellos se encargarán de averiguarlo. Además, no podemos hablarles sin exponernos a llamar la atención.

Monk miró al hombre de bronce.

—¿Qué se ocultará detrás de todo esto? —interrogó—. ¿Tú que opinas, Doc? ¿Tendrá o no algo que ver con el hombre a quien hallamos en el mar?

—No sé. Es posible —repuso el hombre de bronce.

El taxi que iban siguiendo avanzaba lentamente. Cuando llegó al parque, las dos mujeres se apearon. Hecho esto marcharon un buen rato a pie como si quisieran dar un paseo.

Ni Doc ni sus hombres las perdían de vista.

Después de vagar, sin objeto, de aquí para allá, tomaron otro taxi.

—¿Por qué harán eso? —dijo Monk como si estuviera pensando en voz alta—. ¿Les ayudará a calmar los nervios?

Doc Savage guardó silencio.

Elva Boone y mistress Dorman se pararon finalmente delante de la entrada de un edificio singular. Este edificio se hallaba enclavado en el ostentoso distrito de Murray Hill que es de las que poseen más edificios, oscuros, de piedra. Pero en éstas se había quitado la escalerilla de escape así como toda ornamentación y se hallaba pintado de un sombrío color negro.

Las dos mujeres hablaron un momento con el chófer. El hombre meneó la cabeza, una cantidad imposible de calcular varió de mano, y luego se prosiguió, por espacio de otro minuto, la conversación. Por fin el chófer pareció llegar a un acuerdo con sus interlocutoras. Hacía signos afirmativos con la cabeza.

Cuando Monk posó los ojos en Doc Savage, éste miraba a las dos mujeres con un pequeño anteojo de bolsillo, potentísimo, a pesar de su exiguo tamaño.

Doc le explicó:

—Le acaban de decir al chófer que se proponen entrar en ese edificio sombrío y que más tarde saldrán, por un callejón, a una calle lateral.

EL sorprendido Monk iba a preguntar a su jefe que cómo lo había descubierto, cuando de repente lo comprendió sin necesidad de molestarle. El anteojo... la habilidad del hombre de bronce que sabía leer las palabras por el movimiento de los labios... Eso era.

—Monk, tú vigila la fachada del edificio para no equivocarnos —le mandó Doc. EL químico aguardó a que Elva Boone y Ruth Dorman penetraran en el negro edificio y después se apeó del taxi. Doc y Ham describieron media vuelta por el lado opuesto de la manzana. Doc dijo al abogado:

—Ham, quédate tú en el coche que llevarás más abajo de la calle y aguarda a que yo te haga una señal.

Ham obedeció y se marchó en el taxi. Poco después Doc Savage se hallaba escondido detrás de un coche estacionado y vió salir a Elva Boone y a mistress Dorman por una puerta de la casa. Parecían conocer muy bien aquel distrito y buscaron un taxi con la mirada. El suyo ya no estaba en la calle. Las mujeres aguardaron un momento. Comprendían que el taxista las había dejado plantadas y cada vez se ponían más nerviosas.

AL cabo se metieron en un bar y pidieron refrescos. Hecho esto

se instalaron ante una mesa. El bar tenía una entrada lateral. Doc entró por ella, sin ser visto y pasó al interior de una cabina telefónica. Desde ella veía los rostros de las dos mujeres y aunque le era imposible oír lo que decían, sí podía leer sin dificultad por el movimiento de sus labios las palabras pronunciadas.

Elva Boone se expresaba con manifiesta energía, parecía sostener con su hermana una discusión que terminó de esta manera.

—...de manera que podemos evitarte todo esto, Ruth. Tú estabas en el despacho del capitán Kirman cuando fue asesinado, porque estoy convencida de que le mataron, y es de lamentar, pero la policía no sospechará de ti. O si sospecha nunca conocerá la verdad de los hechos pasados. Puedes decirle a tu marido que trabajabas con el capitán, sencillamente para conocer todo lo que se refiere a los peces exóticos.

—¡Ojalá pudiéramos contarle toda la verdad! —murmuró mistress Dorman.

—Es que no podemos demostrar nada, Ruth.

—Ya lo sé. Sin embargo...

—Supongo que no querrás que tu marido descubra...

Ruth se estremeció.

—No, Fred no debe adivinarlo siquiera.

—Sin embargo, si fueras más valerosa se lo explicarías.

—¡No, no! Ya conoces a Fred, ya sabes cómo cree en mí y lo que experimentaría si supiera...

Elva Boone miró a su hermana con el ceño fruncido.

—Fuiste una idiota, Ruth. Te dejaste envolver.

Mistress Dorman hizo, sin contestar, un gesto de afirmación.

Luego alargó impulsivamente un brazo y oprimió la mano de su hermana.

—Sin embargo, creo que tendrá un éxito mi plan. Doc Savage y sus asociados nos han seguido... hasta el Oscuro Santuario, creerán que continuamos en su interior y lo registrarán. Que lo registren es lo que nosotras queremos.

Mistress Dorman volvió a hacer un gesto de afirmación.

Elva agregó:

—Ea, abandonemos el distrito. Ya hemos guiado a los sabuesos hasta la madriguera del zorro. Ahora aguardemos para ver qué sucede.

—Confío en que no irás descaminada, Elva.

—Mi proyecto no nos puede acarrear ningún daño —replicó la positiva muchacha—, y si es cierto lo que he oído decir de Doc Savage, es muy capaz de romper esa nuez.

Las dos mujeres salieron del bar y llamaron a un taxi. Mientras lo hacían, Doc Savage se colocó, de pie, de manera que las dos hermanas no pudieran verle y llamó a Ham, estilo semáforo, es decir, agitando un pañuelo.

—Síguelas y RARHQ —le decía por señas.

Ham comprendió. Las letras RARHQ significaban: "Transmite tu información al aparato registrador de casa". Pues en el rascacielos del hombre de bronce y más principalmente en su laboratorio, había un aparato conectado con los alambres del teléfono que, automáticamente, registraba lo mismo las llamadas del exterior que todo lo que la persona que llamaba dijera.

CAPÍTULO XIII

EL OSCURO SANTUARIO

MONK Mayfair se hallaba, de pie, frente a la casa de departamentos con un lápiz y papel en la mano como si fuera un periodista que tratara de hallar materia para un artículo, en las cosas extrañas que se ven en algunos distritos.

Desde su punto de observación veía perfectamente el negro edificio, en que habían fingido entrar Elva Boone y Ruth Dorman.

—¿Dónde se halla mi cerdo favorito? —preguntó a Doc Savage.

—Con Ham en el interior del taxi —repuso Doc—. Ham sigue a las dos mujeres en este momento.

Monk se unió a Savage y los dos echaron a andar calle abajo. Monk dijo:

—Le he preguntado al portero y me ha dicho que el edificio negro se llama el Oscuro Santuario.

—¿Te ha explicado también lo que encierra?

—Se lo pregunté, pero asegura que no lo sabe. Lo que sí afirma es que, durante todo el día, se detienen delante de la puerta multitud de limousines y de otros coches elegantes de la ciudad.

—Pues las dos mujeres desean que lo registremos.

—¡Ah! ¿Y por ello, sin duda, nos han traído aquí?

—Precisamente.

—¿No será un ardid? ¿No pretenderán hacernos caer en una trampa?

El hombre de bronce guardó silencio. Mientras se aproximaban a la severa y lisa fachada del edificio, se detuvo delante de su puerta, de la que partía una calzada abovedada que salía a otra calle, un coche de paseo, importado, con su chófer y lacayo de librea.

Monk observó: —¿Qué intereses tendrá su amo ahí dentro?

Sin responder Doc se dirigió en línea recta a la puerta.

Monk se sentía inquieto.

—¿De veras crees que hallaremos ahí algo bueno? —interrogó.

Doc hizo un gesto afirmativo.

A modo de precaución preliminar, el químico se ciñó más el cinturón para no perder tan preciosa prenda en caso de que la acción se tornase más viva.

Luego alteró también el nudo de su corbata, obra de su invención, que aun cuando no era muy bonito ni digno de admiración, tenía la buena cualidad de que si un enemigo cualquiera asía por él a su dueño, el nudo se le quedaba en la mano, en vez de ahogarle.

—Bueno, confiemos en que todo irá bien.

La puerta de madera negra y el color negro del edificio así como el negro matiz de que se había pintado el portal, producían en el ánimo de los visitantes en efecto impresionante. Sin embargo, no había en él nada afectado o teatral, no poseía un aire carnavalesco. Pero impresionaba.

A la puerta estaba, de pie, un hombre vestido de negro uniforme ribeteado de rojo escarlata.

Monk le miró con los ojos muy abiertos. Acababa de recordar la estrella negra.

Dijo al portero: —Somos periodistas y tenemos orden de obtener la historia de este edificio para el periódico.

El hombre repuso:

—¡No hay nada a hacer, compañero!

Y debió llamar a un timbre porque otros tres individuos, vestidos lo mismo que él, surgieron, de pronto, junto a los dos recién llegados. El portero les dijo:

—¡Echad a la calle a estos pajarracos!

Doc observó sin inmutarse: —Es posible que esto le convenza a usted.

Y le mostró su nombramiento de oficial de policía.

EL portero titubeó un instante y luego ordenó a uno de los hombres:

—Ve a buscar a Gallahue.

—¿Qué querrá ahora la policía? —rezongó el hombre.

—¡Ve a buscar a Gallahue! —le repitieron.

El hombre se marchó.

Monk dijo a Doc Savage entre dientes:

—Doc, ¿has oído? ¡Gallahue! Debe ser el que viajaba a bordo del "Virginia Dare". No sé por qué se me figura que es la misma persona.

Siempre sin que sus facciones metálicas variasen de expresión, Savage se volvió al portero y le interrogó:

—¿Se llama Sam Gallahue la persona a quien ha enviado a buscar?

—¡Si!¿Qué pasa? —repuso groseramente el portero.

—Pues que me encantaría volver a verle —repuso Monk,— porque somos antiguos amigos.

Míster Sam Gallahue se mostró encantado también... o por lo menos así lo declaró efusivamente mientras les estrechaba, por turno, la mano: la de Monk primero. Luego concluyó:

—¡Es delicioso! Muy delicioso. No sabe cuantisimo celebro volver a verle.

Monk le devolvió el apretón de manos con el mismo entusiasmo que si estuviera estrechando un pez muerto y replicó:

—Le presento a mi jefe, Doc Savage.

Míster Sam Gallahue mostró no sólo estar encantado sino entusiasmado en grado superlativo. Confesó que había oído hablar de Doc Savage y agregó que puesto que ya tenía el gusto de conocerle personalmente, aquél era uno de los momentos más sensacionales de su existencia.

Si, era realmente un placer. ¿Y no querrían los dos caballeros tomar un cóctel? —Gallahue consultó la hora en su reloj,— porque a poca distancia del edificio había un café elegante que estaba especialmente atractivo a aquella hora.

Sin dar muestras de mucho tacto porque la cortesía no era el fuerte del químico, Monk repuso con esta frase a la invitación:

—¡Oh, no! Es este negro edificio, tan extraordinario, el que nos interesa...

Míster Gallahue parpadeó.

—Perdón, ¿decía usted?

—¿Qué clase de colectividad es esta, Sammy?

—¿Colectividad? —Gallahue se horrorizó—. Vengan, vengan a mi despacho particular —propuso a los recién llegados.

EL despacho no era negro, pero sí de una madera muy oscura de color. Y si ninguna pieza del mobiliario era chillona tampoco era de ínfima calidad.

El efecto que producía era de una riqueza muy digna.

Sam Gallahue les indicó sillas y antes pasó una mano por los asientos como si deseara asegurarse de que eran suficientemente blandos para sus visitantes.

Pero, no parecía sentirse muy feliz.

—Confío, confío sinceramente —dijo mirando a Doc Savage—, que no pensará hacer uso aquí de sus prerrogativas.

—¿Qué entiende usted por eso? —interrogó Doc sin elevar la voz.

—Ah, pues, quiero decir… —mister Gallahue se pasó un dedo por la parte del cuello de la camisa—. He oído decir que es usted un hombre —lo digo sin exagerar nada— muy conocido, conocido hasta el confín de la tierra y que dedica sus energías y los servicios de su organización a enderezar lo que considera entuertos.

Monk intervino en el monólogo para observar:

—¿Debe deducirse de su explicación, que supone que nos hallamos aquí para enderezar un entuerto que usted tiene empeño en seguir viendo torcido?

Míster Sam Gallahue dio un salto, alarmado.

—¡No por Dios! —exclamó—. ¡No, no! ¡Usted bromea, bromea!

Monk le miraba y se decía que aquélla era la primera vez desde que conocía a Sam Gallahue que le oía mostrarse de distinto parecer del de la persona con quien hablaba.

—Bueno, ¿qué clase de negocio tiene usted aquí? —preguntó bruscamente.

Sam Gallahue dio, nervioso, unos pasos, abrió una puerta, miró al corredor y a continuación la volvió a cerrar. Nadie les escuchaba si era esto lo que temía descubrir. Entonces se colocó frente a ellos y abrió la boca, pero en lugar de hablar fue a beberse un vaso de agua. Finalmente dijo:

—¿Se acuerda usted del hombre de oro que hallamos en medio del océano?

Monk pestañeó.

—¡Vaya si le recuerdo!

—¿Recuerda también que era… ¿cómo lo expresaré yo?… un

ser... extraordinario?

—En efecto. Se fantaseó mucho al hablar de él.

—¡Eso es una blasfemia!

—¿Una blasfemia? ¡Eh! ¿Cómo se entiende?

Míster Gallahue adoptó un tono de voz digno y firme.

—El hombre de oro —explicó—, es una persona dotada de poderes que se hallan muy por encima de los simples mortales.

La forma en que aquella declaración acababa de hacerse armonizaba con el mobiliario suntuoso del despacho y era tan impresionante que Monk —se dio plena cuenta de ello, miró, inquieto a Doc Savage y fijó luego la mirada en el suelo.

—¿Conque ese hombre es... es...?

—No una suprema deidad —repuso siempre con impresionante dignidad míster Gallahue—. Nunca dije nada parecido, pero... —aquí titubeó un momento y enseguida agregó:— pero se le aproxima un poco. Estoy personalmente convencido de ello y le aseguro que no he llegado a albergar semejante convicción a la ligera. En un principio me manifesté tan escéptico como ahora ustedes; Pero les aseguro solemnemente que ya no lo soy.

Monk se rascó la cabeza.

—No comprendo —murmuró.

Míster Gallahue dijo:

—Cualquiera puede darse cuenta de que ese hombre dorado, del mar, no es un ser vulgar y corriente. Creo que debí ser su primer adepto; actualmente soy su administrador y apoderado.

—¿Y ha invertido un capital en esto? —interrogó Monk abarcando con la mirada el despacho.

—Sí y también en el Oscuro Santuario.

Doc Savage se mezcló ahora en la conversación.

—¿Es usted quien maneja el capital? —preguntó.

—Sí.

—¿Y quién determina las cantidades a percibir?

—No.

—Entonces, ¿cómo llegan a su poder?

—Ese dinero constituye una aportación voluntaria —repuso orgullosamente Gallahue.

—¡Ya! ¿De manera que ha implantado usted un culto nuevo?

—No lo califique usted así. Me desagrada.

—Pero si quisiéramos calificarlo de alguna manera lo podríamos denominar así, ¿no es eso?

—Yo... Sí.

Doc Savage se puso de pie.

—En ese caso me gustaría hablar con el hombre de oro.

Mister Gallahue se apresuró a responder, meneando la cabeza.

—Lo lamento, lo lamento de veras, pero tendrá que esperar a que se le señale día y hora y debo advertirle que es posible que transcurra, algún tiempo antes de que pueda ser recibido... si es tan afortunado que lo consigue.

Doc fijó las doradas pupilas en Gallahue.

—Acompáñanos a donde se halla —dijo—, y no nos anuncie por anticipado.

—Yo...

Míster Gallahue sudaba.

Monk le advirtió con un gruñido:

—Queremos que nos explique varias cosas su hombre de oro. Ante todo, tenemos que aclarar el misterio que rodea el encierro mío y de Ham en la cárcel de Sud América. Luego la cuestión de cómo fue asesinado el capitán Kirman y finalmente todo la que se relaciona con Ruth Dorman y Elva Boone. ¿O prefiere que llevemos a su culto y a usted a la cárcel?

—¡La cárcel!

Gallahue se estremeció.

—Ustedes no pueden meterme en la cárcel. Yo no hice nada malo.

—Bueno, eso lo declarará usted ante el juez.

Gallahue se enjugó la frente.

—Yo... Bueno, vengan conmigo —dijo por fin.

Monk y Doc Savage le siguieron. Monk, que marchaba junto al jefe, murmuró:

—¿Conque fue el amigo Gallahue el que trajo a Nueva York al hombre de oro y le erigió un culto? ¡Excelente idea! El negocio marcha a lo que parece.

Doc llamó: —¡Míster Gallahue!

—Diga usted.

—¿Los afiliados a su culto llevan como distintivo o insignia sortijas e imperdibles con una estrella negra?

Gallahue repitió en son de protesta:

—Le suplico que no llame culto a esto.

—¿Llevan o no una estrella negra con los bordes rojos?

—Sí, señor. Es el distintivo de todos los fieles.

Doc Savage no conocía al hombre de oro —estaba bien seguro de ello— pero el hombre se levantó de la negra silla que ocupaba en una oscura e imponente habitación, le tendió la mano y dijo:

—Celebro tener el gusto de conocerle, mister Savage.

El hombre de bronce interrogó, sorprendido:

—¿Sabe usted quién soy?

Pero el otro no oyó la pregunta al parecer. Examinó a Doc Savage y luego dijo con acento solemne e impresionante:

—Desde la noche borrascosa que le vió nacer a bordo del buque goleta "Orlón", frente a la cueva de la isla de Andros, ha llevado a cabo muchas obras buenas y hecho muchas y grandes cosas.

Doc se quedó sin habla. No a causa de la alabanza —las alabanzas no le impresionaban y las juzgaba siempre embarazosas— sino por el hecho de que el hombre de oro conociera el lugar exacto de su nacimiento. Era asombroso.

Que él supiera, no existía un ser viviente conocedor del hecho. Sus cinco ayudantes lo ignoraban y no se hallaba escrito en ninguna parte.

EL hombre de oro agregó:

—Supongo que le disgustará saber que su amigo el barón Orrest Karl Lestzky, se está muriendo en Viena en este momento. Habrá fallecido dentro de tres horas y su fallecimiento implica una pérdida lamentable; sí, es muy sensible. Porque Lestzky es uno de los pocos cirujanos del mundo que conoce la técnica operatoria del cerebro ideada por usted.

Aun cuando Doc Savage trataba de no dejarse impresionar, estaba impresionado.

—¿Conocía usted a Lestzky? —preguntó al hombre de oro.

—Lo mismo que a usted... antes de entrar en esta sala.

El aspecto del hombre de oro revelaba cansancio. Inclinóse y se cogió la cabeza con ambas manos guardando silencio largo rato; Doc le observaba con rígida atención.

—Es triste, muy triste —dijo después—, pero mi espíritu se siente fatigado.

Se levantó y salió de la habitación. Ya no dijo más. La puerta se cerró a su espalda. Los tres hombres oyeron el ruido de sus pasos que se alejaban.

Luego imperó absoluto silencio.

Doc se dirigió a la puerta de la calle, cruzando la serie de habitaciones que separaban de ella sin proferir una palabra. En silencio abandonó el Oscuro Observatorio.

Monk le seguía sin saber qué pensar.

CAPÍTULO XIV

EL HOMBRE DE LOS PECES

BENJAMÍN Opsall recibió a Monk y a Doc Savage en la calzada semicircular que tanto se parecía a un túnel que se extendía a la puerta del Oscuro Observatorio. Ante ella estaban su limousine y el chófer.

Opsall se paseaba por delante con el aire de quien se siente satisfecho del mundo y de sí mismo. Al ver a Gallahue que había seguido a Monk y Doc Savage se precipitó a su encuentro, diciendo:

—¿Ah, conque ya está aquí, querido amigo?

Y le puso un papel en la mano.

—Deseaba entregarle esto. Es una pequeña muestra de mi gratitud.

Gallahue cogió el papel que era un cheque por una cantidad respetable.

Gallahue miró a Doc Savage como si deseara excusarse, luego cogió a Opsall por un brazo y la pareja se separó un poco de los dos asociados.

Monk murmuró entre dientes dirigiéndose a Doc Savage:

—Los números de ese cheque parecen la cola de una cometa.

Doc Savage examinaba a Benjamín Opsall. Tenía grandes y húmedas pupilas, boca húmeda y grande también y era ancho y fuerte. La buena salud le ponía tersa y limpia la tez —tostada por el sol o por los rayos de una lámpara— y aun sin la limousine, su situación hubiera parecido próspera a cualquiera. Su edad rayaba en los cincuenta años.

La conferencia Opsall —Gallahue concluyó cuando Gallahue se guardó el cheque en el bolsillo, estrechó la mano de Opsall y le dio unos golpecitos en la espalda.

Doc dijo de manera que sólo Monk pudiera oírle:
—Sigue a ese Opsall.
—¿Eh? ¿Por qué?
—Porque es el hombre que metió al capitán Kirman en el poco corriente negocio de los peces exóticos.
—¡Ah! —exclamó Monk—. Lo había olvidado.
Inesperadamente se tornó facilísimo seguirle porque el mismo se aproximó a ellos y les estrechó la mano.
—Son ustedes dos fieles más, ¿eh? bueno —dijo—. Esto les hace amigos míos —y se rió embelesado—. Todos somos amigos y gozamos de una paz maravillosa, ¿eh?
—Confiemos en ello —dijo Doc Savage sin comprometerse demasiado.
Opsall les dirigió una franca sonrisa.
—¿Se van ustedes? ¿Adónde? —dijo abriendo la puerta de la limousine—. Puedo llevarles a su casa.
—Es usted muy amable —repuso Doc Savage.
Así diciendo se metió en el coche y Monk le siguió. Como los dos asientos de delante eran plegables, el chófer bajó uno para Monk. Opsall se metió en el interior y el gran coche se puso en movimiento.
—Sólo hace un mes, sobre poco más o menos que soy creyente —les explicó,— sin embargo, mi fe aumenta progresivamente. Cada vez es más firme y sincera.
Todavía se extendió por espacio de unos minutos en elogios de las maravillas hechas por el hombre de oro, así como en el de los beneficios espirituales que acarrea la fe.
Declaró ingenuamente que estos beneficios eran materiales también y explicó la causa de su júbilo reciente. El hombre de oro le había enterado, días atrás, de que cierta nación europea se proponía confiscar las propiedades, en el extranjero, de cierta compañía americana.
Su predicción se verificó y naturalmente las acciones de la Compañía bajaron. Mas antes Opsall vendió las suyas a buen precio, con lo que se beneficiaba de la catástrofe.
—¡Llevé a cabo una buena limpieza! —exclamó gozoso.
—Vamos, ya veo que tiene sus ventajas ser creyente —observó Monk.

—¡Oh! ¡Muchísimas —Opsall se inclinó para darle un golpecito amistoso en el hombro—. Pero aun cuando no sacara de ello un centavo, lo sería igualmente, créalo. A propósito. ¿Quieren venir al edificio en que he instalado mi negocio? Les ofreceré una taza de té.

—¿A qué se dedica? —preguntó Doc haciéndose el ingenuo.

—A la venta de peces raros.

—¿Tropicales?

—Sí. Les gustará ver mi mercancía. Es una de las más completas que existen.

—Debe ser muy interesante —dijo Doc.

Monk adoptó una expresión de duda.

El departamento de Opsall era extraordinario de veras.

Se componía de grandes salas de exhibición llenas de depósitos que contenían especies diversas de peces de acuarium, así como de otras varias ponedoras de huevos.

Opsall recitó sus nombres con una celeridad tan asombrosa que movió a Monk a murmurar:

—Es como si me hablara en griego...

—También a mí me parecerían confusos sus términos químicos —le aseguró Opsall.

Doc Savage le preguntó:

—Míster Opsall, ¿conoce usted al capitán Kirman?

Opsall levantó rápidamente la mirada.

—¡Oh, sí!

—¿Hace mucho tiempo?

—Varias semanas solamente.

—¿Es su asociado?

—Asociado, exactamente no.

—Pero fue usted quien le inició en el negocio de los peces, ¿no es eso?

Opsall hizo un leve gesto afirmativo.

—¿Me permite que le pregunte el motivo de su interés por el capitán? —dijo a continuación.

Monk repuso a la pregunta:

—El capitán Kirman ha muerto... y no de muerte natural.

Opsall dio muestras de aflicción.

—¡Maldito sea! Me debía... —titubeó un momento y luego dijo excusándose:— Lamento que lo primero que se me haya ocurrido

sea que me debía dinero. Soy vulgar e interesado, perdonen.

Les hizo seña de que le siguieran y echó a andar.

—Vamos a mi despacho particular —explicó—. La noticia me aflige de veras. Vamos a echar un trago.

AL llegar ante el despacho les abrió la puerta y después se apartó para dejarles pasar.

—¡Qué habitación! —exclamó Monk involuntariamente.

—Es mi invernadero particular —dijo Opsall—. Lo utilizo para el cultivo de plantas exóticas y también para la exhibición de los peces.

Una de las paredes del despacho era de cristal y al otro lado se extendía el pequeño invernadero lleno de flores, de colores diversos, tropicales y semitropicales. Otra de las paredes era un inmenso acuario en que peces de todos los tamaños y colores nadaban entre plantas acuáticas tan exóticas como los peces. Las otras dos paredes eran corrientes y estaban encaladas.

—¡En efecto, es una habitación sorprendente! —dijo una voz desagradable a espaldas de Monk.

A cada lado de la puerta estaban de pie, al acecho, cuatro hombres armados, que ahora se desplegaron velozmente para poder, en caso necesario, dejar espacio entre sí para las futuras balas.

—Señores, han tardado mucho en llegar —dijo uno de ellos.

Era un hombre delgado que ostentaba una cicatriz bajo el ojo izquierdo.

Opsall les miró, estupefacto.

—¿Quiénes son ustedes? No les conozco —exclamó.

—¡Eh, Doc! —Monk señalaba con el gesto al hombre de la cicatriz—. Doc, ese es el hombre que nos metió en la cárcel a Ham y a mí en Sud América.

Doc Savage guardó silencio, a pesar de que hubiera podido agregar dos hombres más a la lista de los identificados, porque habían formado parte del grupo que pretendió quitar de en medio al químico y al abogado frente al rascacielos que les servía de cuartel general.

El hombre de la cicatriz se aproximó a una mesa que se hallaba en el centro del despacho y cuando se volvió a ellos traía vasos en una bandeja. Los vasos estaban llenos de agua.

El hombre destapó una botella y en ellos vertió parte de su contenido.

—Esto les hará dormir, señores —dijo—. Beban. Es inofensivo. Bueno. Mucho bueno.

Los olfatos de Monk y de Doc captaron el olor del ingrediente. Sabían lo que era. Un veneno lento que tardaría poco más de cinco minutos en quitarles la vida.

Entonces Doc Savage profirió tres palabras en un idioma extraño. Traducidas aquellas palabras querían decir: "Contén la respiración".

El idioma era el antiguo maya, que como ya sabemos los asociados de Doc hablaban y comprendían. En cuanto hubo hecho la advertencia, Doc levantó lentamente ambos brazos a la altura de la cabeza como si tuviera miedo.

Es decir, no enderezó los dos en toda su longitud; el derecho se quedó doblado y tirante como presa de súbito calambre. Luego el bulto que sus biceps hacían en el antebrazo, aumentó de volumen, se hinchó hasta producir un estallido igual al de una frágil ampolla que acabara de romperse debajo de la manga. Era tan leve que nadie lo oyó.

Doc aguardó pacientemente. El gas liberado era potente, inodoro, carecía de color. Provocaba la inconsciencia con fantástica rapidez. Poseía, además, otra cualidad: la de desvanecerse en cuanto se mezclaba por espacio de un minuto con el aire. Por desgracia no derribó al hombre de la cicatriz; fue a uno de sus acompañantes, más susceptible al gas, sin duda, por llegar hasta él antes de que los otros lo respirasen en cantidad suficiente para que les afectara.

EL hombre se vino abajo lentamente.

Entonces el hombre de la cicatriz exhaló un grito, disparó su arma sobre el pecho de Doc Savage, retrocedió de un salto y echó a correr.

El balazo derribó al hombre de bronce a pesar de llevar puesto el chaleco de mallas de metal.

Monk asió una silla y en cuestión de medio segundo la había arrojado lejos de allí. El mueble tocó a un enemigo, que se tambaleó, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo y allí quedó, bien porque el golpe le hubiera dejado sin sentido, bien por efecto del

gas anestésico que comenzaba a cobrar fuerza.

Doc dio un salto hacia delante al recuperar el equilibrio. Trataba de apoderarse del hombre de la cicatriz, pero éste volvió a disparar su arma sin dar esta vez en el blanco. De repente debió asaltarle la idea de que Doc era invulnerable, porque apeló a la fuga.

El camino que tenía más expedito era el del invernadero, por lo que tapándose la cara con las manos arremetió contra la pared de cristal. AL romperse, las láminas quedaron colgando pero sin desprenderse de su base.

Ya sólo quedaba en la habitación un asaltante. Monk le atacó. Le amenazó con las grandes manos velludas que parecían hambrientas. La presunta víctima las vió e intentó escapar.

Fue lento. El puño de Monk se abatió sobre él produciendo un ruido semejante al que hace al caer a tierra un montón de barro. El bandido, sin sentido ya, hizo movimientos ondulantes con los brazos y fue a tropezar contra la pared rota del invernadero.

Entre tanto, el gas comenzaba a desvanecerse, se estaba mezclando con el aire. Opsall se mantenía rígido en el lugar que ocupaba cuando aparecieron los asaltantes. El gas tampoco le había afectado. Estaba tan asustado que debió contener el aliento.

Llegaban refuerzos. Otros hombres que habían estado escondidos en el invernadero, se sumaron a la pelea. Estos hombres se mantuvieron agazapados entre las flores, las exuberantes plantas tropicales del pequeño invernadero. Luego saltaron al despacho, tres a un tiempo... luego dos más... un sexto. El hombre de la cicatriz chillaba:

—¡Cuidado! ¡Acaban de echar gas!

Y se dejó caer de bruces al suelo, derribando varias macetas.

Uno de los seis recién llegados era un hombre de rostro atezado, que empuñaba un arma peculiar de Sud América. Unas bolas. Las bolas se componen de tres correas de cuero sin curtir, unidas por un extremo; del otro penden unas bolas de hierro. El hombre era hábil en su manejo. Las hizo describir un lento círculo, luego las soltó silbando en el aire. Doc las vió llegar y trató de dar un salto para esquivarlas, pero una de las correas de cuero sin curtir se le enredó en el brazo; con una ligereza sorprendente otras correas de cuero sin curtir le sujetaron luego ambos brazos al pecho y aunque sus fuerzas estaban muy desarrolladas no logró romperlas.

El impacto ocasionado por las bolas, junto con la pérdida del uso de los brazos volvieron a hacerle perder el equilibrio.

AL caer rodó por entre las macetas derribadas. Simultáneamente un revólver comenzó a hacer fuego; sus detonaciones eran ensordecedoras. Doc siguió rodando sin poder valerse de los brazos, hasta llegar a un estrecho pasillo flanqueado de tiestos de barro y de jarrones llenos de plantas.

No había ningún tragaluz en el invernadero. Las flores se cultivaban bajo la luz artificial y deslumbrantes tubos de luz fluorescente brillaban en el techo.

Doc continuó rodando de espaldas y sin levantarse cogió con los pies un pesado tiesto de flores y lo lanzó al aire. Apuntaba a los tubos fluorescentes y al nido de contactos situado junto a ellos. La maceta dio en el blanco y surgieron azules llamaradas.

Una absoluta oscuridad imperó en el invernadero.

Doc logró salir del círculo de luz y de los cortacircuitos. Un hombre llegaba corriendo, palpando y maldiciendo, derribándolo todo a su paso. La suerte hizo que tropezase con Doc Savage. Este le asestó un porrazo.

El hombre gritó. Doc se le echó encima, sirviéndose de las dos piernas, como si fueran unas pinzas, y utilizando la enorme fuerza muscular de sus miembros inferiores lo arrojó lejos de sí. A la caída sucedió un ruido de objetos que se rompían y el hombre aulló de dolor.

Todos los objetos que adornaban el despacho eran blanco de las balas y los disparos producían sonidos diversos. Se libraba allí una lucha tremenda entre varios hombres, uno de ellos era Monk.

Doc aplicó un rato el oído mientras trataba de aflojar las correas que le oprimían el pecho. De repente cesaron las voces del químico.

Uno de los asaltantes dijo entre dientes:

—¡Eh! ¡Que me dé uno de vosotros un cuchillo! Al asestarle el golpe se ha roto la pata de la silla.

La voz chillona del hombre de la cicatriz dominó la algarabía. Preguntaba:

—¿Has atrapado a uno de ellos?

—Sí, al llamado Monk.

—Bueno. ¡No lo mates!

—Pero…

—¡Hay que cogerle vivo! —aulló el hombre de la cicatriz—. Si fracasáramos en el intento de apoderarnos de Doc Savage, utilizaríamos a Monk.

—Que me ahorquen sí…

—¡Apodérate de Monk y salgamos de aquí! —chilló el jefe de la banda—. Si Doc Savage no cesa de molestarnos, mataremos a su amigo.

Poco después una voz nueva —debía ser la de uno de los bandidos que se hallaban apostados fuera— anunció, a voces, la llegada de la policía.

—¡Ea, despejad! ¡Corred, hombre! —dijo el hombre de la cicatriz.

Doc cogió, con ayuda de los pies, otra maceta, pero no la arrojó, la dejó en tierra. La distancia que le separaba de los componentes de la banda era demasiado grande, ellos eran muchos y poseían una gran cantidad de armas para soñar en hacerles frente con los brazos atados.

Algunos disparaban todavía, derrochando las municiones; otros lo registraban todo animados por la esperanza de hallar un blanco.

—Yo creía —dijo uno—, que se había echado gas aquí.

—En efecto, se ha echado —gruñó el jefe—, pero no sé qué se ha hecho de él. Vámonos. Ya llega la policía.

—¿Y qué haremos de Opsall?

Hubo un momento de expectante silencio.

—Dadle un golpe y privadle del conocimiento —ordenó el de la cicatriz—. Luego dejadle. Carece de valor.

Doc Savage yacía, postrado, luchando con las enredadas correas de las bolas cuando los pistoleros partieron llevándose a Monk.

CAPÍTULO XV

EL ENGAÑO

LA policía no se mostró paciente con Opsall, pues juzgó muy extraño que la banda hubiera utilizado hasta tal extremo su despacho particular. Por ello se preguntaba si no sería él quien había preparado la trampa en que cayeron Monk y Doc Savage.

—Yo no la preparé —decía Opsall—. Recuerden que lo último que dijo el jefe a sus hombres fue que me dejaran por inútil después de privarme del uso de los sentidos.

Disgustados agentes de policía verificaron un registro a fondo de la vecindad.

Y mientras Doc Savage esperaba a que cesara la excitación que su aparición ocasionaba, hizo algo singular. Casualmente había encontrado un revólver entre los escombros del invernadero. Era un arma cuya empuñadura estaba ornada de perlas y tenía incrustaciones de oro en el cañón.

Pertenecía al hombre de la cicatriz debajo del ojo izquierdo. Sin duda se le debió caer de la mano durante la refriega.

Doc se guardó el arma en el bolsillo. No reveló a nadie su descubrimiento.

La policía había fracasado en su intento de localizar a Monk. Pero halló a un testigo que había visto cómo metieron al químico en un coche. Este coche abandonó el distrito a toda velocidad. Monk había perdido el conocimiento.

O esto era lo que opinaba el testigo. También sangraba por la boca.

Después de hacer lo que pudo, la policía se marchó.

En cuanto se hubo despedido, Doc Savage abandonó el despacho de Opsall y se metió en un teléfono público. Al telefonear a su casa

descubrió que Ham estaba en ella.

—¿Tienes algo que comunicarme? —le preguntó.

Ham respondió:

—Sí. Elva Boone y Ruth Dorman han regresado a su departamento y Renny, Long Tom y Johnny vigilan el edificio. Hasta ahora no han descubierto en sus alrededores a ningún espía.

—Bien. ¿Tienes algo más que decir?

—Sí. ¿Recuerdas al oficial de la compañía naviera a que pertenecía el "Virginia Dare", aquél que se dice amigo del capitán Kirman y que nos dio la dirección de su despacho? Me refiero al sujeto que llevaba en una sortija la estrella negra.

—Sí, ya sé a quién te refieres. Prosigue.

—Pues le he llamado por teléfono y al enterarse del fallecimiento del capitán me ha proporcionado algunos informes. He aquí cómo llegó a su poder la sortija: a petición del capitán se afilió al culto que se presta en un edificio enclavado en la parte alta de la ciudad, edificio llamado el Oscuro Santuario. El culto en cuestión parece ser muy interesante. Su inspirador es un singular hombre de oro y el administrador de ese hombre es nada menos que nuestro antiguo amigo Sam Gallahue.

—¿De manera que el oficial de navío se sumó a ese culto a petición del capitán Kirman?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque el capitán deseaba que abriera una investigación del Santuario.

—¿En secreto, sin duda?

—Justamente. En secreto.

—¿Y por qué experimentaba tanto interés por el culto el capitán?

—EL oficial lo ignora.

Doc Savage dijo:

—Ham, ¿quieres venir al despacho de Opsall? Te espero en el estanco de la manzana, se halla enclavado al Sudeste de la calle.

Veinte minutos después se reunió a Doc en el estanco un hombre de tez oscura, de rizado cabello amarillo, color enfermizo y nariz de aletas dilatadas.

—¿Qué tal estoy? ¿Puedo pasar? —preguntó.

—Estás bastante bien, Ham.

—En casa hallé este disfraz. No está mal, ¿eh? Me he puesto cera en las mejillas, almohadillas en la nariz para ensancharla y me he teñido la tez.

—Vigila a Opsall —le ordenó Doc Savage.

—¿Dónde está?

—En su despacho. Pero, cuidado, Ham. Ten mucho cuidado cuando le sigas.

Algo que se desprendía del tono adoptado por el hombre de bronce impresionó al abogado.

—¿Y tú, qué piensas hacer, Doc?

El hombre de bronce repuso sombríamente:

—Pues como avanzamos tan poco tendré que iniciar operaciones de bombardeo.

La primera operación fue llevada a cabo sin incidentes.

El hombre de bronce entró por una ventana de la parte posterior del piso en el despacho de Opsall y logró llegar sin ser visto al semiderruido invernadero.

Opsall estaba sentado en la parte delantera del despacho visible desde el invernadero. Doc le observó. En aquel momento se alisaba el pelo y fumaba en una pipa nueva de espuma de mar.

Doc ató al pomo de la puerta el extremo de un cordel y lo asió por el otro extremo. Hecho esto sacó el revólver decorado de perlas. Al volver Opsall la cabeza Doc afinó con cuidado la puntería, apoyando el revólver en un enrejado cubierto de plantas y disparó sobre la pipa de espuma que tenía el hombre entre los dientes. El sonido del disparo fue ensordecedor. Pero el grito de espanto lanzado por Opsall fue mayor si cabe todavía.

Doc hizo entonces un poco de ruido. Se dejó caer al suelo fuera de la vista de Opsall y derribó varios objetos. Luego, con su voz natural, gritó:

—¡Eh, tú, tira al suelo ese revólver!

Luego aulló imitando a la perfección la voz del hombre de la cicatriz debajo del ojo.

—¡Quítate de ahí, maldito!

A continuación disparó el revólver dos veces, derribó una fila de cajones llenos de plantas, tiró contra la pared una maceta y lanzó otra contra el techo.

Pegándose con el puño cerrado en la palma de una mano para producir un sonido fuerte, gimió y volcó un banco.

Luego verificó, palmoteando en el suelo, una imitación excelente de la huida de un hombre. Hecho esto tiró hacia sí del cordel y la puerta se cerró con un portazo. Como siguiera tirando de él se desenganchó del pomo.

Entonces lo enrolló, poco a poco, y se lo guardó en el bolsillo.

La pasada escena había sido una comedia para fingir que acababa de salvarle a Opsall la vida.

Poco después se puso de pie, fingiendo un temblor y pasándose la mano por la cabeza como si se la hubieran golpeado.

Opsall se le acercó, asustado.

—¿Por dónde se ha ido? —le preguntó Doc Savage.

—¿Qui… én?

—El hombre que trataba de asesinarle.

—Por la pu —pu— puerta —dijo Opsall tragando saliva—. ¿Có —cómo es que le ha seguido usted?

Doc Savage contestó:

—Pues le diré: porque vigilaba la casa. Temía que los asaltantes, que le conocen demasiado, enviaran a alguien para matarle.

—¿Y qui —qui— quién era?

—¡Vaya usted a saber! Uno de ellos tenía una cicatriz debajo del ojo, ¿verdad? Pues he aquí el arma que ha dejado.

Doc mostró a Opsall el revólver de la empuñadura de perlas.

Opsall abrió unos ojos tamaños. Se había quedado sin habla.

Doc le entregó el arma.

—Guárdela usted —dijo—. Sírvase de ella si tiene ocasión.

—¡Gra —gracias!

—¿Sabe usted por qué se tiene empeño en matarle?

—¡Oh, no! ¡No, naturalmente!

Tras de asegurar a Opsall que no creía que los asaltantes volvieran enseguida, Savage salió del edificio. Enseguida volvió a entrar en él por la puerta posterior, se metió en el bajo, buscó la pequeña centralilla de teléfonos y la inutilizó, privando así al edificio entero de toda comunicación con el exterior.

Hecho esto se reunió a Ham Brooks.

—Si ves salir a Opsall, síguele —le recomendó.

—Bueno.

—Porque si en realidad se halla mezclado a esto —siguió diciendo el hombre de bronce—, tiene ahora algo en qué pensar y querrá hablar con sus compinches acerca de ello. No puede telefonearles, por consiguiente irá probablemente a buscarles. Tú síguele adonde quiera que vaya. Y comunícame lo que vayas averiguando por la emisora de onda corta.

—Me mantendré pegado a sus talones —prometió Ham con aire sombrío.

Renny Renwick estaba sentado detrás del mostrador de un almacén de azúcar. A través de las ventanas de este almacén vigilaba la entrada de la casa de departamentos en que habitaba mistress Dorman y entre tanto mordisqueaba una tableta de chocolate.

—He alquilado este almacén —explicó a Doc Savage—, y tengo estacionado el coche cerca de aquí para el caso de que lo necesitemos. Johnny se halla en la parte posterior del edificio. ¡Por el toro sagrado! ¡Qué bueno es este chocolate con azúcar!

—¿Sigue Long Tom abriendo agujeros en la calle? —interrogó Doc Savage.

—No. Le he puesto un empalme a la línea telefónica de la casa y así puede escuchar lo que se diga en el departamento de mistress Dorman.

—¿Ha oído algo ya?

—No.

—Bueno, va sonando la hora de iniciar la batalla. ¿Quieres llamar a Long Tom y a Johnny?

Renny cogió un puñado de azúcar y salió de detrás del mostrador.

—Voy al momento —dijo.

Poco después regresó acompañado de sus dos camaradas.

Doc les dio instrucciones.

—Long Tom, tú y Johnny vigilaréis el edificio del Oscuro Santuario que se halla enclavado… —aquí les dio la dirección—. Que Long Tom empalme los hilos del teléfono en cuanto le sea posible.

—¿Quieres que vea de colocar micrófonos en el interior? —le preguntó Johnny.

—Es una excelente idea. Hazlo si puede ser.

—¿Deseas que vigilemos a alguien en particular?

—Sí, a dos hombres. Uno de ellos es el llamado hombre de oro, la persona inspiradora del culto que se sigue allí. Quiero saber lo que hace y adónde va. Es la otra Sam Gallahue, el administrador y apoderado del hombre de oro. Infórmate también de sus idas y venidas.

—Bien.

—¿Dónde está Monk?

—Le han raptado.

—¿Quién?

—El mismo individuo de la cicatriz que hizo llevar en Sud América a la cárcel a él y Ham.

Johnny y Long Tom partieron en silencio. Iban sombríos y apesadumbrados.

Doc dijo a Renny:

—Nosotros vamos a hacer una visita a Elva Boone y a mistress Dorman. Veremos a ver si logramos que hablen con sentido común.

Elva fue la que acudió a abrir la puerta en respuesta al sonido del timbre. Al verles trató de cerrarla dejándoles en el descansillo, pero Doc la empujó y Renny entró en el departamento detrás de él.

—Le agradecemos que nos guiara al Oscuro Santuario —dijo Doc Savage a la encolerizada muchacha—, mas por desgracia no obtuvimos los informes que solicitábamos.

Elva se sobresaltó, titubeó, se encogió de hombros.

—Confieso que creí que les había engañado —manifestó después —. Ya veo que se dieron cuenta de mi ardid. Bueno, ¿y qué?

—Nada. ¿No querría referirnos toda la historia?

—Una historia verdadera —agregó el ayudante de Doc Savage.

Elva miró a su hermana por encima del hombro. Mistress Dorman movió frenéticamente la cabeza.

—¡No, Elva! No debemos referírsela a nadie.

Elva miró al hombre de bronce.

—Cuando ha llegado estábamos hablando de usted —declaró—. Yo estoy dispuesta a contárselo todo.

Su hermana murmuró:

—¡Elva, por favor! ¡Si mi marido llegara a saber…!

—Ruth, no seas boba. Recuerda que te hallas mezclada en el asesinato del capitán Kirman.

—Pero...

Doc dijo, interrumpiéndola:

—Ea, sepamos esa historia.

Elva titubeaba, finalmente se mostró dispuesta a comenzar.

—Mi hermana estaba casada y creyó divorciarse de su marido hace algunos años —manifestó—. De su matrimonio tenía un hijo. Más adelante contrajo matrimonio con míster Dorman, pero fue una boba. No reveló a míster Dorman que ya había estado casada, porque su marido era... bien, tenía mala fama. Míster Dorman es un snob, pero mi hermana está enamorada de él. Hace un mes, sobre poco más o menos, Ruth fue iniciada en el culto que se practica en el Oscuro Santuario. Antes había descubierto que no se le había concedido el divorcio, y, naturalmente, se disgustó muchísimo. Entonces fue cuando se convirtió en creyente. El hombre de oro causó en ella gran impresión. No es una persona vulgar y corriente, digámoslo en descargo de Ruth. Por ello es difícil opinar lo contrario en cuanto se le conoce.

"Pero abreviemos: Ruth le habló de su primer marido, reveló que no estaba divorciada de él y después le pidió consejo... el hombre de oro se lo dio.

—¿Qué le aconsejó? —preguntó lleno de curiosidad Doc Savage.

—Que se lo contara todo a míster Dorman, agregando que si su marido no era capaz de perdonar y olvidar, no era hombre apto para el matrimonio.

—¡Magnífico!

—Convengo en ello, más como mi hermana hubiera perdido a su marido, no siguió el consejo.

—¿Qué ocurrió después?

—Se la hizo víctima de un chantaje. Como una semana después o cosa así de su conversación con el hombre de oro, Ruth recibió por mano carta de su marido en la que pedía dinero y la amenazaba, de no recibirlo, con ir a ver a míster Dorman.

—¿Y le entregó algo?

—Sí, decidió pagar la cantidad exigida, mas al propio tiempo acordamos averiguar la identidad del chantajista. Yo ayudé a mi hermana.

—¿De qué modo?

—Verá; yo sospechaba del culto y por ello vigilé el Oscuro

Santuario. Otra persona lo vigilaba también. AL descubrirlo me puse en contacto con ella: era el capitán Kirman. El capitán trataba, lo mismo que nosotras, de hallar pruebas contrarias al culto.

—¿De manera que unieron sus fuerzas?

—Sí. Ruth se puso a trabajar en el despacho del capitán al objeto de ayudarle en la investigación durante sus horas libres. Mas, para decir verdad, tuvo que llevar todo el peso del negocio mientras el capitán investigaba.

—¿Y hallaron las pruebas que buscaban?

—Ni una sola.

—¿Por qué tenía tanto interés por el culto ese el capitán?

Elva Boone hizo una mueca de despecho.

—Parece mentira —dijo,— pero nunca nos lo reveló. Sin embargo, le interesaba, le interesaba mucho.

—¿Me permite que le dé un consejo? —preguntó Doc Savage—. Se trata de mistress Dorman.

—Cualquiera que nos dé será bien recibido —repuso Elva con calor—. Ya no podemos más.

—¿Tiene mistress Dorman alguna parienta o amiga a quien poder hacer, apresuradamente, una visita?

—Sí, la tía Lorna, de Detroit.

—Bien, pues que se la haga y que no tenga prisa en volver.

—¿Usted opina que debe salir de Nueva York hasta que se resuelva el asunto?

—Justamente.

Elva se volvió a su hermana.

—Creo, Ruth, que es lo más acertado —dijo.

A continuación se acompañó a Ruth al aeródromo de La Guardia, de donde pasó a bordo de un aeroplano que salía para Detroit a las seis en punto de la tarde.

El aparato automático que registraba los recados en el rascacielos de Doc Savage poseía habilidades casi humanas. Cada vez que un extraño cualquiera llamaba al piso ocupado por el hombre de bronce una voz mecánica respondía desde el aparato:

"Habla con el despacho de Doc Savage, pero en este momento no hay nadie en él. Esta voz sale de un aparato mecánico. Si desea darle algún recado lo que diga quedará automáticamente registrado y Doc Savage lo leerá a su vuelta".

Después de dejar a mistress Dorman instalada en el aeroplano y camino de Detroit, Doc Savage volvió en compañía de Renny y de Elva al rascacielos.

En cuanto llegó a casa fue a consultar el aparato registrador, para ver si durante su ausencia había llegado algún recado.

Halló uno de Ham: "Vigilo la casa de Ospall. No hay novedad. Continúo sin noticias de Monk. Esto es todo".

La voz de Johnny decía: "Johnny al habla, Doc. Míster Sam Gallahue ha salido del Santuario a las cinco de veinticinco. Tiene alquilado un departamento en la Park Avenue. En este momento se halla en él. El edificio está frente al club de Ham. Tom vigila al Santuario. Yo acabo de empalmar un nuevo hilo al teléfono. No hay noticias de Monk. Esto es todo".

Doc cerró el aparato.

—¿Conoces a buenos actores? —preguntó a Renny.

—¿Actores? —repitió el ingeniero, perplejo—. ¡Por el toro sagrado! ¿Para qué los necesitas?

—¿Conoces a alguno?

—Sí. ¿Tiene que ser hombre o mujer?

—Hombre. Los hombres verificarán mejor trabajo si se les paga bien.

—Los que yo conozco —confesó Renny,— son capaces por dinero contante y sonante de representar la escena de Daniel en el foso de los leones con animalitos de carne y hueso.

—Bien, tráeme a tres.

—¿Qué piensas hacer?

—Arrojar otra bomba y ver lo que sucede.

CAPÍTULO XVI

EL ASESINATO ES UN HECHO

SAM Gallahue abrió personalmente la puerta en respuesta a la llamada del timbre. Llevaba puesto un largo batín, color de púrpura, cómodas zapatillas, y en la boca un cigarro de a dólar.

Por cierto que faltó poco, para que dejara caer el cigarro sobre la lujosa alfombra del recibidor al reparar en sus visitantes. Es decir, no le asustaron ellos tanto como su manera de coger el sombrero que llevaban en la mano, de tal manera, que la banda interior ocultaban revólveres diminutos a los ojos del empleado del ascensor, pero que permitía divisar a Gallahue un perturbador panorama de las armas de fuego.

—Invítanos a entrar, Sam —le dijo uno de ellos.

Gallahue pareció tragar un huevo duro y dijo luego: —Entren ustedes.

Los dos hombres entraron en el recibidor y cerraron la puerta.

—Yo… ¡yo no les conozco a ustedes! —dijo Sam Gallahue con acento entrecortado.

—Siéntate —dijo uno de los visitantes desconocidos.

—Pero…

—¡Siéntate!

Sam Gallahue obedeció, retorciéndose las manos, luego lanzó un gemido involuntario mientras uno de los hombres le registraba para ver, sin duda, si llevaba encima algún arma. Pero no la encontró.

—¿Que… quién?

—¡Cómo vuelvas a pronunciar una sola palabra —le dijo ferozmente uno de los visitantes,— te haré saltar seis dientes!

Gallahue contempló en silencio el trabajo de los hombres. De vez en cuando variaba de expresión. Uno de los pistoleros le

vigilaba atentamente.

El otro abrió la ventana, sacó fuera la cabeza y miró hacia arriba. Era de noche cerrada.

—Muy bien, Gip —dijo.

Desde una ventana del piso superior dijo cautelosa una voz en las tinieblas:

—¿Está todo dispuesto?

—Sí.

—¿Están ya abajo los muchachos?

—Si.

—¿Han alquilado ya el departamento?

—Sí. Es el que está a la distancia de dos pisos de la cornisa y a la distancia de nueve pisos por debajo de nosotros —dijo el pistolero —. Continúa y échales el cable.

Un cable delgado a cuyo extremo iba atado un peso pasó casi inmediatamente por delante de la ventana. El pistolero alargó el brazo y le empujó para facilitarle el descenso.

Luego la voz volvió a murmurar en medio de la oscuridad:

—Y ahora colgaremos el muñeco, ¿eh?

—Eso es.

—¿Cómo va vestido Gallahue?

El pistolero se volvió y le dirigió una ojeada. El administrador del Santuario estaba palidísimo, no era posible estarlo más. Luego volvió a mirar por la ventana.

—Lleva un batín color púrpura.

—No tenemos nada de eso aquí para vestir al muñeco.

—Pues ¿qué clase de ropa habéis traído?

—Un traje azul.

El pistolero volvió a separarse de la ventana y anduvo por el departamento hasta encontrar el armario de Gallahue del que sacó, sin andarse con remilgos, un traje azul.

—¡Póntelo! —le dijo.

—Pero...

—¡Póntelo!

Cuando con dedos temblorosos se hubo puesto el traje Gallahue, el pistolero volvió una vez más a la ventana..

—Ya está todo arreglado —comunicó a su invisible compañero —. Ya tiene puesto el traje. Ponle tú, ahora, uno igual al muñeco

para que todo salga bien. ¿Entendido?

—¡Muy bien!

El pistolero que hablaba en voz baja desde arriba dio al otro plenas instrucciones.

—Cuando oigas entrar a Doc Savage en el departamento —le comunicó,— tira al muñeco por la ventana para que caiga sobre la cornisa. Doc lo verá primero desde la habitación, caer por el espacio, y luego sobre la cornisa. Abajo, los chicos cogerán el extremo del cable a que va atado el muñeco y le darán una sacudida o dos para que parezca que se va a caer a la calle. Savage bajará corriendo la escalera para salvarlo. En cuanto haya salido de la habitación asestad a Gallahue un golpe en la cabeza y tiradle por la ventana, al objeto de que su cuerpo caiga sobre la cornisa. Entonces los chicos tirarán del muñeco y lo ocultarán. He aquí como Doc volverá a presenciar otra muerte inverosímil que le dará qué pensar.

—Bien.

El pistolero retiró la cabeza y retrocedió un paso para examinar con ojo crítico la ventana.

—Tendría que haber más luz en el exterior —observó,— pero arriba gritará nuestro camarada que alguien se va a suicidar y ello hará que Doc Savage dirija la vista a la ventana. Así verá caer el muñeco.

Gallahue intentó hablar dos o tres veces y al cabo balbució:

—Pe… pero ¿es que… que van a ma… matarme?

—Esas son las órdenes que hemos recibido.

—¿Qui… quién se las ha… dado?

El pistolero se echó a reír de tal manera que a Sam Gallahue se le erizó el cabello.

—¡Pobre bobo! ¿Verdad que tenías puesta toda su confianza en los compañeros?

—No comprendo lo que quiere decir.

—¿Nunca se te ha ocurrido que otro podía apetecer lo mismo que a ti te apetece?

Sam Gallahue palideció todavía más y en éstas sonó el timbre de la puerta.

Los dos pistoleros cambiaron una mirada.

—Doc Savage —murmuró uno—. Ya llega.

El segundo pistolero aplicó el cañón de su revólver a las costillas de Sam Gallahue.

—No nos descubra —le dijo con acento de amenaza,— pues si dice una sola palabra le haremos saltar en pedazos.

Dicho esto pasaron los dos a la habitación vecina, dejando entreabierta la puerta para poder seguir amenazando con los revólveres al dueño de la casa.

El timbre volvió a sonar. Sam fue a abrir la puerta, estaba inundado de sudor, tenía miedo de cometer una torpeza que le perdería para siempre. Doc Savage entró en el departamento; Renny, el de los grandes puños seguía a su jefe.

Doc miró a Sam Gallahue.

—¿Qué le pasa? —interrogó después.

—Nada, nada. Es… —repuso Sam Gallahue.

Los dorados ojos de Doc dirigieron a su alrededor una ojeada y se acercó a una silla que cogió como si fuera a variarla de posición.

Gallahue estalló, de repente.

—¡Dos pistoleros! —chilló—. ¡Están ahí dentro! —señalando la puerta de la contigua habitación.

Doc arrojó la silla contra la puerta que ocultaba a los dos malhechores. La silla chocó violentamente contra ella y Doc arremetió, pero antes de que pudiera llegar hasta ella los hombres escondidos la habían cerrado sin disparar los revólveres.

—¡Renny! —ordenó Doc—. ¡El hall! Córtales la retirada.

Renny salió corriendo.

El hombre de bronce hirió la puerta con un hombro, la madera crujió. A la tercera vez de echar todo su peso sobre ella, la arrancó de los goznes y penetró en la habitación.

Sonó el ruido de pies que echaban a correr, luego furiosas palabras.

Sam Gallahue se acercó, tambaleándose a una silla y se dejó caer en el asiento, con el cuerpo flojo, mortalmente pálido. No se desvaneció del todo, pero se llevó al corazón las dos manos.

Transcurrieron cinco minutos largos antes de que Renny y Doc Savage volvieran a la habitación.

Los dos parecían disgustados.

—Se nos escaparon —comunicó Doc a Gallahue.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Gallahue.

—¿Qué hacían aquí?

—Iban a ma... matarme.

—¿Cómo?

Míster Sam Gallahue se lo explicó. Les contó exactamente lo que acababa de suceder en el departamento y lo que se había hablado, nada más.

Media hora después Renny y Savage abandonaron la casa y echaron a andar en silencio, decepcionados. AL llegar a la esquina se les incorporaron tres hombres; dos de ellos eran los pistoleros que habían pretendido quitar la vida a Gallahue; era el otro el compañero encargado de sostener el diálogo entablado desde la ventana del piso de encima.

Doc Savage observó:

—Renny me recomendó a ustedes por considerarles bonísimos actores y no exageraba. Han llevado a cabo un excelente trabajo.

A continuación les pagó.

—Gracias, míster Doc Savage —dijo uno de los actores—. Creo, en efecto, que lo hemos hecho bien y que hemos logrado engañar a Gallahue. Pero, ¿y si le explicara lo ocurrido a la policía? —agregó inquieto.

—Lo mismo Renny que yo somos oficiales honorarios del Cuerpo —le explicó Doc—. De manera que nosotros nos encargaríamos de comunicárselo si fuera necesario. Lo que acaban de hacer es un trabajo de detectives.

Satisfechos los actores de sí mismos y de la paga percibida llamaron a un taxi y se alejaron.

Renny preguntó:

—A propósito de ese muñeco que acaba de figurar en la escena representada por los actores, ¿crees, Doc, que el capitán fue asesinado?

—Lo creo.

—¿Y cómo has solucionado el misterio de ese crimen? Porque parecía imposible que el cuerpo de un hombre que acababa de arrojarse por una ventana a la calle, fuera el mismo de la persona que acababas de dejar en su departamento, viva y sana.

—Ya recordarás —repuso Doc Savage—, que junto al despacho particular del capitán había una pequeña habitación. Pues bien: los asesinos se ocultaron en ella cuando nosotros entramos. El capitán

lo sabia; lo que ignoraba era que fueran a matarle. Por ello no dio la voz de alarma.

—¿Cómo lo descubriste?

—Me lo revelaron los peces.

—¿Eh?

—Si. En la pequeña habitación había dos acuarios. Los habitantes eran muy tímidos y se les había asustado. Es razonable suponer que quienes les asustaron fueran los asesinos del capitán Kirman que estaban allí escondidos.

—Pero ¿cómo salieron después de arrojar al capitán por la ventana y de quitar sus colegas de la cornisa el cuerpo del muñeco? Porque es indudable que lo hicieron por la puerta. Sin embargo, mistress Dorman se hallaba en el primer despacho y les hubiera visto.

—Es probable que pasaran, por la ventana, al despacho del departamento vecino si no subieron por una escala de cuerda al piso de encima. No era difícil. Y si no les vió nadie fue porque el edificio de enfrente era un almacén que carecía de huecos a la calle.

—Pero ¿cómo no se enteró mistress Dorman de su llegada?

—El capitán debió mandarle antes a hacer algún recado, porque los hombres entraron en el departamento mientras se hallaba fuera o tal vez pasaron por delante de ella sin que lo advirtiera. Hay muchas maneras de hacer esas cosas.

—¡Por el toro sagrado! —Renny suspiró y se miró los grandes puños—. Bien, ya hemos dado con la solución de un impenetrable misterio… Lo que todavía ignoramos es por qué razón mataron al capitán. Porque la comedia que se acaba de representar ante Gallahue no ha dado un resultado concreto, ¿eh? Sin embargo, le crees culpable.

—Por de pronto hemos conseguido engañarle y amedrentarle.

—Sin que se declare culpable a pesar de ello…

Una sombra larga, delgada, y otra sombra pequeña y recortada se les incorporaron y la voz de Johnny manifestó:

—Miss Boone y yo hemos empalmado la línea del teléfono del departamento de Gallahue, de manera que si alguien llama quedará registrado lo que diga.

—Bien —repuso Doc Savage—. Tú, Johnny, vigila el edificio y si Gallahue saliera de casa síguele.

—Bueno. ¿Deseas o no que mantenga contacto contigo por radio?

—Sí.

—¿Y qué quieren ustedes que yo haga? —interrogó Elva Boone —. Porque confieso que empieza a gustarme esta excitación.

—Venga con nosotros —repuso Doc Savage.

—¿Qué tenemos que hacer? ¿Tirar otra bomba?

—Sí, otra bomba. Continuemos el juego. La ley de prorrateo acabará por dar resultado.

CAPÍTULO XVII

ENTRE LOS ARBUSTOS

EL Oscuro Santuario constituía una masa de albañilería, majestuosa e imponente. Pero junto a ella se alzaba una casa de departamentos, cuyas iluminadas ventanas parecían muchos ojos brillantes en la oscuridad de una noche deprimente.

Doc Savage, Renny y Elva Boone, localizaron en la sombra a Long Tom.

Tom manifestó con aire sombrío:

—La casa se halla tan silenciosa como saltamontes en un gallinero. A las once en punto se apagaron todas las luces de las ventanas y salieron muchos hombres del edificio. Debían ser botones y servidores porque todos iban de uniforme. El hombre de oro continúa ahí dentro.

Doc Savage le recomendó:

—No le quites ojo de encima. Dentro de veinte minutos recibirás por radio un mensaje mío. Pero si así no fuera, apela a tu propio discernimiento.

—O mejor dicho, ¿qué si no me dices nada deberé entrar en la plaza?

—Sería una buena idea.

Dicho esto Doc Savage se llegó a la casa iluminada que se alzaba junto al Oscuro Suntuario. Al entrar en el portal mostró al portero sus credenciales de oficial de la policía y habló un momento con él. Después le llevaron a un departamento vacío del sexto piso.

Minutos después salía al exterior por una ventana y se dejaba resbalar por un fino cordón de seda.

Semejante a negra sombra descendió lentamente llegando al tejado del Oscuro Santuario y dirigió a su alrededor rápida ojeada

descubriendo que lo mismo los tragaluces, que las trampas, que se abrían a él estaban herméticamente cerrados. A la espalda llevaba sujeto con correas de cuero un gran paquete. Metió en él la mano, palpó el interior y sacó una botella.

El contenido silbó y humeó cuando derramó parte de él en la base, de una docena de barrotes de un tragaluz. Hecho esto aguardó cinco minutos y luego separó, uno por uno, de su base los barrotes sin mucho esfuerzo.

El ácido que acababa de utilizar era muy fuerte y por ello volvió a meter la botella con mucho cuidado en el paquete, porque lo mismo que mordía el acero le hubiera mordido la carne. Las láminas de cristal del tragaluz eran grandes y por esto tampoco le costó gran esfuerzo arrancarlas.

Echando por encima del tragaluz otro cordón de seda con su gancho correspondiente, se dejó resbalar por él en la oscuridad.

Al llegar al departamento lo registró a conciencia.

Estaba vacío, sólo halló en él al hombre de oro.

Este ocupaba una habitación del segundo piso y dormía plácidamente, incluso roncando un poco.

Doc destapó un frasquito cuya boca colocó debajo de la nariz del durmiente.

EL ronquido aumentó de intensidad y luego cesó. Doc se inclinó y sacudió aquel cuerpo inmóvil para asegurarse de que estaba insensible.

Seguidamente volvió a verificar un registro del departamento, para asegurarse bien de que nadie vendría a molestarle, descubriendo que la parte conocida era justamente la más impresionante.

Del paquete que llevaba a la espalda sacó esta vez un diminuto aparato de radio, del tipo denominado “transceiver”, tipo que posee circuitos de transmisión y de recepción en un espacio poco mayor que el de una cámara fotográfica.

—Informa, Long Tom —dijo por el micrófono.

Long Tom repuso desde la calle:

—Todo está tranquilo, Doc. Renny y Elva Boone están a mi lado. ¿Qué debemos hacer?

—Seguir vigilando el edificio y avisarme cuando llegue alguien.

—Bueno.

Doc dijo esta vez, siempre por radio:

—Informa, Ham.

La voz de Ham dijo apagada como si llegara de lejos:

—Todo está en calma.

—¿Continúas vigilando el despacho de Opsall?

—Sí.

—¿Y Opsall no ha ido a ninguna parte?

—No, sigue aquí. Envió a un hombre a la calle y este hombre regresó en compañía de varios hombres más vestidos con trajes de faena. Supongo que son trabajadores que vienen a reparar los destrozos ocasionados en el despacho y el invernadero.

—Notifícame enseguida cualquier cosa que suceda.

—Así lo haré.

Doc dijo de nuevo:

—Informa, Johnny.

—Aquí todo sigue tranquilo también —repuso la voz del interrogado sin servirse de las frases estrambóticas acostumbradas —. Gallahue no se ha movido de su departamento. Tampoco ha hecho ninguna llamada por teléfono.

—Comunícame todo lo que suceda.

—Bueno.

El hombre de bronce dejó abierto el receptor de su equipo de radio y colocó el instrumento sobre una mesa, cerca del dormido hombre de oro.

Abriendo seguidamente el paquete esparció su contenido en el suelo. Había en él materias químicas, varios instrumentos de los que se utilizan para hacer un diagnóstico y material eléctrico.

Lo primero que sacó fueron los reflectores. AL encenderlos se fundieron y tuvo que sustituir el fusible por otro más pesado. Entonces surgió una cantidad enorme de intensa luz blanca.

Sus movimientos engañaban porque aun cuando parecían ser lentos, en realidad trabajaba a una velocidad notable.

El aparato portátil de rayos X fue del primero que se sirvió. De éste y del tomavistas fluorescente, que en caso necesario se utilizaba para sacar fotografías. Así como unas cincuenta veces sumaron las que dedicó a pasear los rayos X por encima del inconsciente hombre de oro.

Luego le sacó muestras de sangre, así como de la medula espinal

verificando un rápido análisis de ellas. Mas como el hombre de oro se hallaba bajo los efectos de un anestésico, el hecho impedía hasta cierto punto la buena comprobación del estado de su sistema nervioso.

Casi dos horas después terminó de verificar el diagnóstico. Entonces examinó las notas tomadas.

Finalmente, siempre con movimientos lentos y seguros, hizo una mezcla de tres diferentes productos químicos, dos de los cuales administró al hombre dormido en rápida sucesión y más tarde el tercero con las agujas hipodérmicas.

AL concluir la operación se acercó al aparato de radio.

—¡Long Tom! —llamó—. ¿Sigue todo igual?

—Por lo visto. En la parte baja de la calle dan unos vecinos un baile de disfraces y por aquí se tambalean varios borrachos. Esto es todo.

Doc solicitó la información de Ham, que vigilaba a Opsall y de Johnny apostado frente al departamento de Gallahue. Ni uno ni otro tenían que comunicarle nada nuevo.

—Es de suma importancia que nadie me interrumpa en el término de dos o tres horas. Si intentara alguien entrar en el Oscuro Santuario, detenedle. Servios de los medios que os parezcan convenientes, pero detenedle.

—Bien, nadie te interrumpirá —prometió Ham.

Doc Savage estuvo solo en la habitación, en que los faros luminosos producían una luz tan intensa durante las dos horas subsiguientes y se alegraba de que así fuera porque lo que en ella sucedía no era agradable de ver ni de oír.

Sus mismas facciones, inescrutables en un principio, variaron al cabo de dos horas de expresión, con el esfuerzo se le pusieron tirantes los músculos del cuello, se le hundieron las mejillas, brotó el sudor de su bronceada piel.

Había buscado apresuradamente, sábanas y mantas que rasgó para disponer de amplias tiras de tela doblándolas luego, para que adquirieran la resistencia de trozos de lienzo. Con estas tiras ligó al hombre de oro.

La cama que ocupaba era sólida, pero Doc la reforzó arrancando de sus goznes una puerta que colocó encima del lecho, a continuación hizo una almohadilla con varias colchas, que colocó

sobre la puerta y encima puso, atado, al hombre de oro.

Este estaba, entonces, caliente, febril, empapado de sudor. Se retorcía, inquieto, balbuceaba palabras incomprensibles. Su estado se agravó rápidamente hasta llegar al delirio.

Al aumentar el volumen de sus gritos, Doc le puso en la boca una mordaza.

Así transcurrieron las dos horas y después de la medianoche, el hombre de oro se quedó quieto, silencioso, sólo sus manos sufrían sacudidas nerviosas todavía. De improviso abrió los ojos. Dijo con voz tan débil que apenas se entendía:

—Yo era el agente de Lisboa. Nadie sabía qué clase de aeroplano pensaba utilizar.

—Bueno, ya nos ocuparemos de todo eso —repuso Doc Savage.

Dio al hombre de oro un soporífero y el hombre se durmió.

Las dos acababan de sonar en un reloj invisible en aquella noche tan oscura, cuando el receptor de la radio silbó indicando que uno de los transmisores de onda corta comenzaba a funcionar.

Simultáneamente la voz de Ham llamó: "¡Doc!", Como si fuera presa de excitación.

El hombre de bronce quiso colocarse, de un salto, junto al aparato mas antes de que hubiera llegado hasta él volvió a decir Ham:

—Los trabajadores que vi entrar en casa de Opsall no son tales trabajadores. Se acaban de apoderar de él. ¡Se lo llevan!

Bruscamente dejó de oírse la voz del abogado y sonó un ruido producido, al parecer, bien por una detonación, bien por un golpe o por un puntapié que acabaran de asestarle al micrófono. Luego se produjo un choque metálico, como si el micrófono cayera al suelo y a continuación el ruido de unos pasos.

—¡Dadle fuerte —gruñó una voz,— pero tened cuidado con el bastón!

Sonó un golpe y luego imperó el silencio.

—¡Ham! —dijo vivamente Doc Savage.

Entonces oyó decir a una voz, probablemente la del hombre que acababa de poner a Ham fuera de combate:

—¿Qué diantre contendrá esa caja?

—Un aparato de radio —repuso otra.

Esta voz pertenecía, Doc estaba seguro, al hombre delgado de la

cicatriz debajo del ojo.

—Bien, destruyámosla.

Sonó un crujido y el aparato quedó desconectado.

Casi inmediatamente se oyó decir a Tom Roberts por su radio:

—Doc, ¿qué hay que hacer ahora que, por lo visto, han cogido a Ham?

—¿Tienes a mano el coche? —le preguntó Savage.

—Sí, está estacionado a una manzana de distancia. Pero no acierto a comprender…

Luego calló también la voz de Long Tom. Cesó instantáneamente, pero apoyándose antes en la última palabra pronunciada lo que indicaba una intensa alarma. Sucedió a esto casi medio minuto de silencio.

—¡Tom! ¿Qué sucede?

Al volver a oírse la voz de Tom le lanzaba un grito de advertencia a Renny.

—¡Renny! —chillaba—. ¡Renny! Ten cuidado con ésos. No están borrachos.

No de la radio sino de la calle llegó a oídos de Doc el ruido de seis o siete detonaciones, muy poco espaciadas. Sonaban en la calle, delante del Oscuro Santuario.

Doc se abalanzó a la escalera y la bajó a grandes saltos. En la calle aumentaba el tumulto. Debía ser muy fuerte para penetrar así en sus oídos.

Una pistola ametralladora mezclaba sus detonaciones a la barahúnda. Esta arma, poco común, pertenecía bien a Renny, bien a Tom, naturalmente.

Producía un sonido parecido al del motor de un gran aeroplano.

Doc llegó a la puerta de la calle del edificio y la abrió con violencia.

Casi instantáneamente entró Renny en el portal. Llevaba a ELva Boone en brazos —mejor dicho debajo de un brazo— y al dejarla en el suelo puso un nuevo cartucho en la cámara de la ametralladora. Luego apuntó con ella a la calle.

El arma dejó oír un ruido ensordecedor.

—¿Dónde está Tom? —gritó Doc Savage.

Renny contestó con voz airada: —Le han atrapado. Y de no ser por su advertencia, me hubieran atrapado a mí también.

—¿Quién?

—¿Recuerdas que dije que en la calle había varios borrachos? Bien, pues no lo eran.

Y Elva Boone añadió:

—Resultó que estaban perfectamente serenos y que nos observaban. De repente se reunieron… y cayeron sobre nosotros.

Doc asomó la cabeza por el hueco abierto de la puerta. En la calle había dos grandes camiones, dos vehículos forrados de acero. Ningún balazo hubiera logrado deshinchar las sólidas llantas de caucho. Tampoco podían alcanzar las balas a los motores porque bajaban, avanzando hacia atrás, la calle.

Marchaban lentamente en dirección de la entrada del Oscuro Santuario.

—Se ve que esos hombres ya tenían pensado hacer esto —observó Doc Savage—. Renny, llévate a la señorita. Ve si se puede salir por la parte de atrás del edificio.

Renny manifestó su contrariedad con un gruñido. Jamás abandonaba, gustoso, el campo de combate, y mientras murmuraba se oyó una explosión en la parte posterior de la casa y crujió la madera de una puerta. Después sonaron los pasos de los hombres que avanzaban y una voz ordenó:

—¡Poneos las máscaras y llenad la casa de gas!

—Acaban de derribar la puerta de la parte de servicio —dijo Renny.

—Bueno, subiremos al tejado —repuso Doc Savage.

Mas al llegar a la mitad del primer tramo de escalera, oyeron a los hombres entrar a paso de carga en el hall del primer piso. Utilizaban aquel camino para cortarles la retirada.

Doc describió una rápida media vuelta y volvió atrás. Junto a la puerta de entrada descubrió una llave, la que controlaba la corriente que suministraba la luz eléctrica al edificio. Doc le arrancó los fusibles y luego los inutilizó.

Hecho esto se hundió en la oscuridad y se tropezó con un hombre.

Doc murmuró:

—¿Ha pasado por aquí Doc Savage?

—¡Ah! —exclamó el hombre—. No sabía que eras de los nuestros.

Doc le asestó un puñetazo. Le pegó con fuerza en mitad del cuerpo porque estaba demasiado oscuro para fiarse de poder repetir con suerte los puñetazos. El hombre se dobló por la cintura. Doc le asió por el cuello y volvió a servirse de los puños. El hombre llevaba puesta la máscara antigás.

Esta máscara se desprendió y cayó al suelo.

Entre tanto arriba sonaron fuertes aullidos que con golpes, desgarramiento de ropas y gritos que revelaban varios grados de dolor, indicaban que Renny había entrado en acción.

Junto con el ruido se produjo una rápida serie de explosiones que eran, indudablemente, granadas de gas.

La lucha de Renny cesó tan súbitamente como había empezado.

—¿Está muerto? —preguntó una voz.

Era ahogada y parecía muy poco real, lo que indicaba que el que así se expresaba llevaba puesta una máscara de las que permiten sostener una conversación.

—No lo creo —replicó otra—. Acabo de pegarle un golpe en la cabeza con el cañón del revólver. Esto es todo.

—No le mates. Llévatelo a uno de los camiones.

—¿Y qué haremos de la muchacha?

—¡Que le acompañe!

Arriba gritó una voz con expresión de angustia:

—¡No sé qué le han hecho al hombre de oro! ¡Está muerto! En su habitación hay luces y diseminados por ella toda clase de instrumentos. Él está tendido y exánime sobre la cama.

A la luz de los faros Doc vió pasar sombras fantasmales y oyó subir la escalera en dirección del dormitorio del hombre de oro.

—¡Eh! Si está dormido… —era evidente que estaban examinándole más de cerca—. Sí, pero no se despierta.

—Será porque habrá perdido el conocimiento. Todavía tiene buen pulso. Lleváoslo también.

—¿Quieres que le metamos en el camión?

—Sí, metedle en él.

Doc Savage se retiró rápidamente, retrocedió hasta tropezar con el hombre que había privado de conocimiento de un puñetazo. Buscó la máscara antigás que había caído al suelo y la colocó junto al hombre para producir la impresión de que se le había estropeado en la lucha.

Pero ahora el gas había comenzado a invadir la pieza. Los ojos comenzaban a escocerle al hombre de bronce, por efecto del gas mismo. Entonces se sacó del bolsillo una caperuza transparente, impermeable al aire, que se colocó en la cabeza.

Una goma elástica se la sujetaba fuertemente al cuello. Era un invento que servía temporalmente de máscara antigás, de recipiente impermeable al agua o para otros usos, según lo exigiera el momento.

Oyó un ruido sonoro de pasos y a un hombre gritar:

—¡Bill! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde estás?

Doc se introdujo en una habitación que tenía la puerta abierta y aguardó allí escondido.

De pronto surgió de la oscuridad un rayo de luz, que localizó al hombre tendido en el suelo.

—¡Bill! —un bandido provisto de una lámpara de bolsillo, se arrodilló en el suelo junto al hombre privado de conocimiento.

—¡Maldita sea mi suerte! —exclamó al propio tiempo.

Doc levantó el borde de la capucha transparente, de manera que solamente quedara la boca al descubierto y preguntó imitando, como si sonara lejos tan bien como supo, una de las voces que había oído arriba.

—¿Está vivo Bill?

—Sí. Se ve que le han pegado y se le ha caído la máscara.

Doc dijo:

—Envuélvele bien para que no le irrite los ojos el gas. Emplea una alfombra. Luego pide a una de tus compañeros que te ayude a llevarlo al camión. Conviene que el gas no le estropee los ojos.

—Está bien.

El bandido enrolló apresuradamente al inconsciente Bill en la alfombra, que como era de un tamaño regular constituía una compacta cubierta. Luego, el hombre corrió en busca de algún camarada que quisiera ayudarle a llevar la carga.

Entonces Doc salió de su escondite, desenrolló la alfombra, levantó del suelo al bandido y le metió en un armario de los que había adosados a la pared. Hecho esto regresó adonde estaba la alfombra, la cogió por un extremo y se la enrolló al cuerpo. Luego esperó.

Pronto llegaron otros hombres y le cogieron. Doc estuvo en

tensión todo el rato que le llevaron en volandas, pero estaba de suerte y la alfombra no se desenrolló.

Por el camino oyó maldecir a un hombre que se les agregó, por el hecho de haber descubierto pendiente de un tragaluz un resistente cordón de seda y otro que iba desde el tejado a una ventana de la casa de los departamentos.

Doc, envuelto siempre en la alfombra, fue entretanto metido en el camión.

Por los sonidos que se produjeron se dio cuenta, de que el hombre de oro era colocado en el interior del otro.

Luego sonó la sirena de los coches de la policía, seguida, quizá, hasta de veinte pistoletazos. Los camiones avanzaron rápidamente y la sirena calló.

Doc saltaba mucho en el suelo del vehículo.

CAPÍTULO XVIII

CURACIÓN POR EL SHOCK

DESPUÉS de marchar el camión adelante dando saltos, unos diez minutos o cosa así un hombre se arrodilló, junto a Doc Savage y comenzó a tirar de la alfombra.

—¿Estás repuesto ya, Bill? —interrogó.

Con voz débil y distinta replicó Doc: —¡Lárgate! Estoy bien. Déjame en paz.

Un bandido le gritó al chófer:

—¡Maldito sea! ¿Es que este chisme no puede ir más deprisa? Dentro de un momento se llenará la ciudad de polis y se nos buscará.

—No temas —repuso el chófer—. Ya hemos llegado a los muelles.

Muelle, decidió Doc Savage, era lo mismo que decir bote, por lo que apresuradamente desenrolló la alfombra sin quitársela por ello de los hombros.

El camión se paró y se abrieron de par en par las portezuelas posteriores sin que penetrara ningún rayo de luz en el interior. La noche era sorprendentemente oscura.

—Descarga y que todo el mundo se meta en el barco —ordenó una voz—. ¡Pronto! No encendáis ninguna luz.

Doc Savage tiró al suelo la alfombra. Apresuradamente se registró los bolsillos, encontró un lápiz y comenzó a garabatear en la pared del camión. Escribía valiéndose únicamente del sentido del tacto, en letras de imprenta en un principio utilizando luego, caracteres de escritura porque así iba más deprisa.

—¿Bill? —llamó una voz—. ¿Puedes andar?

—Déjame —gruñó Doc—. Ya voy.

Salió de un salto del camión. No había luz suficiente en el exterior para poder distinguir las facciones de sus acompañantes, pero distinguió, débilmente, el contorno de una embarcación que se destacaba de la línea del agua del río. Era un vapor que medía cerca de ochenta pies de longitud. Su forma revelaba buenas dotes marineras y de velocidad.

Doc pasó a bordo y palpó a su alrededor hasta localizar un bote salvavidas.

Simultáneamente descubrió que estaba tapado por una lona. La desató y se metió en el interior.

Entonces oyó llegar al muelle otro vehículo. EL conductor había apagado los faros y se guiaba por la luz de un cigarrillo que agitaba un hombre trazando en el aire pequeños círculos. Era un coche particular.

La voz de Gallahue dijo desde su interior:

—Tengo en mi poder a un tal Johnny. ¿Y a vosotros cómo os ha ido?

—Nos hemos apoderado de todos y de todo a excepción de Doc Savage.

—¿Por dónde escapó?

—Por el tejado. La policía llegaba y no nos dejó tiempo de seguirle.

—¿Tenemos ya en nuestro poder a todos sus asociados?

—Sí. Todos se hallan a bordo.

—Bueno, pues no está tan mal —dijo Sam Gallahue—. Les conservaremos la vida algún tiempo y entre tanto trataremos de utilizarlos como cebo de la trampa que prepararemos a Doc Savage.

Doc Savage calculó que el buque navegaba a una velocidad excesiva, lo menos a treinta nudos por hora mientras bajaba por la bahía y cruzaba el canal, (sus luces indicaron a Doc Savage el punto en que se hallaba) hasta el Atlántico y treinta nudos debía ser la velocidad habitual porque los motores no parecían trabajar en demasía.

Probablemente la embarcación era lo suficientemente ligera para pasar por delante de un destructor de guerra en caso necesario.

No se habían encendido a bordo las luces de posición.

Antes de que las cosas tuvieran tiempo de asentarse, Doc Savage abandonó el bote salvavidas en que estaba escondido y avanzó por

la cubierta. Por dos veces pasaron los bandidos junto a él, pero cada vez que sucedió esto, emitió un gruñido amistoso y se apartaron para abrirle paso ya que todo estaba demasiado oscuro para que le reconocieran.

Doc se arriesgó.

—¿Dónde se ha puesto al hombre de oro? —interrogó a una sombra que halló al paso.

—En el camarote de popa —replicó la sombra—. ¿Quién eres?

—Bill.

—¿Cómo está la cabeza?

—Está bien —murmuró Doc Savage.

No encontró a nadie junto a la puerta del camarote, ni vió a nadie tampoco en el corredor que estaba iluminado. Doc hizo una profunda aspiración, abrió la puerta de un empujón, sin hacer ruido y entró en el camarote. Hecho esto volvió a cerrar la puerta y siguió avanzando.

El único ocupante que halló en él fue al hombre delgado de la cicatriz.

Estaba de pie, junto a la litera en que vió acostado el hombre de oro.

Al divisar a Doc Savage se le abrió la boca por efecto de la sorpresa. El movimiento le fue fatal, porque la abierta mandíbula se rompió por efecto del puñetazo que le asestó Savage, a pesar de que sólo pretendía privarle del conocimiento. El hombre cayó, atravesado, sobre la litera. Doc le levantó y le colocó en el suelo.

El hombre de oro tenía los ojos abiertos. Preguntó a Doc Savage con voz débil todavía:

—¿Cuánto va a durar este desorden?

Doc le levantó un párpado para examinar el ojo que había debajo.

—¿Cómo se encuentra? —interrogó después.

El hombre de oro hizo una mueca.

—Pésimamente.

—Es el resultado del tratamiento a que le sometí anoche —dijo Doc Savage—. Pero posee una buena constitución y se restablecerá pronto.

El hombre de oro cerró los ojos un momento. Cuando los volvió a abrir preguntó:

—¿Un tratamiento ha dicho usted?

—Sí. Padecía usted amnesia.

—¿Pérdida de memoria quiere decir?

—Amnesia no significa exclusivamente pérdida de memoria —explicó Doc Savage—. Sin embargo, en su caso implicaba la desgracia de no permitirle recordar quién es, lo que había estado haciendo, ni ningún detalle de su vida. Pero también incluía un estado de sopor particular en cuya condición no podía racionalizar los procesos mentales. Esto parece un poco complicado, ¿verdad? Es que su enfermedad consistía, en parte, en amnesia, en parte, en una especie de locura originada por una conmoción física. Nosotros llamamos a eso un desarreglo mental.

El hombre de oro exhaló un profundo suspiro.

—¿Cree usted de veras que me redujo a ese estado una conmoción física?

—Sí.

—Entonces infiero que se debió al estallido de la bomba en mi aeroplano.

—¿Recuerda ya todo lo que sucedió entonces?

El hombre de oro hizo un gesto de afirmación.

—Vamos a ver: hágame un resumen de su historia. Y trate de emplear en ella sólo dos o tres minutos. Pueden interrumpirnos.

El hombre de oro, se mantenía inmóvil, respirando profundamente.

—Me llamo —dijo,— Paúl Hest y soy jefe del servicio de inteligencia de... aquí levantó los ojos con expresión socarrona —, digamos de una nación innominada que no es, desde luego, los Estados Unidos. Supimos en la organización que el transatlántico "Virginia Dare", que llevaba refugiados de Europa a América, iba a ser torpedeado y que verificaría el torpedeamiento un barco U de otra nación disfrazado como submarino de mi país. La idea era la de inspirar sentimientos de venganza y rencor contra mi país en los Estados Unidos.

Doc hizo un leve gesto de asentimiento, pero no dijo nada.

Paúl Hest prosiguió:

—Después de conocer el mensaje, deseábamos advertir al "Virginia Dare", y para ello volé en mi aeroplano al objeto de arrojar un papel sobre cubierta. Pero a bordo llevaba yo, sin

saberlo, una bomba que colocó en su interior un agente del contra espionaje Creo saber quién fue: un hombre que se hallaba en Lisboa. Pero esto no tiene importancia. Lo importante es que la bomba estalló y que la conmoción originada por ella me produjo amnesia.

Doc manifestó:

—Se le halló flotando en el mar, enteramente en cueros.

—Sí, supongo que descendería en el paracaídas y que me despojaría de la ropa para nadar mejor.

—Me han dicho que en el cielo, sobre la cabeza de usted, había una singular estrella negra.

—Así es. Lo recuerdo vagamente. Era el humo que se elevaba del aeroplano después de producirse la explosión. Que adoptara la forma de estrella fue... una casualidad.

—Así mismo se descubrió en el agua una materia brillante que rodeó al "Virginia Dare" después de recogerle a usted el transatlántico.

El hombre de oro exhibió débil sonrisa.

—Ese es un secreto de guerra de mi país —dijo,— de manera que sólo puedo revelarle de qué se trata en términos generales. Es una substancia química que posee la propiedad de brillar, como el fósforo, y que es asimismo magnética, por lo que se adhiere a cualquier metal susceptible de someterse a su influencia. Dicho de otro modo: es una substancia hecha para atrapar a los submarinos.

—Precisamente —manifestó Doc Savage—. El brillante material se deposita en las bombas de profundidad y se deja caer cerca o junto a los submarinos para que les siga y descubra su situación ¿no es así?

—Así es. Yo llevaba en el aeroplano bombas de esa clase al objeto de tirárselas al submarino que pretendía torpedear al "Virginia Dare". Como ya he dicho, quería prepararle una trampa al "buque U".

Doc prestó atención. Alguien bajaba por el corredor.

Paúl Hest decía:

—Ya supongo que la estrella, la substancia luminosa y mi estado mental que me movía a declararme nacido del mar y de la noche debieron parecer fantásticos a ustedes.

Los pasos cesaron al llegar junto al otro lado de la puerta, luego

ésta se abrió y entró un hombre en el camarote.

Doc Savage se había levantado y se hallaba entonces, de pie, detrás de la puerta; en cuanto el hombre hubo entrado, la empujó, la cerró y asió al recién llegado por el cuello en una rápida sucesión de movimientos. La lucha que entablaron luego los dos les hizo cruzar el camarote en todas direcciones hasta que, por último, Doc derribó al hombre y le dejó sin conocimiento.

—Concluya deprisa su historia —recomendó al hombre de oro.

Paúl Hest se encogió de hombros.

—¿Qué más quiere saber? Parece que después de la explosión me quedé atontado. Ya no recordaba la pasada existencia aunque no tenía dificultad en rememorar algunos informes obtenidos. Naturalmente había oído hablar mucho de usted y de sus asociados y, además, poseía un dossier completo de sus hazañas en los archivos de la organización. También estudié sus procedimientos hasta adquirir el gran conocimiento de usted que recientemente he demostrado.

—Mas en diversas ocasiones ha demostrado saber cosas ignoradas de todos. Cosas que aparentemente nadie más podía saber.

Paúl Hest volvió a sonreír.

—Los departamentos del servicio secreto de muchas naciones saben cosas desconocidas para los demás hombres —contestó—. Y yo tenía, ¿no se lo he dicho ya?, Una memoria prodigiosa. Esto explica que conociera a sus hombres, que le conociera a usted, que supiera que iban a asesinar a su amigo de Viena... por que era un proyectado asesinato político que conocíamos por anticipado. En cuanto a lo de estar al corriente de que el "Virginia Dare" debía ser torpedeado, era natural que estuviera enterado de esto así como también de qué buques se hallarían entonces cerca de él. Nosotros habíamos dispuesto que uno de nuestros agentes, que iba en el "Palomino", simulara, en el caso de naufragar el "Virginia Dare", una demanda de socorro lo que explica que yo supiera que el "Palomino" acudiría a salvar a sus pasajeros aquella misma noche. Mi agente atontó con gas al operador de radio del "Palomino" ¿recuerda? para lanzar el falso S. O. S.

Doc Savage repuso:

—¿Creía Sam Gallahue que usted era un... digamos una especie

de mago?

Paúl Hest hizo seña de que sí.

—Lo creía y lo cree —respondió—. Se mostró sincero al llevarme a Nueva York y convertirme en iniciador de un culto nuevo.

—¿Le juzga pues sincero?

—Estoy convencido de ello.

—Y, sin embargo, él es el causante de lo que está ocurriendo. Hizo encerrar a Monk y Ham en una cárcel sudamericana para poder apoderarse de usted. Sus hombres quisieron matar a mis dos asociados y ha luchado con pies y manos contra nosotros.

—He dicho que le juzgo sincero, no honrado.

—¿Inició el culto con capital propio?

—No, con el de Opsall.

—¿Cree usted que se sirvió de ese culto, como medio de obtener la información que necesitaba para hacer víctima de un chantaje a los afiliados o creyentes?

Paúl Hest reflexionó un momento.

—No —replicó después,— Gallahue era sincero. Es un tunante, pero era sincero. El culto contribuyó a hacerle ganar mucho dinero. Era una mina de oro. ¿Para qué necesitaba pues apelar a un chantaje?

Doc guardó silencio largo rato.

—Si volviera a recibir visitas —dijo finalmente—, simule que es presa de un delirio. Hágales creer que es usted quien ha privado del conocimiento a esos dos hombres.

CAPÍTULO XIX

EL ESTALLIDO

EL gran buque continuaba navegando en medio de la más completa oscuridad. Uno de sus marineros se hallaba junto al timón y de la bitácora que encerraba la aguja de marear surgía, frente a Doc Savage, una cuña de luz.

Simulando indiferencia, el hombre de bronce se acercó a él y le preguntó en voz baja y gutural:

—¿Adónde se ha colocado a los prisioneros?

—En el sollado —repuso el timonel con voz ronca.

Doc dio unas cuantas vueltas a su alrededor, extendió luego un brazo como si fuera a tocar la rueda del timón y en vez de esto pegó al timonel. El hombre era huesudo y no tenía gran fuerza, por lo que Doc le aplastó contra la rueda y le asió por la garganta para que no pudiera proferir palabra mientras localizaba los centros nerviosos de la base del cráneo, pues si bien la presión que se ejerce, no da resultados tan instantáneos como el knock —out, produce así mismo una pérdida del conocimiento.

Luego dejó sobre un banco la inerte figura del timonel y le echó una manta por encima para que pareciera que estaba durmiendo.

Después varió el rumbo que llevaba el buque, le hizo virar rápidamente a la izquierda y luego le enderezó de manera que se dirigiera a un punto sólo de él conocido.

Sus pupilas doradas escudriñaban las tinieblas.

De improviso abandonó el timón para registrar los bolsillos del timonel.

Entre otras cosas halló en ellos un revólver, cartuchos, dos granadas de gas y un cuchillo.

El tiempo transcurría lentamente y ya comenzaba a dar muestras

de una intensa tensión de nervios cuando brilló la luz. Se hallaba muy lejos a estribor. Doc contó los segundos que transcurrían entre una y otra intermitencia.

El timón podía fijarse por medio de un cierre en cualquier posición. Tras de calcular con cuidado el rumbo seguido, Doc ajustó el cierre y se dirigió a proa.

En el castillo estaba sentado un hombre.

—¿Está todo tranquilo ahí abajo? —le preguntó Doc Savage.

—Así parece. No sé para qué se necesita un hombre de guardia con lo que llueve. Además de que todos están ligados de pies y manos en el sollado —rezongó el hombre.

Doc dijo: —Acércate, que voy a mostrarte algo.

Y se inclinó hasta tropezar con el cuello del hombre.

Poco después penetraba en el sollado. Aplicó el oído un momento y como no oyó nada, dejó caer el cuerpo inerte del hombre y siguió andando.

—¡Monk! —llamó en voz baja.

Le contestaron con un murmullo ahogado. Por lo visto, Monk estaba amordazado.

Doc buscó a tientas hasta dar con el cuerpo del químico, cuyas ligaduras cortó.

—Ahora date una friega al objeto de restablecer la circulación de los brazos —le recomendó—, y desata a los demás… si puedes. Toma, utiliza este cuchillo.

—Sí, Doc —repuso Monk con gran dificultad.

—En cuanto el buque encalle salta por la borda y dirígete, dirigios todos, a tierra.

El buque encalló sin perder la velocidad inicial de treinta nudos, o sea, casi la de treinta y cuatro millas por hora, y como la playa era arenosa y formaba declive ascendió un momento por ella antes de detenerse.

Aun así el choque fue lo suficientemente violento para derribar por tierra todos los objetos del interior que no estaban sujetos y de arrojar a Doc, que aguardaba en actitud expectante, con la fuerza sobre la rueda del timón, que se rompieron sus radios y él quedó sin aliento.

Un poco antes había localizado el botón que controlaba la sirena del buque y lo pulsó, pero la sirena siguió silenciosa; parecía ser

que el circuito se había interrumpido en un punto cualquiera y que tampoco funcionaban las luces de a bordo.

El primer sonido real que sucedió al originado por el choque, fue el de la voz de Monk que surgía de popa.

—¡Saltamos, Doc! —le comunicaba—. ¡Saltamos por la borda!

Doc experimentó una sensación de alivio y él mismo se situó de un salto junto a ella.

Luego brillaron los reflectores. Se encendieron en el momento mismo en que él llegaba a la borda. Pasaron por encima del buque blancos como copos de nieve y esparcieron un resplandor deslumbrante sobre el océano.

Procedían de cinco direcciones distintas y se cruzaron entre sí al llegar al buque varado.

Tres eran las patrullas que la policía tenía de vigilancia en la playa y dos las de los guardacostas vecinos.

Doc tiró las bombas de gas sobre cubierta por vía de precaución, luego se zambulló en el mar, dirigiéndose a nado, sin que nadie le molestara, a la playa.

Un agente de policía estatal le asestó los rayos de su lámpara, preguntando:

—¿Es usted Doc Savage?

—Sí.

El agente le explicó:

—La policía de Nueva York encontró un mensaje escrito con lápiz en la pared de un camión. En él se decía que se dispusiera una emboscada en cuatro puntos distintos de la costa de Nueva Jersey, Long Island, Connecticut y el río Hudson. Supongo que fue usted quien lo escribió, ¿no es así?

Doc lo confesó.

Entonces el agente dijo a sus compañeros:

—Vamos, amigos, hay que vigilar por si acaso uno de esos pájaros tratara de llegar a nado a la playa.

Doc Savage había estado, de pie, junto a la ventana de la estación de los guardacostas, viendo cómo se metía en los coches de la policía a Gallahue y a su banda.

Long Tom y Johnny se le reunieron.

—¡Que me aspen! —exclamó Johnny dejándose caer sobre una silla—. Opsall ha cantado de plano, finalmente. Estoy realmente

sorprendido.

—Era el autor del chantaje, ¿verdad? —interrogó Doc Savage.

Johnny contestó:

—Sí, a espaldas de Gallahue. Opsall había colocado a dos hombres de toda confianza en el Oscuro Santuario y tenía en él también dos o tres micrófonos. De esa manera sabría siempre todo lo que sucedía en él.

Long Tom dijo, interrumpiéndole:

—¿Sabes Doc qué fue lo que les colocó frente a frente, originando el estallido final?

—¿Nuestra bomba? —insinuó el hombre de bronce.

Long Tom le dirigió una sonrisa.

—Justamente. Tú habías hecho creer a Opsall que Gallahue había ordenado a uno de sus pistoleros que le matase y a Gallahue que Opsall pretendía deshacerse de él. Su resultado fue el estallido. Gallahue perdió la cabeza y no sólo se apoderó de Opsall sino asimismo de todo lo que halló a mano. Pensaba dirigirse a un punto de la costa del Maine que había elegido para instalar su culto durante el verano.

Johnny observó:

—Y en vez de dirigirse ahí se dirige ahora a un punto climatérico.

—¿Eh? —exclamó Long Tom alarmado.

—Quiere decir a la cárcel —le explicó Renny.

FIN

Título original: *The Golden Man*